
LOTKA



No cumplidos todavía los diez y siete años, era yo muchachon espigado y de pálido rostro; estaba en esa edad pesada y difícil, en la que á pesar de tener conciencia de haber salido ya de los juegos del niño, son inseguros y vacilantes los pasos que se dan en los senderos que el hombre hecho y derecho recorre. Con audáz fantasía y corazon tímido; oscilando entre el atrevido amor propio y la sensibilidad infantil; describiendo curiosísimamente cuantos velos cubren los misterios de la vida humana; hoy sabiendo la última palabra de la última cuestion, mañana confesando que hasta el alfabeto está por aprender, y consolándose de situacion tan fatigosa y contradictoria, que le haria á uno intolerable hasta para sí mismo si no estuviese rodeado de compañeros en la desgracia—es decir, en años—que no lo pasan mejor, y que continúan, sin embargo, aguantando sus respectivas personalidades.

En este tiempo intimé con un mozo singular, unos dos años mayor que yo, aunque, como yo, destinado á ser estudiante todavía durante algo ménos de un año. No íbamos al mismo gimnasio, ni su familia, que residia fuera de Berlin; era conocida ni por asomo de la mia. Realmente me encuentro embrollado al explicar cómo á despecho de estos obstáculos los dos nos unimos, de tal manera, que apenas pasaba un dia sin que subiera él las empinadas escaleras de mis habitaciones. La verdad es que, al vernos juntos, hubiera sido difícil, aún para una tercera persona, decir qué era lo que nos hacia tan esenciales el uno al otro. Tenia la costumbre de colarse en mi cuarto haciéndome un mero saludo de cabeza; se paseaba de un extremo al otro; de vez en cuando abria un

libro ó miraba á un cuadro de las paredes, y finalmente, se dejaba caer en un sillón de brazos de mi abuelo (que hacia las veces de sofá) y en él, cruzando las piernas, se estaba las horas muertas sin hablar una palabra hasta que acababa yo mis lecciones. Cuando levantaba yo los ojos del libro, solia encontrar los suyos tranquilos, soñolientos y oscuros, fijos en mí con apacible expresion fraternal, que me hacia corresponder con una inclinacion de cabeza; y para mí era un gusto saber que estaba allí. Si ocurría que me encontraba holgando ó de humor comunicativo, me dejaba charlar horas enteras sin interrumpirme, y parecia que su silenciosa atencion me animaba y confortaba. Unicamente cuando tratábamos de música se excitaba, y entónces ámbos nos perdíamos en apasionados debates. Tenia una espléndida voz de bajo, en perfecta armonía con su varonil aspecto, negros ojos y moreno cútis suave como el raso; y como estaba estudiando con gran ardor la teoría de la música, le era muy fácil vencer siempre con argumentos de fuerza mi superficial conversacion de lego en la materia; pero, sin embargo, siempre se le veía apesadumbrado con mi derrota, despues de haberme arrinconado en la discusion. Recuerdo una vez que vino á sacarme de la cama para excusarse, muy formalmente, por haber hablado, en el ardor de la controversia, de *El Barbero* de Rossini, que yo defendía acérrimamente, como de un despreciable rapador, cuyas melodías, comparadas con las de Mozart, significaban poco más que las burbujas de jabon en la barberil vacía.

Además de lo extremadamente apacible de su carácter, estaba siempre pronto á hacerme esos pequeños servicios que el estudiante más jóven presta siempre al que es mayor, y habia otras dos cosas que contribuían á remachar nuestra amistad; me habia iniciado en el arte de fumar y habia puesto en música mis primeros versos. Habia una cancion entre otras, lo recuerdo muy bien, que en aquel tiempo nos parecia deliciosa por su música y por su letra, y la cantábamos á duo siempre que salíamos juntos de paseo:

Hace tiempo que una bella
Era el amor de mi pecho;

¡Turbado hoy mi corazón,
Tal vez todo sea sueño!
Hace ya tiempo que estaba
Al sol, gozando su fuego.
¿Era yo ó era algún otro?
Esto es lo que no recuerdo;
Hace tiempo que cantaba...
La canción decir no puedo;
Desde que ella me olvidó
Nunca de nada me acuerdo.

¡Querida y ridícula mocedad! ¡Un poeta de diez y seis años de edad canta el *viejo mito* de su perdido amor, y un músico de diez y ocho, con toda la gravedad posible, pone en música las estrofas de suspiros con un acompañamiento de piano que parece simbolizar el anatema del universo que cae sobre la cabeza de la beldad inconstante!

Estábamos, sin embargo, como ya he dicho, tan especialmente complacidos con este melancólico producto de nuestros unidos ingenios, que pronto no nos contentamos con guardarlo para nosotros solos; ardíamos en deseos de darla al público. En aquel tiempo el *Diario de la tarde de Dresde*, dirigido, según creo, por el hoy difunto Roberto Schneider, admitía poemas, ante los cuales mi amor propio crítico no podía menos de encogerse de hombros. A él, por lo tanto, enviamos nuestro favorito—anónimo por supuesto—con el pleno convencimiento de que saldrían en el próximo número texto y música, y que pedirían al desconocido colaborador que honrara las columnas del *Diario* con otros admirables frutos del genio. Provistos de una prudente cautela, á pesar de nuestro incógnito, nos dedicamos á frecuentar las casas de comida donde tenían el *Diario* para buscar á nuestro primogénito. Pero iban trascurriendo las semanas sin que se vieran satisfechas nuestras esperanzas. Yo mismo, después de haber escrito dos veces para pedir con dignidad que se nos devolviera el manuscrito, abandoné toda esperanza, y tan herido y humillado quedé por este fracaso, que decidí arrojar el guante al ingrato mundo contemporáneo y contribuir al pla-

cer de la ilustrada posteridad con un poema más largo, y por el pronto, evitar gradualmente toda mencion de nuestra desafortunada ventura, hasta exigiendo á Bastel (el nombre de mi amigo era Sebastian) que dejase de tararear por lo bajo el tono que tan á lo vivo me representaba la mortificacion sufrida.

Me dió bromas sobre este punto, pero no pudo tampoco contenerse, y por su parte seguia haciendo investigaciones en las pastelerías, con tanto más motivo cuanto que era aficionado muy de veras á los bollos y á los dulces. Estábamos entónces á medio verano, y los pequeños y redondos pastelillos de cereza eran maravillosamente agradables para la lengua de un estudiante, tostada y seca con el latin y el griego. Bastel decia con la mayor seriedad que los dulces convenian á su voz; que únicamente podia atemperar la dureza de sus notas bajas á fuerza de azúcar y de zumo de frutas. Yo, por el contrario, despreciaba tan insípidas fruslerías y preferia perseverar en el vino, el cual, en aquel entónces, hacia en verdad muy poco para aclarar la mucha ó poca disposicion que tuviera. Pero en virtud de mis inclinaciones estaba yo obligado á dar culto á *vino, mujeres y canto*, y en el volúmen de poemas en el que trabajaba sin descanso, no faltaban, innecesario es decirlo, su buena parte de *cantos de bebedor*.

Ya habiamos entrado en Julio, y los rigurosos dias de calor estaban empezando, cuando una tarde se me apareció Bastel á la acostumbrada hora, pero de inusitado modo. Es verdad que encendió un cigarro; pero en vez de sentarse á fumarlo se quedó inmóvil junto á la ventana más de un cuarto de hora, tocando con los dedos en los cristales *Non piú andrai*, y de cuando en cuando suspirando como si tuviera sobre su corazon el peso de una tonelada.

—Bastel, dije, ¿qué hay de malo?

Ninguna respuesta.

—¿Estás enfermo? continué yo; ¿has tenido alguna otra pelea con el juez, ó te hizo ayer el colegio una mala acogida? (Pertenezia á cierta sociedad secreta muy frecuentada de estudiantes, y llevaba en el bolsillo del chaleco una cinta de reloj tricolor que solamente veia la luz en sus *meetings* solemnes.)

El mismo silencio todavía por parte del extraño soñador, y el repiqueteo de tambor se hizo tan fuerte que empezaron los cristales á sonar azarosamente.

Cuando dejé ya de hacerle caso empezó á hablar entre dientes y con incoherencia.

—«Hay más cosas en el cielo y en la tierra»..... pero allí detuvo ya la cita.

Al fin salté, de un brinco me puse á su lado y le agarré una mano.

—Bastel, grité, ¿qué significa tanta tontería? Algo te molesta. Echalo fuera, y veamos lo que haya que hacer; y cuando ménos, perdona á las vidrieras y condúcete racionalmente. ¿Quieres encender otro cigarro?

Sacudió su cabeza.

—Si tienes tiempo, dijo, salgamos. Acaso al aire libre pueda hablarte. ¡Este cuarto es tan ahogado!

Bajamos las escaleras, y cogidos del brazo pasamos por la calle de Behren, donde mis padres vivian, y entramos en la de Frederik. Cuando se encontró en plena confusion de carruajes y peatones, parecia estar algun tanto más aliviado. Me apretó el brazo, se detuvo todavía un momento y, al fin, rompió diciendo:

—No es nada del otro jueves, Pablo; creo que estoy enamorado, y lo que es esta vez para toda mi vida.

Lejos estuve de reírme al oír esta declaracion. Cuando tiene uno diez y seis años cree en la duracion sin fin de todo sentimiento. Pero yo habia leído á mi Heine, y consideraba de mal gusto ponerse sentimental en un asunto amoroso.

—¿Quién es la beldad afortunada? pregunté en ligero tono.

—La verás, replicó, paseando como distraido sus miradas sobre la multitud que recorria la calle. Te llevaré ahora mismo si te sientes inclinado á conocerla.

—¿Qué? ¿Puede uno ir así como está, *sans façon* y sin vestirse un poco mejor? Repara que me he venido sin guantes.

—No es una condesa, contestó y á través de su morenatez se transparentó un imperceptible rubor. Mira, ayer iba yo á buscar, como de costumbre, el *Diario* (ya sé que no debemos hablar de eso, pero tiene cierta relacion con lo que me

pasa), y la casualidad, ó mi buena estrella, me llevó á una tiendecita de bollos completamente fuera de todo tránsito, y allí.....

Se detuvo de repente.

—Allí la encontraste comiendo pastelillos de cereza, y eso bastó para conquistar tu corazón, dije yo riéndome. Bueno, Bastel, te doy la enhorabuena. Dulces con dulce. ¿Pero ya has adelantado tanto en tu camino que puedes conjeturar que has de encontrarla de nuevo en el mismo sitio?

No dió más contestacion. Mi tono parecia no estar de acuerdo con el estado de su ánimo. Tampoco lo estaba con el mio, á la verdad; pero mis principios no me permitian expresarme con más sentimiento. Las cuerdas menores eran de la exclusiva propiedad del verso; la conversacion debia sostenerse en una clave bronca y voluble, tanto mejor cuanto más irónica y fria.

Habiamos andado casi siempre en silencio la calle de Frederick hasta la Puerta de Halle; yo, á pesar de mi aire indiferente, estaba consumido de curiosidad y simpatía, cuando mi amigo repentinamente revolvió por una de las últimas calles trasversales que desembocan en la principal arteria de la ciudad. Existian allí, en el tiempo de que estoy hablando, algunas casitas particulares de un piso, de pobre apariencia; unas pocas tiendas; tráfico tan pequeño, que el rodar de un cochecillo bastaba para atraer á los habitantes á las ventanas, y un sinnúmero de chiquillos jugaban con toda libertad por la calle, sin tener nunca que recurrir á la fuga por la aproximacion de uno de esos grandes ómnibus sobrecargados. Ya casi al fin de esta callejuela especial hicimos alto delante de una casucha pintada de verde y que tenia sobre una puerta de vidrios una muestra negra, grande y llena de polvo, con la palabra *Confitería* en deslucidas letras doradas. A derecha é izquierda de esta puerta habia ventanas, cuyas cortinas, oscuras y deterioradas, estaban echadas, aunque la casa no estaba en el lado del sol de la calle. Todavía en este momento me acuerdo del paisaje de las cortinas. Un templo arruinado á la orilla de un lago, en el cual, sentado en un bote, pescaba con caña un hombre de borrosas facciones, mientras que un

pavo real extendía su cola subido en el tronco de un sauce. La vidriera del medio daba señales de no haber sido lavada en diez años por lo ménos, y su cortina de mallas, en un tiempo blanca á no dudarlo, era ahora, por años, polvo y moscas, casi, casi del color de las de las ventanas.

Me quedé espantado cuando se preparaba Sebastian á entrar en este recinto, que tan poco convidaba; sin embargo, tuve cuidado de no desazonarle otra vez, y seguí sus pasos con excitacion no pequeña.

Fuimos saludados por un olor en extremo punzante que, en circunstancias ordinarias, me hubiera puesto en la calle instantáneamente; un olor de masa rancia y de fresas fermentadas, mezclado con aroma de chocolate y vainilla, un olor que solamente un inveterado goloso ó un jóven enamorado pudiera haber consentido en respirar. Añádase á esto que el cuarto no tenía más de seis piés de altura de techo y que, á juzgar por las apariencias, jamás se ventilaba, excepto cuando, por casualidad, se abría la puerta. Cómo pudo ocurrírsele á mi amigo buscar el *Diario de la tarde* en tienda tan apartada y recóndita como esta, era cosa que me producía estupefacción. Muy pronto, no obstante, descubrí qué era lo que le había atraído otra vez, á pesar de su desengaño, á tan maléfica atmósfera. Detrás del mostradorcillo, en el que había desplegada una pequeña coleccion de pastelillos y pastas nada incitantes, pude ver sentada en el oscuro poyo de la ventana detrás de la negruzca cortina, una muchacha vestida con una bata de algodón estampado, de la clase más sencilla, partido su espeso cabello negro y corto por detrás, un pedazo de labor de calcetas en sus manos, que abandonó únicamente cuando, despues de algunas dilaciones é incertidumbres, nos decidimos, al fin, por los inevitables pastelillos de cereza. Mi amigo, que apenas se atrevía á mirarla y mucho ménos á hablar, entró en el quartito interior, estrecho, oscuro y todavía más incómodo, al cual dos ó tres diarios esparcidos en un velador delante del ajado sofá, daban la apariencia de gabinete de lectura. Colgaba de la pared un espejito cubierto de moscas, entre dos marcos de madera que encerraban las litografías del rey Federico Guillermo III y de la reina Luisa, sobre

todo lo cual un busto bronceado del veterano Blücher, mirando severamente hácia abajo, estrechamente hallaba cabida entre la parte superior de la estufa y el bajo cielo raso.

Sebastian se habia dejado caer con calenturienta precipitacion en un ángulo del sofá, yo en el otro, cuando llegó la muchacha con los platitos para los pastelillos. Ahora pude mirarla á mis anchas, porque se detuvo á encender un mechero de gas, pues estaba ya demasiado oscuro para leer. Era más bien baja que alta, pero de tan simpática figura, tan redonda, tan delgada, que la vista seguia todos sus movimientos con éxtasis, á pesar de su vestido indecoroso y casi feo. Sus piés, que nos eran visibles por estar ella de puntillas para llegar al mechero, eran delicadamente pequeños como los de una niña de diez años; sus pequeños y pulidos dedos, blancos como la nieve, no parecia sino que siempre se hubieran posado en una falda de seda. Cuantas cosas blancas llevaba encima: un pequeño cuello derecho, puños y un delantal para servir á los parroquianos, estaban tan inmaculadamente limpias, que formaban chocante contraste con la manchada alfombra, empolvado mueblaje y huellas de las moscas de cien estíos que en todas partes eran visibles.

Yo debia, ya lo sé, intentar algun bosquejo de su cara, pero de antemano pierdo las esperanzas. No porque sus facciones fueran tan incomparablemente hermosas que desafiaran la habilidad de cualquier artista; pero lo que daba un peculiar encanto á su fisonomía, era cierta espiritualidad que yo no podria encontrar términos para definir; una calmosa melancolía; una expresion medio esquiva, medio amenazadora; un capullo de primavera, que habiendo sentido repentinamente el toque de la helada, no prometia ya un gozoso verano fructífero; en resúmen: una fisonomía para dejar estupefactos y perplejos á los más maduros descifradores de caracteres, y que no podian ménos de producir una impresion irresistible en un soñador de diez y seis años.

—¿Cómo os llamais, señorita, si puedo tomarme la libertad de preguntarlo? dije yo por vía de introduccion, mientras que mi amigo aparecia como si no tuviese objeto más importante que el consumo de los pastelillos.

—Lotka, replicó la muchacha sin mirarme, y ya preparándose á salir del cuarto.

—¡Lotka! exclamé yo. ¿Cómo teneis ese nombre polaco?

—Mi padre era polonés.

Y dicho esto, ya estaba otra vez en la tienda.

—¿Tendriais la bondad, señorita Lotka, de traerme un vaso de *bishop*, dije yo asomándome para que me oyera.

—En seguida, fué su respuesta.

Sebastian estaba estudiando los anuncios de un diario con tanta atencion como si tratara de encontrar entre los *hallazgos* el de su perdido corazon. Yo tambien tomé otro periódico. No cambiamos ni una sola palabra.

Tres minutos no más habrian trascurrido, cuando ella volvió trayendo un vaso de vino de intenso color rojo en una bandeja. En vano traté de apartar la vista de sus blancas manos, y noté que mi corazon latia fuertemente, mientras me armaba de valor para hablarla otra vez.

—¿Por qué no os sentais un rato con nosotros, señorita? dije: ocupad mi asiento en el sofá y traeré una silla para mí.

—Gracias, señor, replicó sin remilgos; pero al mismo tiempo con insultante indiferencia: mi puesto está en la tienda. Si en algo puedo serviros.....

—No os movais de aquí, exclamé, atreviéndome á coger una de sus manos, que me pareció fresca y suave, y que al punto logró desasirse. Estos periódicos son horriblemente pesados. Permitidnos que nos presentemos nosotros mismos. Este amigo mio es el señor.....

En ese mismo instante abrióse la puerta de la tienda, y entró cautelosamente una niña con dos monedas de cobre en la mano para comprar algunos dulces. Nuestra beldad aprovechó esta ocasion para librarse de conocernos, y despues de despachar á la niña, sentóse otra vez al lado de su ventana y volvió á su ocupacion.

Nuestra posicion se hacia cada vez más insostenible. Nos habiamos comido los pastelillos, y tanto por salir del apuro como por darme aires de experto bebedor, habíame bebido de un trago el vaso de *bishop*, y hallábame á la sazón frunciendo el entrecejo y dejando vagar á su antojo mi pensa-

miento, mientras miraba á las moscas arrastrarse por el marco del espejo ó embriagándose con las gotas carmesíes. Sebastian estaba tan callado como un fakir de la India, y parecía fijar toda su atención en oír lo que en la tienda pasaba, cuando á la verdad nada se oía, excepto el ruido de las agujas al seguir la interrumpida calceta.

—Vamos, tú, trapense, dije yo al fin, pagaremos nuestro gasto y saldremos á tomar el aire fresco. Mis pulmones están como azucarados. Esta atmósfera es insoportable para todo sér viviente que no sea una mosca.

—Adios, hermosa niña, dije á la jóven del mostrador con el aire de importancia propio de un calavera de diez y seis años, que tiene en su casa un tomo de poesías líricas escritas en el estilo de Heine y próximas á publicarse. Espero que nos será dado intimar nuestras relaciones en otra ocasion cualquiera en que esteis ménos absorta. Hasta la vista.

Incurrí, sin duda, en un grave error, pues ella me miró con tanta sorpresa, que no pude ménos de avergonzarme de mi impertinencia. La saludé rendidamente, y salí con rapidez á la calle. Sebastian me siguió, atreviéndose apenas á mirarla.

—Ahora bien, me dijo cuando nos encontramos en medio de la silenciosa calle: ¿qué te parece?

—Que el *bishop* es muy bueno, pero que los pastelillos son detestables. Me cuesta trabajo comprender que engulleras tu parte y la mitad de la mia. Sospecho que esa tienda se surte de compradores de bizcochos *de lance*.

—¿Qué importa eso? murmuró él. No te hablo de nada de eso. Quiero saber lo que *ella* te parece.

—Querido amigo, repuse en tono autoritario y paternal, ¿qué es posible decir de una jóven capaz de respirar en semejante atmósfera? La mujer, como sabes muy bien, es siempre un enigma.

Asintió á mi dicho suspirando. Yo me habia dado maña, Dios sabe cómo, para ser considerado por él como un gran conecedor de las mujeres, y gustábame introducir en mis generalizaciones la palabra *mujer*, que tiene siempre un encanto místico para los muchachos de nuestra edad.

—No es posible negar que es encantadora esa criatura monosilábica. Estate, sin embargo, muy prevenido. Créeme, no tiene corazón.

—¿Lo crees así? exclamó con profunda emoción y sin mirarme.

—Quiero decir que nunca lo tuvo ó que el destino lo convirtió en una piedra dentro de su pecho. Si así no fuera, ¿habríase vuelto tan friamente cuando la hablé? Te digo que tiene un pasado, tal vez un presente, mas no un porvenir.

Esta estupenda sentencia mía que proferí con toda la ligereza de mis años, produjo un efecto inesperado en mi amigo. Estremecióse como si le hubiera mordido una culebra, separó su brazo del mio, y dijo:

—Te parece, pues, que ella, que ya ella no... en una palabra, ¿dudas de su virtud?

Comprendí entónces el daño que había hecho.

—Tranquilízate, dije, dándole un abrazo. Sigue: no es cosa que demos aquí una escena. Ya hemos convenido en que la mujer es un enigma. En cuanto á su carácter, ningún motivo tengo para experimentar desconfianza. Únicamente he querido decir que debes tener cuidado para no verte envuelto en un asunto que promete muy poco. Parece mujer cuyas víctimas no se escapan fácilmente. Si quieres, me fijaré en ella, la observaré y prometo prestarte todos los servicios que puedan exigirse á un amigo.

En el mismo momento en que pronunciaba yo estas palabras habíamos llegado á una oscura y desierta esquina. Abrazóme de pronto mi amigo; apretó mi mano como si quisiera confundirla con la suya, y partióse al punto por la calle adyacente más oscura. Fuíme hácia mi casa á mi vez muy despacio, con objeto de refrescarme; pero la forma singular que había visto no me dejaba un momento. Estaba tan febrilmente absorto cuando tomábamos el té en mi casa, que mi buena madre se alarmó é hizo que me acostara temprano. Cuando me fuí á clase al día siguiente, observé que no había preparado mi Platon, y hube de sobrellevar muchas observaciones irónicas de mi profesor de historia, á consecuencia de haber puesto un siglo ántes la fecha de la batalla de Cannas.

El día estaba húmedo, y yo bajaba por la calle lleno de abatimiento y fastidio. Sebastian no se dejó ver. Estuve una hora en la ventana en que había tocado el día anterior *Non piú andrai*, y miré en profunda meditación los charcos formados por la lluvia en la calle, mientras picaban los gorriones algunas cáscaras de avena. Oía á los caballos dar patadas en la cuadra y al mozo silbar el «Jemzfem Krauz» de Weber, y me encontré de pronto silbándolo también y dando patadas entretanto. Me juzgué tan absurdo y miserable, que casi rompí á llorar. Arméme, por fin, de un paraguas y me lancé á la humedad y al viento de la calle.

Me habían invitado á una reunion que debía de verificarse en casa de un mi amigo aquella noche; pero aún podía disponer de una hora. Pensé que no podía dar á esta hora mejor inversion que pasarla rondando la calle en que la tienda estaba y vigilándola algun tiempo para enterarme de quien entrara en ella.

La oscuridad extendióse cada vez más, y mi paraguas ocultábame bien, mientras yo me daba razon de cierta agradable sensacion misteriosa, parecida á la de aquel que representa un importante papel en un lance de honor. A decir verdad, nada había allí que fuera digno de notarse. Me pareció que la tienda estaba bastante frecuentada; mas solo por humildes parroquianos: niños y colegiales, que entraban á comerse su dinero; viejas resfriadas, que iban allí por dos cuartos de pastillas. En cuanto á jóvenes peligrosos, sin duda ignoraban que detrás de aquellas negruzcas cortinas acechaba una muchacha más peligrosa todavía.

Muy aliviado por el resultado de mi observacion, crucé al cabo la calle con la intencion de averiguar si había alguna posibilidad de atisbar lo que sucedía dentro. El gas estaba encendido en los dos departamentos; pero la ventana estaba tan bien guardada, que nadie podía ver nada desde fuera. Pero, no obstante, la cortina del gabinete de lectura tenía una raja, justamente en la espalda del pescador de caña. Allí permanecí de pié y miré, un tanto avergonzado de mí mismo por andar espiando. Y allí, en el mismísimo rincon del sofá que ocupaba ayer, estaba sentado mi pobre amigo Sebastian,

delante de un plato vacío poblado de moscas, sus ojos vagando por el espacio detrás del periódico.

Se apoderó de mí un temblor singular, mitad celos, mitad satisfaccion, al ver que no habia él adelantado nada. Estaba yo observándole justamente cuando hizo un movimiento como para tomar su gorra y salir. Me retiré de la ventana y me escurrí, pegado á las casas, como ladron que apenas si logra escapar de que le prendan. Cuando llegué á la casa en que se me esperaba tuve naturalmente que reponerme y poner en órden mis pensamientos; estuve más alegre que de costumbre, é hice la córte á la niña de la casa con toda la grosera *nonchalance* de un hombre de mundo de diez y seis años; más aún, me hice rogar para persuadirme á leer mi último poema, y bebí algunas copas de fuerte vino húngaro, que no me volvieron más prudente ni más modesto tampoco. Cuando dieron las diez me despedí precipitadamente con la excusa de una cita con un amigo. Retirarse tarde me parecia á mí cosa muy en carácter con el modo de ser de un poeta jóven. ¡Si la gente hubiera sabido que la ocupacion real era copiar un hermoso ensayo aleman, toda la aureola se hubiera disipado!

Y vino á suceder que aquel infortunado ensayo no tuvo muy buena suerte. Hacia una noche sorprendentemente hermosa. Despues de una lluvia pesada y continua, el aire estaba tan suave y exquisitamente tranquilo como el corazon humano que se hubiera acabado de reconciliar con un amigo, del cual hubiera estado apartado durante mucho tiempo (involuntariamente caí otra vez en el estilo lírico de aquellos primeros dias), y el cielo centelleaba y brillaba con millares de estrellas. A pesar de lo tarde que era, muchas mujeres iban charlando por las calles sin sombrero ni chal, solamente con un pañuelo puesto de cualquier manera en la cabeza, como si la hermosa noche las hubiera inducido á salir á respirar un poco el aire fresco ántes de irse á la cama, despues de lo desapacible del dia. No habia ventana que no estuviera abierta; las rosas despedian su fragancia, se oian melodías de Mendelssohn, ejecutadas en el piano, ó alguna dulce voz de mujer que las tarareaba tranquilamente á solas.

Cómo acaeció no lo sé; pero de repente me encontré otra

vez en la tiendecilla, y ya cogido el picaporte de la puerta sin darme cuenta siquiera de qué era lo que allí me había llevado.

Al entrar, levantó Lotka la cabeza del mostrador en que la había tenido descansando sobre el brazo. Daban á entender sus ojos que había estado durmiendo. El libro, que le había servido de narcótico, cayó de su falda al levantarse.

—Os he molestado, señorita Lotka, dije yo; perdonadme, me marcharé en seguida; pasé por casualidad, y como la noche está tan hermosa, y como desde ayer los..... ¿Quereis tener la bondad de darme un vaso de *bishop*, señorita Lotka?

¡Cosa extraña; mi acostumbrada y desaliñada elocuencia venia á faltarme siempre en presencia de esta tranquila criatura!

—¿Qué habeis estado leyendo? empecé despues de una pausa, dando mientras tanto paseos de un extremo al otro de la tienda. ¿Un libro de la biblioteca de suscripcion? Un ejemplar tan destrozado y malo no es propio de vuestras nevadas manos. Concededme..... tengo una porcion de libros encantadores en mi casa..... novelas tambien.....

—Perdonadme, replicó tranquilamente interrumpiéndome. Yo no tengo tiempo para leer novelas. Este libro es una gramática francesa.

—¿Estais estudiando sin maestro?

—Ya hablo un poco el francés; pero deseo entenderlo completamente.

Volvió á quedarse callada, y empezó á arreglar los platos y cucharas.

—Señorita Lotka, dije yo al cabo de un rato, durante el cual había recobrado mi valor á fuerza de contemplar al ceñudo veterano Blücher del cuarto más pequeño; ¿sois dichosa en la posicion que ocupais ahora?

Me miró con sus grandes y melancólicos ojos demostrando el asombro del niño que en el cuento de hadas se vé repentinamente interpelado por un pájaro.

—¿Cómo se os ha ocurrido hacer esa pregunta? me dijo.

—Os ruego que no la atribuyais á curiosidad despiadada, contesté yo, y en mi excitacion volqué una pirámide de bizco-

chos. Creed que siento por vos un interés franco y entusiasta.—Si necesitarais un amigo... si algo os ha sucedido... ya me entendeis, la vida es tan triste, señorita Lotka, y justamente á nuestra edad...

Iba embrollándome cada vez más y asomaban gotas de sudor á mi frente. Y más hubiera sudado á no haberme dado alientos para hacer este discurso aquel veterano Blücher.

Y ocurrió que no tuve ya que pasar por más humillaciones. La puerta que conducia al interior de la casa se abrió, y en ella apareció la persona á quien pertenecia la tienda. Parecia una mujer saludable y bien proporcionada, con una enorme cofia, y me explicó, tan cortésmente como pudo, que ya me habia detenido un cuarto de hora despues de la hora habitual de cerrar el establecimiento, y que tenia la costumbre de apagar el gas á las diez y media. Por consiguiente, pagué á toda prisa mi vaso á medio vaciar, lancé una expresiva mirada casi de reproche á la callada muchacha, y emprendí mi marcha.

No fué mi lecho aquella noche de rosas. Intenté seriamente concluir mi ensayo aleman: *Comparacion entre la Antígona de Sófocles y la Ifigenia de Goethe*, pero ¿qué se me daba á mí de ninguna de estas Hecubas? Empecé á escarabajar versos en el márgen del libro, y la melodía de los mismos me causó un efecto tan arrullador, que poco despues de media noche me quedé dormido en la silla, y, á pesar de la incómoda posicion, no me desperté hasta por la mañana, aunque en mis versos me habia declarado una vez más enamorado y, lo que hacia aún el caso más negro, enamorado del objeto de los desvelos de mi mejor amigo.

Esta fué tambien mi primera idea al despertar en la mañana siguiente. Recuerdo perfectamente, sin embargo, que la desgracia que yo claramente preveia, despues de todo, no me abatió gran cosa por entónces, y más bien pudiera decir que exaltó mi amor propio y me hizo muy interesante á mis propios ojos, puesto que tenia ahora una ocasion de experimentar personalmente todo lo que hasta entónces meramente habia leído. No me cansaba nunca de conjurar las escenas desastrosas y que parten el corazon que esta complicacion forzosamente habia de provocar, é inundó todos

mis pensamientos una especie indefiniblemente placentera de compasion por mí mismo, por Sebastian y por la que inocentemente era causa de nuestros infortunios.

En vez de ir al gimnasio, donde hubiera tenido que presentarme sin el ensayo aleman, preferí *hacer novillos*, esto es, haraganear por el parque; y allí, en el banco más solitario del más recóndito rincon, confiar al papel mis juveniles pesares. Heine y Eichendorff estaban á la sazón disputándose mi alma inmortal. En aquella mañana especial, no estaba yo maduro para la ironía del *Libro de los cantares*, y las copas de los árboles resonaban demasiado románticamente sobre mi cabeza para dejarme expresar tonos que no fueran los que convenian á un escapado adolescente. A eso del medio dia ví con melancólica satisfaccion que el poema titulado *Nuevo amor*, empezado aquella mañana, formaria una respetabilísima adicion á mi volúmen, si seguia creciendo en la misma proporcion.

Por la tarde cuando me senté sin prever mal alguno en mi cuarto y estando haciendo tentativas para sacar de memoria el perfil de mi adorado tormento, oí en la escalera los pasos de Sebastian. Apresuradamente escondí la hoja de papel y dejé la pluma en el tintero para aparentar que no me habia interrumpido en el trabajo. Cuando entró no tenia valor para levantar la vista y mirarle.

El me hizo tambien un saludo muy precipitado; se extendió como lo tenia de costumbre en mi sillón de brazos y empezó á fumar en una pipa corta.

Al cabo de una media hora próximamente preguntó:

—¿Has estado otra vez allí?

—Sí, respondí, y fingí estar sumamente ocupado buscando en mi lexico una palabra.

—¿Y qué piensas de ella ahora?

—¿Qué pienso? No me he hecho cargo todavía. Sin embargo, por lo que conozco ya, no es ella una muchacha de carne y hueso, sino una náyade, una Melusina, *fria hasta de corazon* y ¿quién sabe si su misma figura acabará como el *desinit in piscem* de una sirena?

Se levantó como por resorte.

—Debo suplicarte que no hables en ese tono.

—Paciencia, chico, le dije. No vayas á suponer que hablo con ligereza de ella. Es evidente á todas luces que tiene una historia. ¿Pero por qué deducir que haya en esta algo malo? Supongamos que se trata solamente de alguna desgracia, de un gran pesar ó de un gran amor.

—¿Lo crees así? y me miraba ansiosamente y con marcada tristeza.

—No me sorprenderia de ningun modo, continué yo, que ella, con esos ojos precoces y aquella compostura maravillosa, hubiera atravesado ya las agonías del amor sin esperanzas. No te olvides de su padre polaco. Las muchachas polacas empiezan muy pronto á sentir excitaciones y pasion. Dios solo sabe cómo la pobre niña llegó á caer en esa trampa de moscas; pero tú y yo juntos hemos de encontrar muy difícil tarea la de librarla y sacarla de ese sitio.

A esto sucedió un silencio de un cuarto de hora, durante el cual estuvo revolviendo mis poemas en cuartillas.

—Quisiera copiar esta cancion, dijo repentinamente alargándome una de aquellas.

—¿Para qué? le pregunté. Bastel, estoy á punto de sospechar que quieres hacerla pasar por tuya.

—¿No te dá vergüenza? contestó él encendiéndose el color de su rostro. Yo me tengo por poeta; pero ahora anda otra cosa revolviendo por mi cabeza; hace mucho tiempo que nada he compuesto.

—Pues busca algo que sea mejor y más animado. ¿Qué vas á hacer con ese quejido mal pensado? Esa cancion tiene ya más de seis meses (fecha da en *aquel tiempo* de que yo no podia darme cuenta exacta).

Habia vuelto á recoger la cuartilla y estaba sobre ella inclinado (era algo corto de vista) y cantando en voz baja los versos con una melodía sencilla y patética.

Se levantó de pronto; me hizo distraido una inclinacion de cabeza, y salió del cuarto.

No tardé mucho en salir tambien. No tenia objeto particular, excepto aquietar con la fatiga corporal el tumulto de mis venas.

Después de andar con gran rapidez por la ciudad una hora ó cosa así, me encontré, sin intención, en las cercanías de la misteriosa calle que me atraía y me repelía al mismo tiempo. Tenía una opaca conciencia de que no había jugado muy limpio la noche antes. Estaba muy seguro de que el joven extraño que tan celosamente se había ofrecido como campeón, sería recibido con una sonrisa sarcástica por Lotka. Pero esta era una razón más, argüía yo, para pretender causar en ella impresión más favorable. Y por lo tanto, hice de tripas corazón y dí rápidamente la vuelta á la esquina.

Al mismo tiempo distinguí á mi amigo y rival, con su gorra calada hasta las cejas, que avanzaba á grandes trancos hácia la casita verde, en dirección opuesta á la mía. También él me había visto, y los dos hicimos alto y los dos volvimos grupas en el mismo instante, como si ámbos hubiéramos equivocado el camino.

Mi corazón latía furiosamente.

—¡Malhaya nuestra ridícula reserva y nuestro sospechar el uno del otro! exclamé interiormente, comprendiendo que si las cosas seguían así, iba pronto á odiar con todo mi corazón á mi amigo más querido.

Estaba del peor de los humores al desandar mis pasos, y reflexionaba si no sería, después de todo, lo más sábio y varonil volver otra vez y procurar por mí mismo, aunque toda una legión de amigos antiguos se me pusiera en el camino. ¿No tenía yo tanto derecho como otro cualquiera para amar á la muchacha? ¿Había yo de retirarme tímidamente después de haber hablado el día antes con tanta osadía y de haberme ofrecido á la encantadora misteriosa como su caballero? Jamás. Debía de ir en seguida á ella, aunque el mundo se desplomara.

Volví á toda prisa: allí estaba Sebastian. En mi excitación no había oído siquiera sus precipitados pasos que me seguían.

—¡Tú aquí! exclamé con fingido asombro.

—¡Pablo! respondió; y su melódica voz temblaba ligeramente. No hagamos una comedia. Nosotros nos hemos querido bien, tú y yo. Pero, créeme, yo no puedo sufrir que esto continúe del modo que vá. Ya sé adónde ibas; yo me dirigía al

mismo sitio. Tú la amas; no trates de negarlo. En seguida lo he descubierto.

—¿Y qué hay si la amo? grité yo entre desafiador y avergonzado. Confieso que la impresion que me ha causado.....

—Ven aquí debajo de esa puerta, dijo. Estamos interrumpiendo el paso, y hablas tan alto que acabarás por llamar la atencion. Conoces que yo tenia razon, y la verdad es que deberia haberme sorprendido que sucediera otra cosa. Pero convendrás conmigo en que no es posible que esto siga más lejos de este modo. Uno ú otro de los dos tiene que retirarse.

—Muy bien, repliqué yo, tratando de tomar un aspecto enemigo y feroz. Uno de nosotros tiene que retirarse; lo único que no se me alcanza es por qué he de ser yo. ¿Es porque tengo dos estúpidos años ménos, aunque estoy á tu altura en los estudios?

No habia acabado de pronunciar todavía las temerarias y cobardes palabras que anteceden, y ya me dolian. En aquel momento resonaban como una jactancia humillante.

—Además, me apresuré á añadir, nada importa tanto quien de nosotros toma la precedencia, como cuál de los dos le gusta á ella. Por ahora tú y yo igualmente tenemos, al parecer, muy pobres esperanzas.

—Eso es verdad, dijo él. Pero de ningun modo puedo decidirme á entrar en competencia contigo. Y además, tú eres el más atrevido, el más afluente; tendria yo que darme por vencido de antemano, si ámbos fuéramos á declararle nuestros sentimientos: ya entiendes lo que quiero decir.

—Si así es, respondí mirando con una indiferencia artificiosa por la oscura puerta hácia un jardin donde florecia un solo rosal; si esa es toda la confianza que en tí tienes, no puedes, despues de todo, estar tan enamorado como supones, y como yo puedo decir á boca llena que lo estoy. Me he pasado toda la noche sin pegar los ojos (no tuve en cuenta aquellas siete horas pasadas en la silla) y el dia sin hacer nada, y así es que pensaba.....

No pude acabar la frase. La palidez de su buena y franca fisonomía me hizo ver cuanto más profundamente afectado

que yo se encontraba por esta conversacion, á pesar de que para mí tenia verdaderamente un cierto encanto romántico. Me sentí otra vez amigo de él, y le dije:

—Escucha; no seguiremos más de este modo. Veo que ninguno de los dos quiere espontáneamente retirarse. Decida el hado.

—¿El hado?

—Ó la suerte, si te parece mejor. Voy á tirar al aire esta moneda. Si sale cara, tú has ganado; si es cruz.....

—Hazlo, murmuró. Aunque lo más justo seria.....

—¿Quieres cerrar el trato ó no?

—Cerrado.

Cayó al suelo la moneda. Me agaché para ver el resultado en la oscuridad en que nos encontrábamos.

—¿Qué ha salido? pude oír que murmuraba, apoyándose contra el marco de la puerta. No se atrevia á mirarlo por sí mismo.

—Bastel, dije yo, no tiene remedio. Ha salido cruz. Ya comprenderás que habiendo recurrido á la decision de la Providencia.....

No se movia, ni el más débil sonido salia de sus lábios. Cuando me acerqué y le miré, ví que sus ojos estaban cerrados y que se mantenía en pié como arrobado.

—No lo tomes tan á pecho, grité yo. ¿Quién sabe lo que en dos ó tres dias puede suceder y si te diré que no me conviene, que tienes expedito el camino, libre el campo, y que...

—Buenas noches, murmuró interrumpiéndome, y se echó á correr con todas sus fuerzas.

Yo me detuve solamente un momento. Esta brusca partida hizo caer la venda de mis ojos. Tenia la conciencia de que mis sentimientos por el misterioso sér no podian compararse ni remotamente con los suyos, y que seria yo un villano si me aprovechara de la necia apelacion á la suerte.

A las veinte varas ya lo habia alcanzado, y tuve que sacar todas mis fuerzas para sujetarle, porque estaba empeñado en escapármeme.

—Oyeme, le grité; he cambiado de modo de pensar. Ciertamente no, tienes que oirme *precisamente*, ó creeré que nun-

ca se te ha importado un bledo de nuestra amistad. Solem- nemente juro, Bastel, que me retiro para dejarte el puesto. Renuncio completamente y para siempre á todo deseo y á toda esperanza. Todo lo veo claramente. Tú nunca te repon- drías si ella llegara á preferirme. Yo ¿para qué completar mi idea? Tú sabes que nadie se muere porque ni una sola de las flores de su sueño llegue á ser fructífera. Dame tu mano, Bastel, y no hablemos una palabra más del asunto.

Se echó en mis brazos. Yo en el entretanto me concep- tuaba nobilísimo y magnánimo, como si hubiera renunciado á un reino del cual fuera heredero, en favor de algun primo perteneciente á alguna línea colateral. Cualquiera que nos hubiera visto pasear del brazo más de una hora y hubiese sabido que estábamos disponiendo de una hermosa criatura, que jamás nos habia dedicado probablemente un solo pen- samiento á ninguno de los dos, difícilmente habria podido contener la risa, por un acto de generosidad tan lleno de sombras.

Insistí en acompañarle desde luego á la tienda. Quería con todo empeño probarle que el sacrificio no era superior á mi fortaleza.

—¡Que triunfes! exclamé al volver él el picaporte de la puerta y mostrándole una gozosa fisonomía.

Y entónces me alejé embozado en mi virtud, cuyos he- róicos pliegues eran recompensa cumplida á cuanto habia yo renunciado.

Dormí tan profundamente aquella noche, que me avergon- cé á la mañana siguiente de no haber ni siquiera soñado con *ella*. ¿Cómo podia la llama de este *nuevo amor* haberse apa- gado tan de improviso para no dejar ni siquiera una chispa? No quería yo permitírmelo, disminuyendo de este modo la importancia de encuentro tan trágico. Como era domingo, te- nia tiempo de sobra para entregarme con tranquilidad á mis felizmente tristes sensaciones. Todavía tengo en la memoria algunos versos escritos aquella mañana. Eran una historia de la Cenicienta, con alusiones á mi enorme sacrificio.

Y todavía persiste la gente en llamar á la adolescencia la edad de la bendicion sin nubes; la adolescencia, que, con con-

fusiones meramente mentales y torturas inventadas, se deja robar los mejores dones del cielo; falsifica sentimientos para conseguir desdichas, y apasionadamente dedica vehemente su corazón á lo que está fuera de su alcance.

PAUL HEYSE.

(Continuará en el número próximo.)

PENSAMIENTOS.

Amar para ser amado
en amor es lo vulgar;
¡venturoso enamorado
aquel, que siempre ignorado
ama solo por amar!

¿Porque pobre me ves me compadeces?
La vanidad te ciega:
si yo soy pobre porque nada tengo,
más eres tú, que todo lo deseas.

El cuerpo tiene un verdugo
y otro el corazón también,
uno se llama la muerte,
otro se llama el desden.

MANUEL DEL PALACIO.

EL RENACIMIENTO INTELECTUAL

EN LA EDAD MEDIA.



The Conflict of Science and Religion. By Dr. Draper. London, 1875. (1)

A distincion de los anteriores tomos de la biblioteca científica internacional, la nueva obra del Dr. Draper titulada «El conflicto entre la ciencia y la religion» trata de un asunto histórico y literario. Empieza el autor por bosquejar brevemente el estado del pensamiento helénico en la época de Alejandro, las conquistas de este monarca y el efecto que en los griegos produjo un más vasto conocimiento de las teorías extranjeras y una más íntima relacion con las naciones del Oriente. Pasa de aquí á dar cuenta del Museo y la Biblioteca de Alejandría, de los descubrimientos científicos que han inmortalizado este emporio del saber y del lujo, de la riqueza y el escepticismo del imperio romano en los primeros siglos de nuestra era. La aparicion del cristianismo, la decadencia del imperio, el decaimiento del génio y de la sabiduría son considerados luego en sus causas probables. Pasa luego revista mucho más detenidamente á la historia primitiva del islamismo y al crecimiento del poderío de los sarracenos, consagrando considerable extension á los progresos del saber arábigo y á la influencia de este en el pensamiento europeo. El renacer de este pensamiento, los inútiles esfuerzos que la Iglesia hizo para conservar su supremacía, el adelanto y difusion graduales de la verdad científica y el actual conflicto de la ilustracion con la ortodoxia,

(1) Se ha publicado recientemente la traduccion española de esta importante obra con este título: *Conflictos entre la Ciencia y la Religion.*—Biblioteca contemporánea. Madrid, 1876.

suministran materiales para la restante parte de la obra. Basta este imperfecto bosquejo para que midan nuestros lectores la magnitud del asunto, que es virtualmente la historia del pensamiento humano durante veintidos siglos. El Dr. Draper, persona de gran distincion científica y literaria, es muy conocido en ámbos lados del Atlántico por varias obras excelentes, y estaba doblemente preparado para el tema que trata por su conocimiento de la naturaleza y de la historia. No sabemos hasta qué punto aumentará su reputacion la obra á que nos referimos. No demanda muy detenida lectura ni hondas reflexiones; está escrita en animado é interesante estilo; pero no satisfacen al pensamiento la precipitacion y á veces la inoportunidad con que se aborda en ella un asunto tan importante, que merece y acaso requiere la variada instruccion de Buckle, la imparciliidad de Hallam y la concisa pero clara y magestuosa elocuencia de Gibbon.

No seria justo, sin embargo, culpar al autor por la penosa necesidad que tuvo de dar á su obra las proporciones de un pequeño tomo ó negar que áun en los límites que le ha dado, sugiere muchas reflexiones tan nuevas como interesantes. La parte más satisfactoria es la que se refiere al período que media entre la ruina del imperio de Occidente y el estallido de la Reforma, período cuya historia, sumamente instructiva por cierto, diriase que ha sido pervertida ó equivocada por los escritores más ricos en altos dones y penetracion. Ha sido uso muy general el de considerar á la Iglesia durante toda la Edad Media como depositaria del saber, amiga de la civilizacion y madre de cuanto habia de elevado ó bello en aquellos tiempos brumosos. Pocos lectores de la magnífica, aunque incompleta historia de Inglaterra, por Macaulay, olvidarán el noble trozo en que con todo el impetuoso ardor y la esplendorosa elocuencia de su estilo sin par, lleva esta extraña teoría á su más alto grado y se esfuerza en demostrar el beneficioso efecto de los monasterios, las peregrinaciones y las cruzadas, frutos que dió la piedad en la Edad Media. Mira con agrado á esa Iglesia que estableció la esclavitud intelectual más abrumadora, que conculcaba constantemente el derecho de los Estados y de los individuos y que otorgaba la corona de la

virtud, no al mérito activo y útil, sino á la liberalidad mal dirigida y al degradante ascetismo. La obra que tenemos delante confirma una opinion que por tiempo nos pareció difícil de sostener, la de que la Iglesia, por el contrario, fué á las veces hostil y casi siempre indiferente del modo más culpable al fomento del saber, que Europa hizo bajo su soberanía, escasamente algun progreso en la civilizacion y que el renacimiento posterior al año 1000 debió su origen á los sarracenos de Asia, de Africa y sobre todo de Andalucía. Pero como esta desgraciada opinion ni es venerable por su antigüedad, ni ortodoxa merced á un gran número de sostenedores, ni aparece adornada de los esplendores de la elocuencia clásica, se nos perdonará tal vez que nos aventuremos á presentar algunos hechos ciertos y muy conocidos en apoyo de tan extraña y desabrida (*unpalatable*) teoría.

Si la fuerza de una religion debe medirse, no por el número y prosperidad de aquellos que la enseñan, sino por la fé incuestionable y la ardiente devocion que atesoran, los últimos años del siglo VII deben ser considerados como los que señalan la plena madurez del poder á que supo elevarse el catolicismo. No solamente reinaba sin rival en todos los países que un tiempo estuvieron unidos bajo el cetro de Roma, sino que habia logrado la anexion de Irlanda, isla que en otros dias separaba del resto de la humanidad un Océano solitario; y de Caledonia, cuyos fieros montañeses habian resistido durante muchas generaciones el ímpetu de las águilas imperiales. La heregía arriana habia sido completamente soterrada en Francia, España, Italia y el imperio bizantino. Justiniano habia logrado extinguir con piadosa crueldad los últimos restos de la religion y filosofía de los griegos. Durante tres siglos las acumuladas riquezas del mundo antiguo habian sido repartidas con mano pródiga á la Iglesia y sus ministros. Anmiano nos dice que en el reinado de Valentiniano I sobrepujaba en lujo y elegancia la mesa del romano Pontífice á la del mismo emperador. Este monarca se vió en la necesidad de prohibir al clero que recibiera los legados que tan frecuentemente le hacian los santos acaudalados, y particularmente los del bello sexo; sus sucesores, con las leyes y ejemplos que

dieron, antes alentaron, sin embargo, que reprimieron tan peligrosa esplendidez. Solo en la iglesia de Santa Sofía gastó Justiniano un millon de libras esterlinas al ménos: eran de mármol las columnas, y de pórfiro y jaspe, y coronábanlas chapiteles de bronce labrado; las paredes y la cúpula estaban incrustadas de riquísimos mosaicos, el santuario contenia en plata cuarenta mil libras de peso, y los vasos para usos del altar eran de oro puro, adornados de las piedras más preciosas. Y no fué esta la muestra única de su piedad, pues levantó veinticinco iglesias en Constantinopla y sus suburbios, llenó de templos y monasterios las provincias, presidió los sínodos, persiguió las heregías y aumentó los privilegios del clero ortodoxo. Sean cuantos fueren los tesoros consagrados que se perdieron á consecuencia de la heregía arriana, se recuperaron con aumento considerable una vez sofocado el cisma. Los reyes godos no tocaron los tesoros del clero católico, y aún en el saqueo de Roma respetó Alarico la vajilla de oro destinada al altar de San Pedro.

No eran el número y organizacion del clero, así regular como secular, inferiores á su riqueza. En el reinado de Constantino gobernaban mil y ochocientos obispos las provincias espirituales del imperio romano; los ministros que ocupaban inferiores grados en la gerarquía no eran ménos numerosos, y su disciplina y obediencia eran muy superiores á las que mostraban los servidores del poder civil. Parecen pocos, sin embargo, cuando los comparamos con los que vivian en reclusion; modo de vivir que viniendo de la India, fué muy luego acogido con general favor en todos los paises cristianos. Aunque Egipto era el principal hogar de estos ascetas, extendíanse por todo el mundo occidental desde la Siria hasta las Hebridias. Cinco mil habitaban el desierto de Nitria, mil cuatrocientos ocupaban la isla de Tábena en la Tebaida superior y la ciudad de Oxyrinco contenia el asombroso número de veinte mil frailes y diez mil monjas. Las islas rocallosas que se levantan sobre las olas del Mediterráneo, nuestro país y los vecinos, llenos estaban de estos hermanos, de cuya muchedumbre nos da una idea el hecho de que el monasterio de Bongor contuvo una vez más de dos mil adeptos. En la severidad de sus

penitencias así como en su número sobrepujaban grandemente los monjes de esa edad á sus degenerados sucesores; los que siguieron á Antonio y á Pacomio se abstenerían de alimentarse con carne y consideraban el bañarse como pecaminoso lujo, mientras otros anacoretas llevaban su humildad al extremo de pacer, literalmente, en los campos.

Fué natural consecuencia de tales ventajas del clero, que se hiciera la más influyente clase del mundo cristiano. Un Pontífice sentado en el trono de Roma ó de Alejandría armado de truenos espirituales y fuerte en el reverente cariño de una inmensa capital, fué muy á menudo capaz de desafiar al débil sucesor de Constantino. Herejes é idólatras instruyéronse por temerosa experiencia de la acción que ejercía el clero en las leyes de todos los pueblos que comulgaban en la ortodoxia. Los arrianos, nestorianos y jacobitas, los samaritanos de Palestina, los judíos de España y los gentiles de la Alemania septentrional fueron perseguidos con incansable crueldad. Infligió la muerte Carlomagno á los que rehusaban el agua bautismal ó se aventuraban á comer carne en Cuaresma, y las leyes de Alfredo castigaban la idolatría con todo el rigor del código mosaico.

La obligación de todo sacerdocio es mirar por la pureza y moralidad de los verdaderos creyentes, de modo que permanezcan puros y sin tacha, y además de tan onerosos deberes, el cuidar de la educación, según nos dice la más alta autoridad, perteneció siempre como jurisdicción especial á la Iglesia católica. Cuando recordamos esto y también el celo, el número, las riquezas, holgura y cuidadosa organización del clero, llénase nuestra fantasía de un espléndido espectáculo de actividad intelectual. Nos pintamos entonces los magestuosos colegios, las innumerables escuelas, las grandes bibliotecas y las bien provistas instituciones, llamadas á velar por la indagación científica y que debieron resultar de tanto genio y tantas riquezas consagradas á la causa del progreso humano. Parécenos ver descubridores que eclipsan las glorias profanas de Alejandría, sábios que publican magníficas ediciones de los clásicos, historiadores y filósofos que enriquecen á la humanidad con el más valioso y permanente de todos los tesoro-

ros terrenales. Volvemos la vista á la historia verdadera de esas edades, y la oscuridad se extiende entónces por la tierra. Aparece el clero ansioso de extender su dominio á todas las almas y cuerpos de los hombres, pero no de emplear esta supremacía en pró del bienestar intelectual de las gentes. Gregorio el Grande reprendió enérgicamente á un obispo que tuvo la audacia impía de enseñar la gramática y de estudiar á los poetas latinos, y difícilmente podría presumirse que algunos de sus hermanos sobrepujaran en sabiduría á quien fué Pontífice y santo. Júzguense los progresos que podia hacer con tales maestros el mundo cristiano. Los resultados de la supremacía eclesiástica se entenderán mejor evocando, aunque imperfectamente, el estado general de Europa desde los comienzos del siglo VII hasta la terminacion del IX.

Debemos fijar primeramente la atencion en el Imperio de Oriente, que era la más antigua, culta y civilizada nacion de las cristianas. El vasto territorio que se extendia desde el Adriático hasta el Eufrates, y que formaba la rica herencia de los emperadores bizantinos, dividíase en 64 provincias y adornábase con 935 ciudades. Las victorias de Belisario habian unido á tan bellos dominios la mitad meridional de Italia, Sicilia y casi toda la africana provincia. Merced á los trabajos de Triboniano y sus colegas, un Código, que es incomparablemente el más perfecto que ha trazado el ingenio humano, elaboróse con la masa confusa de la jurisprudencia romana. En el esplendor de su capital, las rentas que anualmente se vertian en el Tesoro y la pompa que ostentaban la córte y la Iglesia, sobrepujó el imperio griego á todos los otros Estados de Europa, y tal vez de Asia. Practicábanse aún con esmero y fortuna las artes útiles.

No podian encubrir, sin embargo, estas glorias, que se marchitaban al crecimiento de una rápida é incurable decadencia. Un gobierno débil, costoso y arbitrario, que despreciaban sus enemigos, que no lograba obtener la confianza de sus aliados, y que era aborrecido por sus súbditos, paralizaba la fuerza de la nacion y agotaba los nacionales recursos. Abrumado el comercio por pesadas exacciones, corrompida la administracion de justicia, vendíanse los cargos públicos en el mismo

palacio, y mientras rapaces favoritos acumulaban riquezas considerables, quedábanse sin sus pagas ó sus provisiones los soldados y los marineros. Arrebataban victoriosos invasores una tras otra provincia á imperio que fué un tiempo tan temido. Tres veces pusieron cerco en un siglo á la capital. Coincidian con estos infortunios nacionales decadencia y estancacion intelectuales que maravillan. La filosofía, despues de atravesar un período de decadencia lleno de tédio, extinguióse violentamente bajo la despótica mogigatería de Justiniano. Mucho ántes habian seguido la elocuencia y la poesía de Atenas á su libertad y virtud. Desapareció con Procopio el último historiador griego merecedor de ese nombre. Un estilo arquitectónico magnífico, aunque inculto, floreció con la riqueza del imperio; mas en vano buscaríamos en la tierra de Fidias y de Apeles un escultor ó un pintor de mediano mérito. La ciencia, que de todos los ramos del saber es aquel que siente primero la influencia esterilizadora de la tiranía y la supersticion, habia experimentado el más completo retroceso. Las ridículas fábulas que refiere Procopio, viajero y hombre de estudios, acerca de la Bretaña, muestran del modo más notable la decadencia de los conocimientos geográficos desde la época de Constantino. En opinion de sus contemporáneos, era la tierra un plano oblongo de cuatrocientas jornadas de largo y doscientas de ancho. Aceptaron la idea errónea de un Océano que rodeaba al planeta; negaron que existiera más de una zona templada, y rechazaron piadosamente los bárbaros absurdos de Tolomeo. Pero el colmo de la locura es el del geógrafo Cosmas, quien dice, en un trozo comentado por Mr. Draper, «que el plano de la tierra no es exactamente horizontal, sino que presenta una ligera inclinacion al Norte; de aquí que el Eufrates, el Tígris y otros rios que corren hácia el Sur son rápidos; pero el Nilo, que tiene que correr hácia arriba, tiene por necesidad más lenta corriente.»

Recibe la decadente civilizacion del imperio griego un esplendor accidental de su contraste con el barbarismo absoluto y no suavizado del Oeste. Las guerras consiguientes á la caida del imperio romano habian terminado. Dominaban los fran-

cos á la mayor parte de lo que un tiempo fué denominado Galias; y poseian anglos y sajones las más bellas comarcas de Bretaña. Y sin embargo, no se advierten, á pesar de este estado relativamente pacífico de las cosas, adelantos generales y permanentes hasta los comienzos del siglo XI. El seglar y el clérigo, el magnate y el pechero estaban casi igualmente destituidos del más rudimentario saber. «En casi todos los Concilios, dice Hallam, es la ignorancia del clero un motivo de queja. Consta por uno que se celebró en 992, que escasamente podia encontrarse en la misma Roma quien poseyera las primeras nociones de literatura. Ni uno solo de los mil sacerdotes de España podia escribir á otro en la época de Carlomagno una sencilla carta de felicitacion. En Inglaterra, declara Alfredo, que no podia acordarse de un solo sacerdote que al Sur del Támesis, ó sea en la parte más civilizada del país, entendiese, cuando él subió al trono, las oraciones más acostumbradas, ó pudiese traducir algo del latin á su lengua nativa. Ni mejoraron las cosas en tiempo de Dunston, cuando, segun se dice, no habia en todo el clero quien supiese escribir ó traducir una carta latina.» Seria interesante averiguar cómo celebraban estos doctos hombres el sacrificio de la misa, cómo administraban los sacramentos ó seguian sus estudios teológicos cuando tan desconocida era para ellos la lengua de Gerónimo y Ambrosio, de Agustin y Lactancio. Y como quiera que todas las escuelas y bibliotecas estaban entonces adscritas á los monasterios y á las catedrales, y no habia centros de instruccion para los seglares, éstos eran, si cabe, más ignorantes que el clero. Carlomagno, restaurador del imperio de Occidente, patrono del saber, no sabia escribir; el Papa Silvestre, único filósofo que en su tiempo contaba Italia, era tenido por hechicero entre sus mismos incultos conciudadanos, y el mismo Alfredo traducia con dificultad la instruccion pastoral de San Gregorio. Con tales ejemplos de barbarie, apenas se necesita decir que la literatura de esos tiempos está lamentablemente desprovista de extension y plenitud, y que caracterizan á sus mejores modelos pobreza de estilo y asunto, falta de crítica y una miserable carencia de pensamiento ó expresion originales. Durante este largo período de más de

cuatro siglos solo produjo el Occidente, en opinion de Hallam, dos hombres de verdadero génio literario, y es hecho digno de apuntarse que ámbos se vieron obligados á buscar en tierras lejanas la cultura desconocida en la propia. El primero de éstos, Juan Scoto, el célebre metafísico irlandés, residió por algun tiempo en Grecia, y allí estudió la filosofía oriental: Gerberto, que es el otro, y que fué más tarde el Papa Silvestre II, adquirió en las escuelas de Córdoba ese saber matemático con que adquirió una justa celebridad.

Algunos autores que debian conocer mejor la materia han encarecido desmedidamente la virtud y piedad de esas oscuras edades; pero un ligero conocimiento de la historia hará que el criterio imparcial forme un juicio muy diferente. La práctica de exportar desde aquí esclavos á Irlanda prevaleció hasta el reinado de Enrique II; los venecianos sostenian un lucrativo comercio de séres humanos con los sarracenos, y las leyes prohibitivas de Carlomagno demuestran que los franceses no eran ménos culpables en este sentido. ¿Hay por ventura nada más inmoral que los hábitos de perjurio, de guerra intestina, de robar en cuadrilla y áun de vender á viajeros despues de arrebatárles cuanto tenian, de reducirlos á esclavitud si no pagaban el rescate? Con frecuencia se quejan los escritores de aquel tiempo de la relajacion de costumbres que pervertia á la sazón conventos y monasterios, peregrinos y cruzadas. Las virtudes que excitan más admiracion son una veneracion infantil de santos y reliquias, la liberalidad en dotar las fundaciones religiosas y una fanática aversion para cuanto no perteneciera á la verdadera Iglesia. «Roberto, rey de Francia,» dice Hallam, «habiendo notado con cuánta frecuencia juraban en falso los hombres sobre las sagradas reliquias, y ménos escandalizado por lo visto del crimen que del sacrilegio, decidió que se usara un relicario vacío para que aquellos que lo tocasen pecaran ménos de hecho aunque no de intencion.» Era costumbre en Tolosa dar una bofetada á un judío en la Pascua de Resurreccion, y en Beziens atacar á pedradas las casas de esos desdichados infieles. En época mucho más ilustrada buscó San Luis la salvacion de su alma y la de sus antepasados condonando un tercio de deudas que

los cristianos tenían que pagar á los judíos, y exhortando á sus amigos del órden seglar á no tratar nunca con paganos y á que en vez de proceder así, los pasaran á cuchillo. Ni puede haber más ridículo ejemplo de superstición que el uso de la ordalia, la cruz y el juicio de Dios para decidir la culpabilidad ó la inocencia; costumbres de origen germánico que fueron sancionadas constantemente por la Iglesia en tan oscuros tiempos.

Las condiciones físicas de la Europa occidental estaban á la sazón en conformidad con su estado moral é intelectual. Aquellos países, cuyo florecimiento fué tan grande bajo la dominación romana, casi habían caído otra vez en el estado natural; la mayor parte de su superficie estaba cubierta de selvas, navazos y pantanos; y aunque la población era excesivamente reducida, los habitantes padecieron de escasez frecuentemente. Cuarenta y ocho de los setenta y tres años que comprenden los reinados de Hugo Capeto y sus dos sucesores, fueron de hambre, y desde 1015 hasta 1020 todos los países de la Europa occidental carecieron de pan. Refieren los escritores contemporáneos que en esos períodos de hambre comiéronse las madres á sus niños, éstos á sus padres y que se puso á la venta carne humana, aunque no sin tratar de que no se supiera. La población de Inglaterra en la época de la conquista no parece que pasaba de un millon y medio de habitantes; en la compilación de Domesday Book, York tenía solamente siete mil, y en el reinado de Estéban no podía Lóndres gloriarse de tener más de cuarenta mil. Alemania no tuvo ciudades hasta la época de Carlomagno, á no ser algunas romanas en las orillas del Rhin y del Danubio. Los edificios públicos eran, generalmente hablando, insignificantes, y los privados generalmente miserables. Entre nosotros el arte de construir con ladrillos se había olvidado hasta que fué nuevamente introducido en el siglo XIV. Las manufacturas se limitaban estrictamente á las necesidades humanas. Estaba muy extendido el uso del cuero en los trajes. Aun en el reinado de Federico II, los italianos de la clase media desconocían el lujo de cuchillos con mangos de madera y de las velas de sebo. No es necesario detenerse en el estado del comercio, pues lo

más esencial de su existencia, el estricto cumplimiento de una ley uniforme, las facilidades para una barata comunicación de géneros y pasajeros y los recursos del capital acumulado faltaban hasta tal punto, que ninguna importancia tenía en la constitución de las naciones.

Cuando comparamos el estado de Europa durante el período que acabamos de mencionar con el magnífico cuadro de riqueza, orden y refinamiento que presentaba aún en los reinados de Diocleciano y Constantino, nos inclinamos naturalmente á indagar cuál fué la causa de tan lamentable cambio. El hecho de que se debilita el espíritu humano y de que adelanta en este mal camino desde la muerte de Augusto y la ruina y desolación que produjeron las conquistas de los bárbaros, son ciertamente las causas directas y principales de ese cambio. Pero á medida que se considera más detenidamente la historia de ese período, notamos con mayor claridad que no bastan esas causas que hemos señalado. Debe afirmarse, en primer lugar, que la esterilidad intelectual que caracteriza al imperio romano en sus postrimerías pudo corregirse con amplia efusión de sangre fresca y vigorosa. La mezcla de las razas greco-latinas, célticas y teutónicas habría producido y produjo, como lo demuestra la historia, una familia de naciones dotadas de capacidad artística, literaria y científica comparable á la que en otros tiempos se encontró en la Helada y solo allí. Por otra parte, no resulta que los bárbaros fuesen esos conquistadores crueles y licenciosos que nos han pintado los prejuicios ó la fantasía de antiguos escritores. La devastación á que los Hunnos se entregaron fué, sin duda, terrible; pero ellos pasaron pronto y el imperio de estos salvajes terminó con la vida de Atila. Hay motivos para creer que muchos excesos fueron cometidos en Africa por los vándalos y más aún por los bárbaros conquistadores de la Bretaña. Pero los godos que subyugaron á la Galias, á Italia y á España parecen haber sido fervorosos cristianos, rectos y virtuosos en su vida y no desprovistos por completo del conocimiento de la literatura latina ni de veneración por las antigüedades romanas. Ilustran este carácter la conducta de Alarico después de apoderar-

se de Roma y Atenas y el glorioso y benéfico reinado de Teodorico en Italia. Puso en vigor este ilustrado monarca las leyes romanas, estableció el orden y la seguridad en sus dominios, se esforzó en arraigar una imparcial y universal tolerancia, y además de restaurar los monumentos del imperio, erigió muchas obras grandiosas de comun utilidad. Fué sin duda un hombre de talento y virtudes poco comunes; adviértese sin embargo el mismo espíritu de moderación y humanidad con más ó ménos fuerza en la conducta de otros reyes godos, y Mariana confiesa que entónces sus compatriotas, fatigados de la opresión romana, encontraron alivio al yugo de los bárbaros. Debe tenerse en cuenta que las autoridades á que podemos acudir para estudiar ese período son casi todas ortodoxas y de quienes no era lícito esperar que hicieran justicia á los arrianos.

De modo que aún reconociendo á esas causas todo lo que les corresponde, no podemos admitir que basten á explicar la noche que envolvió durante cuatro siglos al mundo cristiano. Una tercera causa contribuyó grandemente. Muchó, muchísimo se debe sin duda á la Iglesia, única organización que permaneció en pié é intacta entre las ruinas del imperio y las devastaciones de los bárbaros, y á la cual volvían todos las miradas implorando su dirección y que vió caer de rodillas ante sí á los bárbaros; en quien recayó la obligación, y solo tuvo los medios intelectuales y materiales de proteger á sus hijos de los crecientes males de tan desventurados tiempos. Sin embargo, esta Iglesia estuvo quieta durante cuatro siglos, sin hacer ningun esfuerzo colectivo para ahuyentar tantas tinieblas, ocupada constantemente en defender sus prerogativas y su poder, su riqueza y sus privilegios.

Mientras Europa, despues de mil años de supremacía intelectual, hundíase rápidamente en el abismo, una grandiosa revolución sobrevino entre los despreciados bárbaros de la Arabia. Aunque importan grandemente á nuestro intento el carácter, la vida y la enseñanza de Mahoma, es tan vasta la materia que suministran y ha sido tratada tantas veces, que no nos detendremos en ella. Despues de largos siglos de errores, despues de haber aparecido en la tragedia de Voltai-

re como un malvado que ocultaba los más atroces planes de ambicion y de venganza, bajo una hipócrita máscara de piedad, despues de haber sido pintado por Southey como un estúpido y perverso impostor, el profeta árabe ha encontrado por fin una crítica más imparcial y juiciosa. La obra que un clérigo de la Iglesia anglicana acaba de publicar sobre el asunto, es un poderoso ejemplo de este espíritu ámplio y tolerante. Nos contentaremos, por nuestra parte, con recordar que ninguna religion fué propagada con más rapidez que el mahometismo, y que tal vez ninguna, despues de más de doce siglos de existencia, puede lisonjearse de haber conservado con tanta fortuna su vigor y sencillez primitivos.

Corresponde á los historiadores la narracion de las conquistas que dieron al mahometismo en tan corto tiempo un poder tan considerable. Hay sin embargo en esta historia un famoso incidente que demanda alguna atencion, y es la supuesta destruccion de la Biblioteca de Alejandría. Gibbon ha esforzado mucho los argumentos contrarios á la certeza del hecho á que aludimos. El silencio de los escritores contemporáneos y el avenirse muy mal este proceder con las enseñanzas del islamismo y la probabilidad de que no existiera ya esa biblioteca son los argumentos que invoca. La parte de esta famosa colección que se depositó en el palacio real fué destruida con el edificio en la guerra alejandrina de César, y aunque Antonio la renovó, es dudoso que no tuviera el mismo destino del edificio que desapareció por segunda vez en el reinado de Galieno. El resto, que fué colocado en el Serapion, fué destruido evidentemente por Teófilo, el obispo cristiano de Alejandría, tio de San Cirilo, en el reinado de Teodosio. Es tal la fuerza de la mogigatería, que este rasgo vandálico del prelado es suprimido por casi todos los historiadores, mientras que las más violentas invectivas llueven sobre el desdichado Omar, sobre los árabes y el mahometismo en general, sin más fundamento que una anécdota de muy dudosa certeza. Se dice, sin embargo, que varios escritos mahometanos confirman la version más generalizada, y si así fuera, su testimonio tendria sin duda una gran importancia. Sigue siendo por tanto una cuestion libre que los árabes destruyeran la bi-

biblioteca; pero es indudable que no pudo ser muy grande ni muy valiosa.

La estabilidad del vasto imperio arábigo fué asegurada por medio de colonias, de la alianza con otras sectas y la fusion de la raza dominadora con las de otras naciones. Puesto en íntimo contacto con los países más civilizados del mundo, iniciáronse pronto rápidos progresos en un pueblo tan inteligente é investigador por naturaleza como el árabe. Bajo el califa Abdelmelik se dió un paso que como sucede á todos los adelantos en todos los países y edades, halló resistencia en ciertas gentes fanáticas. Los califas protegen la arquitectura, el órden, la disciplina y vida refinada de las grandes ciudades, contribuyen á pulir y dominar á los rudos hijos del Desierto. No es probable que la afortunada resistencia de Constantinopla ni la victoria de los franceses en Tours habrian detenido el torrente de la invasion arábica, á tener los musulimes más concordia y unidad internas. La memorable guerra civil que estalló entre los Abbasidas y Omeyas, dividió al imperio y moderó la ambicion de los sarracenos. Los Abbasidas obtuvieron el dominio del Asia y el Africa y fundaron la espléndida capital de Bagdad en un lugar que la experiencia de doce siglos señalaba como asiento natural de los imperios. España consoló al último de los Omeyas de la rota y matanza de sus deudos.

La rivalidad de las dos dinastías y el término de las conquistas, hicieron que la actividad del pueblo se convirtiese á más nobles empresas, donde adquirieron gloria y ejercieron una influencia que ha sobrevivido á su imperio y durará más que su religion. Con la misma impetuosidad que habian desplegado en sus empresas militares, aplicáronse los sarracenos al estudio de todos los ramos del saber humano, reales é imaginarios, mezquinos é importantes, abstractos ó concretos. En un principio, fueron una raza bárbara apta sola para la guerra; pero en el trascurso de dos siglos, lograron formar el pueblo más adelantado y docto de la Edad Media.

En todo estudio importa averiguar, como indispensable indagacion preliminar, lo que anteriormente se ha logrado descubrir acerca de la materia que se examina. Todo lo que de la literatura griega se conservaba, fué ardientemente buscado por

los sarracenos; las obras científicas y filosóficas sobre todo, las tradujeron con muy meditados comentarios. Resuélvese, generalmente, de un modo negativo que fueron traducidos los poetas griegos. Al-Mamun, sétimo califa de Bagdad, tuvo agentes encargados de coleccionar los tesoros de la sabiduría griega, en Armenia, Siria y Egipto, y logró del emperador bizantino una biblioteca que contenía el *Μεγάλη Ευνταξες* de Tolomeo. Hakem II de Córdoba tenía coleccionistas en Egipto, Siria, Irak y Persia. Solicitó de todos los hombres eminentes que le enviaran sus obras, y empleó á otros en escribirlas nuevas sobre ciencias é historia. No había para él regalo más agradable que un libro. Formaron de esta suerte los monarcas sarracenos bibliotecas de tamaño y número sin par. La de Hakem ascendía á 600.000 tomos, de los cuales 44 estaban dedicados al catálogo. Más de 70 bibliotecas públicas fueron establecidas en sus dominios. 100.000 volúmenes contaba la del Cairo y eran ofrecidos con liberalidad á los ciudadanos estudiosos. La afición del soberano comunicóse á los súbditos, y un particular declaraba que tenía bastante con sus libros para cargar 400 camellos.

No atendieron ménos los sarracenos á la fundacion de escuelas y colegios. Ochenta de estas últimas instituciones adoraban á Córdoba en el reinado de Hakem: en el siglo XV estaban diseminadas cuarenta por la ciudad y vega de Granada. Cerca de cien mil libras esterlinas costó la fundacion de un solo colegio en Bagdad. Invertíanse en su sostenimiento cerca de 7.500 libras. Todos los años se educaban allí 6.000 estudiantes. Los príncipes de la casa de Omeya honraron las academias de España con su presencia y sus estudios, y disputaron, no sin éxito, los premios otorgados al saber. Numerosas escuelas dedicadas á la instruccion primaria fueron establecidas por una larga série de monarcas. Aun en nuestros tiempos y en nuestro país debemos considerar como un alto ejemplo de tolerancia la conducta de Harum-Al-Raschid, que puso un nestoriano á la cabeza del sistema de escuelas que había organizado en todo el imperio. Construyeron los árabes de esta suerte en el trascurso de dos siglos un aparato de adelanto intelectual que hasta entónces no tuvo igual, excep-

tuando á Alejandría, y que no logró igualar la Iglesia despues de dominar, durante más de quinientos años, al pensamiento europeo.

Mientras los sarracenos exploraban de esta suerte las minas del antiguo saber, no descuidaron la formacion de una nueva y espléndida literatura, cuyos fragmentos mutilados excitan todavía el respeto y la admiracion de los doctos. Resulta de los estudios hechos, que esa literatura fué notable por su riqueza, la multitud de los asuntos que examina y el esmero de un acabado y elegante estilo; cualidades que distinguen sobre todo á los árabes de España, en quienes se elevó al más alto grado el poder intelectual de su raza. Córdoba, Málaga, Almería y Murcia, produjeron más de trescientos autores ellas solas; las mujeres y los ciegos contribuyeron al acrecentamiento de la riqueza literaria del país, y un solo individuo publicó mil y cincuenta tratados sobre asuntos tan extensos y varios como moral, historia, leyes y medicina. Para la utilidad de este breve bosquejo, convendria, sin embargo, dividir en tres clases las creaciones del génio arábigo, segun pertenezcan los asuntos al dominio de la filosofía, de la ciencia ó de lo que arbitrariamente se llama literatura para distinguir-lo de aquellas.

La aficion á la más elevada y mística especulacion ha caracterizado siempre á los pueblos del Asia. En esa tierra de la contemplacion han nacido las seis grandes religiones de la tierra, y aun existen allí en mayor ó menor florecimiento todas ellas. No se exceptúan los árabes, y es buena prueba que sus tratados de lógica y metafísica forman una novena parte de la famosa coleccion que duerme en los sombríos claustros del Escorial. Su maestro fué Aristóteles, y ellos dieron á conocer los escritos del insigne pensador griego al mundo cristiano. Perjudicó ciertamente á los árabes su excesiva veneracion al génio del Estagirita. Prefirieron el modesto papel del comentador á los triunfos de la originalidad. De todos modos, los sábios empezaron á introducir en el credo y en la tradicion nacionales una crítica y un sentido muy elevados y de esta suerte una manifestacion del panteismo adquirió muy pronto el favor general. En vano buscareis ahora las cátedras

de Averroes y sus compañeros; en vano pretendereis que sus obras dejen de ser privilegiada lectura de los doctos; pero aún así, no hay quien pueda negar que esos pensadores casi olvidados fueron los que iniciaron en la Europa occidental el espíritu de indagación que nos ha traído las bendiciones de la ciencia y de la libertad. Y no sacan solamente los sarracenos del estudio de la literatura arábiga una gran cantidad de conocimientos científicos, pues también alcanzaron de este modo el acertado método que aplicó el famoso Arquímedes á sus admirables estudios. El método experimental descuidado en las escuelas jónicas y atenienses, había sido desarrollado en Alejandría y produjo muchos descubrimientos magníficos. Los sarracenos se dedicaron también ardientemente al cultivo de las matemáticas y la astronomía. La astrología desprestigia en ocasiones los verdaderos descubrimientos de aquellos sábios que no supieron sustraerse á la inclinación que han tenido siempre las poblaciones del Oriente á esas misteriosas y disparatadas lucubraciones. También señalóse la cultura arábiga por inmortales trabajos y descubrimientos físicos. A pesar de estos grandes adelantos, la química es la única ciencia que debe su creación á los árabes. Consecuencia natural de estos grandes progresos fué el renacimiento del arte médico. Un sistema muy regular de exámenes acredita la superioridad que tenían los árabes á la sazón en el cultivo del saber.

Preocupados estuvieron sin duda los árabes con los serios y austeros trabajos de filosofía y ciencia que tanta gloria les reportaron; mas no fué causa este celo que en el estudio desplegaron para que abandonasen otros ramos más amenos y agradables de la literatura. Ellos cultivaron con extraordinario éxito la elocuencia y la poesía. Los de España particularmente sobresalieron en esta cultura literaria, pues el talento poético extendióse tanto entre ellos, que se encuentra así en los poderosos monarcas de Córdoba y Granada como en sus más humildes vasallos. No era su musa magestuosa y sublime, pues desconocieron el drama y la epopeya; pero tal vez no la hubo nunca más tierna, melancólica y voluptuosa. Estos ramos de la literatura arábiga conservaron constantemente su carácter nativo. Con la poesía debemos clasificar tam-

bien las innumerables narraciones que nos son conocidas por uno de sus más excelentes modelos: *Las mil y una noches*. Los historiadores son en esa raza más numerosos que distinguidos. España sola fué la pátria de mil y trescientos. Faltos de crítica, excesivamente lisonjeros para con los príncipes más vulgares, penetrados de la más estrecha ortodoxia, no pueden aspirar estos historiadores á más elevado puesto que el de cronistas.

A consecuencia de la actividad intelectual desplegada especialmente en los diversos ramos del saber por los árabes, produjéronse grandes adelantos en esas artes humildes, pero necesarias, que contribuyen tan eficazmente á la felicidad del género humano. El riego, que es tan útil para las tierras, fué practicado con sin igual esmero; muchas plantas exóticas fueron introducidas por ellos en España, y su cria caballar, cuyas excelentes condiciones son muy conocidas, fué naturalizada en Africa y Andalucía. La pólvora fué usada por ellos dos siglos antes que fuera descubierta por los cristianos, y Casiri ha descubierto muestras de papel de algodón é hilo que ellos usaron en los siglos XI y XII.

Las hojas de Toledo y Damasco, la seda y el algodón de Granada y el cuero de Córdoba y Marruecos, no fueron sobrepujados en la Edad Media. La minería fué cultivada con tanto vigor, que cinco mil escavaciones del período sarracénico se han encontrado en la pequeña provincia de Jaen. Tanto trabajo, tanta actividad, tanto celo, dieron por resultado una riqueza y esplendor tales que nos parecerian fabulosos si no estuvieran probados por numerosos historiadores de aquel tiempo.

Agunos datos respecto al estado de España nos hacen comprender la grandeza de aquel imperio en que España fué no más que una parte. Un censo verificado en el siglo X por Hakem II de Córdoba nos revela que esta ciudad contenia doscientas mil casas, seiscientos templos y novecientos baños. La gran mezquita principal tenia para su sosten mil columnas de mármol, el techo era de madera olorosa, delicadamente tallada, é iluminaban el edificio para las oraciones nocturnas más de dos mil lámparas. Todo lo que podia contribuir á la

belleza ó comodidad de la capital española, acueductos, fuentes, hospitales, eran liberalmente dispuestos. A tres millas de la ciudad, rodeado de deliciosos jardines, alzábase el magnífico palacio de Zahra, hoy desvanecido cual niebla vaga, pero un tiempo, el más noble monumento de la grandeza arábica. Ochenta ciudades de primer orden, trescientas de segundo, juraron obediencia al califa de Occidente; asombrosos eran, en suma, el poder y la riqueza de aquellos soberanos. Aun en el siglo XV el reino de Granada, en no mayor territorio que Bélgica, desplegaba la fuerza y el fausto de un poderoso imperio.

Es innegable la inmensa superioridad de los árabes de entonces sobre todas las colectividades vecinas. Ahora nos toca fijarnos en el grado de comunicacion que verdaderamente existió entre los sarracenos y las naciones de Europa. Ellos tuvieron en su poder á Sicilia durante dos siglos y mantuvieron en su dominio por setecientos ochenta años una parte considerable de España, aunque la perdieron gradualmente. Amalfi, que fué la primera de las grandes repúblicas mercantiles de Italia, era tambien la más meridional y próxima á los dominios del mahometano, sosteniendo con ellos un provechoso comercio. Dice Hallam que un escritor del siglo XII compara á Pisa con los judíos, los árabes y otros «mónstruos de la mar» que pululaban en ella. Y hablando de Venecia, nos dice Hallam en otra ocasion, que ningun pueblo cristiano mantuvo tan importante comercio con los mahometanos. Parece que los genoveses tenian establecimientos mercantiles en Granada, y que llegaron á celebrar tratados de comercio con sus monarcas, mientras Florencia importaba desde allí grandes cantidades de seda, y de igual modo que otras ciudades de Italia, aprendia de los árabes de España su destreza en ese ramo de la manufactura. El prolongado comercio que así en la paz como en la guerra sostuvieron los españoles y los moros y que tan fértil ha sido para la novela y la poesía, no requiere especial estudio en este artículo, pero no dejaremos de recordar que en los siglos XIII y XIV muchos moros siguieron habiitando en Aragon bajo los reyes cristianos. Fué ménos íntima y duradera la comunicacion de los

árabes y los provenzales; pero es notorio que no careció de importancia. De suerte que no pudieron los ódios nacionales y religiosos impedir la comunicacion ni que aprendieran mucho de los árabes los cristianos. De Inglaterra, Francia y Alemania acudia en gran número la juventud estudiosa á las afamadas academias en que sábios profesores enseñaban la lógica de Aristóteles, la geometría de Euclides y los descubrimientos mecánicos de Arquímedes. Brindábase tanta opulencia á la explotacion del comercio, y en tiempos de paz, cuando serenados los ódios y adormecidas las pasiones, era dable entregarse á los esparcimientos favoritos de aquella época, muchos caballeros de bizarría y denuedo muy notorios, encontraban hospitalaria recepcion en la córte de los reyes moros y desplegaban su valor y su destreza en las amigables contiendas que se entablaban alanceando toros ó afrontando las variadas é interesantes peripecias de los torneos.

Los historiadores están conformes generalmente en que el siglo X es el último de espesas tinieblas y en que datan de sus últimos años las primeras señales del renacimiento intelectual. Durante los cuatro siglos siguientes notamos un lento pero continuo progreso en la riqueza, el órden y la inteligencia, la importancia creciente de las ciudades, la fundacion de las universidades, el desarrollo del arte y el nacimiento de la literatura. Comenzó tan dichoso cambio y adelantó con mayor rapidez en Italia, Provenza y España; paises que como hemos visto tuvieron más estrecha comunicacion con los diversos emporios del poder sarraceno. En muchos rasgos de esta gran revolucion descubre sin duda el observador ingénuo la poderosa influencia que los árabes ejercieron. Extendióse su filosofía desde Sicilia y Andalucía, suscitando numerosas heregías y hallando un favor tal, que la Iglesia se alarmó y se propuso suprimirla por medio de la persecucion. La metafísica de Aristóteles triunfó sin embargo de los anatemas, obtuvo asiento firme en las inteligencias ilustradas y fué por último prudentemente adoptada por los mismos que se habian opuesto á su difusion. Los adelantos que iniciaron los árabes en las matemáticas y la medicina, fueron muy pronto aceptados en toda la Europa occidental. Segun dice Prescott, reci-

bieron las literaturas de Provenza y Castilla poderoso impulso de los sarracenos. De todas las teorías que se exponen respecto del origen de la arquitectura gótica, no nos parece ninguna más racional que aquella que lo pone en el Oriente. La ogiva y sus rasgos característicos encuéntrase en una mezquita del Cairo construida en el siglo IX. El uso de las ventanas talladas, de los vidrios de colores y de los acabados adornos geométricos es comun al arte gótico y al sarraceno. Lo que no sabemos es si nuestro autor tiene razon en derivar el espíritu caballeresco de la España morisca; pero es lo cierto que en esta tierra alcanzó un grado de perfeccion no igualado en país alguno, y las virtudes que inspira se acompañan del mismo modo con el carácter de un beduino y con el de un cristiano. Atribuye Sismondi á la misma fuente los celos, las ideas del honor y el espíritu de venganza que distinguen á la Europa meridional en los siglos XV y XVI.

Despertóse así la actividad intelectual en toda Europa. Levantáronse los descendientes de los bárbaros como gigantes que acaban de descansar en sueño reparador; demuestran los eclesiásticos un amor al saber desconocido hasta entónces; alégrase la Iglesia y bendice los gloriosos hechos de sus hijos. Pero ¡ay! muy pronto se renueva la contienda del pensamiento libre con la autoridad infalible, de la razon con la fé. No podia suceder otra cosa, pues la Iglesia no ha celebrado, ni pudo celebrar nunca, una sincera alianza con el progreso. Un credo que rechaza el libre ejercicio de la razon y reclama asentimiento para los más patentes absurdos, no podrá jamás estar unido por duradera amistad con ese espíritu de honrada investigacion y reflexion valerosa que mejora la condicion del género humano. Siempre miró Roma de reojo la fortaleza y audacia crecientes del pensamiento europeo. Dedicaba en cambio toda su energía, toda su influencia, todos sus recursos al fin piadoso y caritativo de exterminar á los mahometanos fuera de sus dominios y en casa, á los hereges. Nada le importaba que cerca de 900.000 personas perecieran en la primera cruzada y cerca de 400.000 en la segunda; nada que toda el Asia occidental experimentara la desolacion del fuego y la espada; nada que las gentes embaucadas es-

tuvieran expuestas á todas las tentaciones que podian endu-
recer ó corromper el corazon: impávida ante este espectáculo
seguia instando á las naciones de Occidente para que no in-
terrumplieran su loca carrera, hasta que llegó el dia en que
la razon y la experiencia revelaron la futilidad de sus ame-
nazas y de sus exhortaciones. Organizóse una cruzada con-
tra los albigenses: 15.000, ó segun dicen otros, 60.000 ha-
bitantes perecieron en el saqueo de Beziers; extinguiéronse
la literatura y civilizacion peculiares de la Francia meridio-
nal, y el célebre tribunal del Santo Oficio constituyóse para
velar por que no renaciera la heregía. Muchos tomos podrian
llenarse con el desagradable relato de sucesos parecidos, con
los insultos y tormentos inferidos á los judíos en todos los pai-
ses cristianos, con el asesinato de Huss, que fué quemado pres-
cindiendo para ello sus perseguidores de un salvoconducto,
con la conversion forzosa y expulsion posterior de los moriscos
de España. Una importante obra podria escribirse sobre un
asunto que el autor trata de pasada, la conducta seguida por la
Iglesia respecto á toda la ciencia herética; los 6.000 tomos,
tesoro del saber oriental, quemados en Salamanca; los 80.000
manuscritos que ardieron en las plazas públicas de Granada;
los anatemas fulminados contra el sistema de Copérnico; el
tormento de Bruno y la retractacion de Galileo.

Cuando estudiamos la historia de este período nos queda-
mos absortos y maravillados ante la ilimitada influencia, la
perseverancia, el ardor que se empleaban en cortar las alas del
pensamiento, en paralizar su accion. No es admisible que la
Iglesia, que tanto poder tenia para enviar millones de hom-
bres á buscar una muerte penosa en las lejanas tierras del
Oriente, tornárase débil é impotente, cuando de cumplir una
mision alta y útil se trataba. Por otra parte, cuesta mucho
trabajo comprender que efectivamente empleara sus grandes
recursos en el adelanto de sus hijos, cuando se advierte que la
Europa era tan ignorante y estaba tan atrasada en el siglo X
como en el VI. ¿Cómo se esplica que los gloriosos esfuerzos
de Carlomagno para encender de nuevo la sagrada llama del
saber produjeran un resultado permanente tan pequeño y
que los trabajos no ménos honrosos ciertamente de Alfredo

no produjeran ninguno? ¿Por qué necesitaron las naciones occidentales seiscientos años para adquirir una civilización rudimentaria, mientras los árabes, á los dos siglos de abandonar en bárbaras hordas el desierto, se elevaron á un grado de progreso intelectual y prosperidad no muy inferior ciertamente al que han logrado los más florecientes países de la edad en que vivimos? Pocos serán los que estén dispuestos á admitir que los naturales de Asia tengan física ó intelectualmente superioridad sobre los europeos; pocos los que admitan que nuestro clima y el de los países vecinos son ménos favorables al perfeccionamiento humano que los de España, Egipto y Persia. Bastan estas consideraciones para que sepamos el crédito que debe darse á los que pretenden que en la Edad Media la Iglesia trabajó sin descanso por la difusión del saber, que cada monasterio era un centro de actividad intelectual y que á ella se debe que la civilización renaciera en Europa.

Claro está que en estas observaciones no nos referimos á los individuos, sino á la colectividad. Sabido es que debemos mucho á eclesiásticos ilustres que se afanaron verdaderamente por dar poderoso impulso á la causa de la ilustración, á Nicolás V, que favoreció eficazmente el adelanto de los estudios clásicos, y á Leon X, que dispensó espléndida protección á las bellas artes. Pero tales excepciones preséntanse naturalmente en toda sociedad que reclute para llenar sus filas los espíritus más doctos y capaces de su tiempo. Sabido es por otra parte que no se distinguían mucho por su piedad hombres como Leon y Wolsey. Debemos convertir preferentemente nuestras miradas para apreciar las obras de la fé á los hombres que la tuvieron más arraigada, á San Gregorio, Santo Domingo y Torquemada. Debemos hacer á la Iglesia la justicia de que su espíritu ha sido siempre el mismo.

Se ha dado con justicia gran importancia al beneficioso efecto que produjo en la Europa occidental la caída del imperio griego y la consiguiente dispersión de los sábios y los manuscritos. Lícito nos será, sin embargo, declarar, que si el pensamiento europeo no hubiera estado en disposición de recibir estas preciosas reliquias, no habrían podido despertar á un mun-

do dormido algunos libros y algunos sábios. Todo nos revela en aquel tiempo el cariño y alto aprecio con que miraban los italianos la literatura helénica, y estos sentimientos evidencian perfectamente la cultura y el adelanto á que habian llegado ya. La sabiduría griega estendióse por todos los paises, si no con gran rapidez, con una seguridad y un éxito al ménos que forman un grato contraste con el espectáculo que en anteriores tiempos nos ofrece la historia. El primer impulso de importancia, cuyas señales empiezan á notarse en el siglo XI y cuya eficacia se advierte ya en los siguientes, debió proceder de otro origen que se encuentra, segun creemos nosotros, en la civilizacion arábigo. No conocemos ninguna teoría que pueda apoyarse en tantos testimonios históricos ni que esté tan de acuerdo en el curso de los acontecimientos en la Edad Media.

Algunos manuscritos, algunas ruinas que se desmoronan: he aquí todo lo que se conserva del imperio arábigo. Quedó roto, tiempo há, el cetro de los califas, sus mismos sepulcros han desaparecido, y ciudades que rigieron durante siglos, han olvidado ya la raza y el nombre de los sarracenos. En los hermosos valles de Sicilia y Andalucía, pululan los bandidos y los contrabandistas: divídense las costas septentrionales del Africa en algunos pequeños y casi bárbaros Estados: las ricas llanuras del Tigris muéstranse faltas de cultivo, y el poder, la riqueza y la magnificencia que en otro tiempo ostentaron, pertenecen al número de las cosas que fueron y ya no son. Sin embargo, la imperecedera gloria de la grandeza intelectual, refleja todavía su esplendor sobre los arruinados palacios de Bagdad y de Granada, y cuando desaparezcan por completo las pasiones excitadas por el conflicto religioso, la admiracion que ahora se prodiga á los incultos monges y á los rudos guerreros de una edad bárbara, será dispensada más sabiamente á los muníficos príncipes y doctos varones á quienes debe la humanidad la conservacion y el renacimiento del saber en uno de los períodos más críticos de la historia.

R. M.

(*The Westminster Review.*)

NEKRASOF,



POETA RUSO CONTEMPORÁNEO

Sean ó no los cantos del pueblo ruso de *lo más músico*, ninguna duda cabe de que, en su mayor parte, son de *lo más melancólico*. A varias causas han sido atribuidos los sollozos que expresan y la tristeza que sugieren. Unas veces se ha dicho que el clima ejerce influencia tan depresiva, que basta á poner toda cancion en clave menor; otras veces la supuesta bajeza de los espíritus rusos es explicada por la carencia de algo que se parezca á elevadas colinas. Pero como no parece que influencias semejantes produzcan en otras partes análogos resultados, y como, en realidad, el campesino ruso es todo lo jovial que puede esperarse del hombre que se alimenta, en general, de coles cocidas y pepinos salados, es probable que la tristeza del canto popular no sea motivada del todo por los calores del verano ni por los invernales hielos, ni tampoco por la obstinacion con que en muchas partes de Rusia persiste la naturaleza en ser llana. Más plausibles son los conatos hechos para explicar históricamente dicha tristeza como el amargo fruto de opresion y vejaciones de mucho tiempo, resurreccion en estos mejores dias de aquellos terribles tiempos en los que la tierra estaba asolada constantemente por la guerra civil ó por las irrupciones tártaras y polacas, cuando los corazones de los hombres desfallecian de disgusto y estaba acallada la alegre voz del canto. La servidumbre tambien no puede ménos de tener su parte en el rebajamiento de los espíritus nacionales. Pero es probable que

para llegar á una solución exacta del problema, sea preciso tener en cuenta una variedad de circunstancias. Cada una de las causas ya mencionadas puede haber contribuido á la carga general, con cuyo peso han gemido al parecer los poetas populares. También debe de hacerse alguna concesión á la suavidad de la naturaleza eslava, que es uno de los principales distintivos de una familia de naciones que ha tenido que llevar luto por el yugo de tantos de sus miembros.

Puede atribuirse el aspecto tétrico de un gran número de poemas populares á que pertenecen á una de las dos grandes divisiones de los *cantos rituales*; ó se refieren al matrimonio ó á la muerte. Que las endechas sean dolorosas cosa fácil es de entender; pero la melancólica naturaleza de tantas canciones nupciales rusas parecerá forzosamente extraña al que no sepa que todavía vive en la rústica poesía la idea de que una novia es comprada si no es apresada, y que se supone que ella ha de lamentar su inoportuna mudanza desde *el querido hogar paterno á una desconocida tierra distante*. Estas canciones han ejercido una influencia considerable en muchos de los poetas rusos que á la clase labriega no pertenecen, algunos de los cuales además estaban predispuestos, por la debilidad constitucional que en ellos conduce á prematuro agotamiento de fuerzas, á simpatizar con las expresiones más tristes de la voz popular, á detenerse á meditar el lado más oscuro de la vida campestre.

Koltsof y Nikitin fueron ámbos poetas, cuyo sendero se abría entre espinas frecuentes y que se deslizaron rápidamente hácia la tumba. Era natural que al describir la vida del vulgo, fueran eco de los sollozos más á menudo que de las risas que á sus oídos llegaban de las cabañas de la aldea. Pero hay otros escritores, cuyas pinturas de la vida rural están teñidas con una melancolía deliberadamente oscura. En los días pasados, cuando el aldeano estaba á merced de su señor, y los ojos de la justicia firmemente cerrados para todos los agravios cometidos por el hombre de fortuna, más que suficiente motivo había que justificara la salvaje indignación del satírico. La literatura en tiempo de Nicolás expresaba muchas protestas sociales y políticas bajo el disfraz de una

produccion meramente artística, y muchos artistas de la palabra recargaron las sombras de su lienzo con una intencion que no era precisamente la de los legítimos efectos del *chiaroscuro*. El principal representante entre los que viven en la actualidad de esa escuela indignada es Nekrasof, un poeta de originalidad genuina, vigoroso, terso, y que posee un maravilloso dominio de su idioma que le permite ocultar un arte consumado con apariencias de no estudiada sencillez. Nos proponemos traducir algunos trozos de sus cuadros de la vida rusa, que en su mayor parte representan escenas de la aldea. El siguiente poemita revela con suficiente claridad su propósito. Nekrasof, en sus primeros escritos, de los cuales éste es uno, rara vez moralizaba. Habitualmente trataba su asunto de la manera más real, no suavizando casi nunca y mucho ménos idealizando. El porvenir (como sucede en las escenas de la aldea en las admirables *Notas de un cazador* de Tourgueneff) estaba sacado, segun todas las apariencias, concienzudamente de la vida, y despues abandonábase á cada cual el trabajo de sacar por sí la moraleja.

LA OLVIDADA ALDEA.

La anciana Nenila pidió á Vlas el mayordomo alguna madera para componer su choza. No la tendrás—fué la respuesta.—No la esperes.—Bien, ya vendrá el amo—pensó para sí la anciana,—y él lo arreglará. El verá cuán arruinada está mi cabaña, y ordenará que se me dé madera.

Un avariento de las cercanías cortó un gran pedazo de terreno de los campesinos del modo más injusto.—Bien, ya vendrá el amo,—pensaron los rústicos.—Las leyes de medida le ajustarán las cuentas. El amo dirá una sola palabra, y volverán otra vez las tierras á ser nuestras.

Un labrador jóven queria casarse con Natasha; pero el capataz mayor, aleman susceptible, no dejaba á la muchacha hacer lo que ella deseaba.—Esperemos, Ignasha, dijo esta,—ya vendrá el amo. Siempre que hay una disputa sobre cualquier cosa repiten en coro viejos y jóvenes:—Bien, ya vendrá el amo.

Murió Nenila. En la tierra tomada á los labriegos, la cosecha del vecino robador da ciento por uno. Los mozalvetes de entónces se han hecho hombres barbudos. El labrador Ignasha ha sido enviado al ejército. En cuanto á Natasha, ya ni siquiera sueña con casarse algun día.

Pero el amo no ha venido. El amo ni siquiera ha empezado su viaje.

Al fin un día aparece en medio del camino un carro fúnebre, arrastrado por tres troncos de caballos. En el elevado carro hay un féretro de roble. Dentro de la caja yace el amo; detrás va su heredero. Cantan todos un *requiem* por el amo viejo. El nuevo amo enjuga sus lágrimas, entra en un carruaje, y corriendo se puso en marcha para San Petersburgo.»

En algunos de sus últimos poemas sobre las penalidades rústicas, Nekrasof ha tomado un tono más didáctico; pero sus retratos campesinos son tan reales como anteriormente, los contornos definidos y claros, el colorido frío y crudo. Así en sus *Meditaciones á la entrada del Estado*, hace una pintura de las turbas de mendigos que todos los días asedian las puertas de palacio, á los cuales, en las grandes ocasiones, la sociedad atropella «con una especie de solemne pavor,» para inscribir sus nombres y sus títulos.

«Un día, prosigue él diciendo:

Ví adelantarse algunos moujiks (1), gente comun del campo ruso. Entonaron oraciones delante de la iglesia, y se quedaron de pié á respetuosa distancia, inclinadas las oscuras cabezas.

Apareció el portero.—Dejadnos entrar,—gritaron ellos con un tono que era á medias de esperanza y de angustia. El los miró con dureza. No invitaban á que se les mirara. Sus rostros y sus manos, quemados por el sol, raída su vieja ropa, cada uno con un zurrón en su encorvada espalda, una cruz en su pecho, y sangre en los piés encajados en deteriorados zapatos de manufactura casera. Podía verse que habian hecho

(1) Aldeanos rusos.

un largo camino, que venian de una de las provincias más apartadas. Una voz llamó al portero.—Afuera con ellos. La andrajosa morralla no es bien acogida por nosotros. Y la puerta se cerró con un golpazo. Los peregrinos todavía permanecieron un rato, en seguida vaciaron sus escasas bolsas. Pero el portero no queria dejarles entrar, no queria aceptar sus mezquinas monedas de cobre. ¡Dios le juzgue! dijeron, y al decirlo, dejando caer los brazos sin esperanza y con sus cabezas descubiertas aún mientras permanecieron á la vista, emprendieron su marcha bajo el ardiente sol.»

En este punto, rompe el poeta en una vigorosa alocucion al habitante augusto del palacio, presentando los derechos que tienen á ser socorridos los campesinos, á cuyos dolores están dedicadas las líneas siguientes:

¡Tierra natal! Háblame de un distrito que mis ojos no han visto nunca, donde tu guardian y agricultor, donde el moujik ruso no gima. Gime él en los campos y por los caminos.

El gime en los calabozos de la policia, en los presidios, en las minas, en las cadenas de convictos. Donde el trigo se seca gime, donde se apila el heno y cuando en su carro pasa la noche en la abierta llanura. En su propia cabaña gime, maldito por la luz del sol de Dios. En la más recóndita ciudad, en la más apartada, se oyen sus gemidos en las avenidas de los tribunales y de las oficinas del gobierno.

Mira al Volga. ¿Qué lamento es ese que resuena á lo largo del poderoso rio ruso?

Ese lamento es lo que llamamos una cancion. Allí trabaja un tiro de hombres remolcadores. ¡Oh, Volga, Volga! Abundante en las aguas vivas, no derramas sobre los campos ola tan extensa como esa inundacion del dolor del pueblo en que nuestra tierra está empapada.

En donde está el pueblo, allí están las lamentaciones. ¡Ah, queridos! ¿qué significa vuestra incesante queja? ¿O es que inclinados ante el decreto de la suerte, ya hecho cuanto estaba en vuestra mano, habeis compuesto una can-

cion como un gemido, y entregado vuestras almas al eterno sueño?

Fué escrito este poema en 1858. En 1864 apareció otra protesta en favor del obrero, tan fuerte en sus expresiones, que se dijo que fué la causa de la suspension de la revista en que vió la luz pública. Se llama *El Ferro-carril*.

Sentados en un wagon de primera clase un general y su niño, tienen la siguiente conversacion:

VANYA.—¿Papá, quién hizo este camino de hierro?

EL PADRE.—El general Kleinmichel, querido (1).

El poeta, al oír esto, cae en un ensueño. En este estado, su fantasía le hace dirigirse al muchacho y le ofrece, mientras la luna de invierno alumbra brillantemente, enseñarle la verdad. Era demasiado grande para un solo par de hombres, le dice, la carga de hacer este camino de hierro. Pero hay un tsar (2) en el mundo, un despiadado tsar, y se llama HAMBRE. Hasta aquí trajo á muchos para morir. La tierra lindante con los carriles es rica en huesos rusos.

¡Escucha! ¡Terribles sonidos se levantan! Pisadas y el crujir de dientes. Vuelan sombras sobre los cristales cubiertos de hielo. ¿Quién va allá? ¡La multitud de los muertos!

Unos corren delante sobre los carriles, otros á nuestro lado. ¿Oíste un canto? «¡En esta noche, que la luna alumbra, nos complace recrearnos en nuestra obra!»

«Nos marchitaron el frío y el calor, siempre dobladas nuestras espaldas. En chozas de tierra viviamos, con el hambre luchábamos, escorbúticos, helados, calados hasta los huesos. Burlados por capataces de cuadrilla, azotados por los oficiales, oprimidos por la dura presión de la necesidad, no obstante, todo lo sufrimos nosotros, los soldados de Dios, los pacíficos hijos del trabajo.»

«Hermanos, vosotros recogeis los frutos de nuestra obra

(1) «Ingenieros, querido,» es la frase modificada en las obras coleccionadas.

(2) Palabra rusa equivalente á la polaca czar.

A nosotros nos tocó en suerte corrompernos en la tierra. ¿Pensais cariñosamente en nosotros? ¿O habeis olvidado hace ya tiempo nuestra penosa suerte?»

El poeta dice al jóven que no se alarme de este salvaje canto. Las formas que vé son las de sus hermanos; moujiks del Volga, del Oka, de todas las partes del vasto imperio. Mucho han trabajado y sufrido. Allí, por ejemplo, se presenta «un alto y uraño ruso blanco, consumido por las intermitentes. Sus lábios carecen de sangre; sus mejillas están hundidas; hay llagas en sus flacas manos; hinchadas sus piernas por estar largas horas metido en agua hasta las rodillas. Cóncavo el pecho por estar encorvado un dia y otro sobre la laya. Mírale bien, Vanya. Penosamente ganó ese hombre su pan. En este momento suena el silbato; los muertos se desvanecen. Vanya dice á su padre lo que ha visto y oido. El general se rie; pero pide al poeta que describa el lado alegre de la vida del trabajador. Accede, y pinta la escena festiva que cierra el drama de la construccion del camino de hierro. Todo vá bien. Son enterrados los muertos; los enfermos están en chozas, apartados de la vista. El contratista contempla gozoso las acabadas obras. Volviéndose á los trabajadores, les dá un barril de licor y cancela los créditos que contra ellos tiene. Entre ruidosos *hurras*, desenganchan los caballos del coche del contratista y, en triunfo, tiran de él por el camino.

Los primeros poemas de Nekrasof, en los cuales nada se dice abiertamente sobre la dignidad del trabajo y la fraternidad del hombre, quizás deban de ser preferidos á las producciones ménos reticentes de los últimos dias. A los primeros pertenece un número de estudios de aldea. Uno de ellos, titulado *En la aldea*, empieza con la descripcion de un dia espantoso de agua. La noche se echa encima; un enjambre de cuervos vuela en retirada, semejante á una gran red negra suspendida entre la tierra y el cielo. Dos ancianas se encuentran en el pozo de la aldea:

—«Siempre parece que estás llorando, dice la una; algun pensamiento triste anda por tu corazon como dentro de su casa el amo.

—¿Cómo no he de llorar? responde la otra. Me duele el alma, y mi corazón está abatido por la pena. Ha muerto Kassianowna, muerto mi querido, ha muerto y está enterrado.

»Por su hijo llora, por aquel hijo alto, de fuertes manos y de pecho firme. Cuarenta osos había matado; el que hacía cuarenta y uno le mató á él. También fué muerto el oso, y su piel se vendió en diez y siete rublos, que se dieron por el reposo del alma del cazador.

»La vieja choza se mueve con el viento; el granero se ha desplomado. Ando errante por el camino como deslumbrada, sintiendo como si pudiera encontrar de nuevo á mi hijo. Tomaría su hacha. Volvería todo á marchar bien. Consolaría á su anciana madre. Pero ha muerto Kassianowna, querido, querido mio. Si quieres te venderé su hacha.

»¿Quién acariciará á esta desolada anciana? En intensísima necesidad estoy. En el tormentoso otoño y helado invierno, ¿quién me dará combustible? ¿Quién me traerá nuevos pellejos de liebre cuando mi caliente gaban de pieles se gaste? Ha muerto él, Kassianowna, mi querido, mi querido. Sin uso ninguno se enmohece su escopeta.

»Créeme, hermana mia; los cuidados y penas han hecho el mundo tan calamitoso para mí. Cuando me acuesto en mi choza, me cubro con las redes como si fueran una mortaja. Pero no. La muerte no vendrá. Ando sola vagando; por todos miradas con estéril piedad. Ha muerto Kassianowna, querido, querido mio. ¡Ah! si no fuera un pecado...»

Pero estos cuadros morales no siempre son tan espantosos. Tómese por ejemplo el poema llamado:

NOTICIAS DE LA ALDEA.

Allí está el bosque y la última colina. Empieza á gotear, no mucho aunque con ruido, una nube de verano; millares de ovejas, brillantes como el acero, llenan el camino con las cabezas agachadas. Otra vez más, á Dios gracias, he hecho esta agradable jornada. Mirad los graneros, los hornos de trigo. ¡Ah, cuán dulce es el cálido aroma del grano! ¡Eh! parad

el carruaje. Mirad; de todas las casas salen sus moradores; todos ellos con rostros familiares. No hay entre todos ellos un moujik que no sea amigo.

—Hola, hermanos.

—Aquí está vuestro ahijado, Vanyushka.

—Ya le veo, comadre. Aguardad, traigo un juguete para el muchacho.

—Decidnos qué tal os ha ido. Habeis cumplido la palabra. No en valde os hemos esperado. Hemos cuidado tan bien de la caza, que no se ha matado ni un pájaro, y ya la nueva cria vuela que es un prodigio. Cuando salgais á tirarlos, será cosa de matarlos á puñetazos, solo con que vuestras piernas no se rindan. Pero ahora ¿qué es eso? ¡qué pálido y qué flaco estais! Nunca os hemos visto tan desmejorado. Parece como si os hubieran dado tres carreras de baqueta durante el invierno. Realmente que sí, querido amigo, pareceis medio muerto. ¿Os ha ido mal?

—Tengo un corazon obstinado que estúpidamente se molesta por cualquier tontería. Pero aquí me repondré de todo. ¿Qué teneis de nuevo que contarme?

—Vlas murió hace dos dias, y os dejó un libro de los Santos.

—¡En la gloria esté! ¿Cuántos años tenia? ¿Ciento?

—Sí; ciento y la cola. El Señor hace maravillas.

—¿Y qué tal las cosechas?

—Así, así, solamente. Hay aún más noticias malas: Os han robado alguna madera. Se envió á buscar al Stanovoi (1), pero dijo: «Mi distrito es grande; ¿qué puedo hacer yo? Yo no puedo azotar á todos.» Y diciendo esto, se largó á toda prisa. En Botof han perdido mucho ganado y los malditos marranos se comieron una criatura de pecho. En Shakóf fué un hombre ahorcado últimamente. La mujer de su hijo lo hizo y no sin sobrada razon. A un pastorcillo le mató un rayo entre sus ovejas. ¡Ah! aquella fué una tempestad de veras. Dios sabe cómo escapamos. ¡Las campanas, las campanas! Repicaban como en Pascua de Resurreccion. Todos nuestros arroyos

(1) Equivale á un juez de paz. (Nota de la R. C.)

crecieron más de dos varas. El ganado corria de los campos á recogerse como loco; el viento furioso los suspendia de la tierra. Todos sentimos mucho al chico. No se le veia de puro pequeño; pero una vez salvó del lobo á un morueco. Llamaba á este Lobežno. ¡Alma mia! Al canto del gallo ya estaba en pié, cantando que se las pelaba, corriendo de un lado para otro y adornándose con flores. Su madre le vió fuera aquel dia. «Ten cuidado, hijo mio, le dijo. Escucha, escucha cómo ruge el viento.» «¿Qué se me dá á mí de la tormenta? Yo no soy un niño,» contestó, y se alejó á saltos chasqueando el látigo. Soltamos la carcajada y nos aburrimos toda la mañana sin hacer nada. Llegó luego la mala nueva. Tuvimos que salir á buscar el cadáver. El estaba bastante en salvo. Pero Vanka gritó: «¿Qué haces ahí debajo de un árbol? Eso es peligroso. Sal de ahí.» Él no contestó una palabra, pero salió y se acostó al lado del collado y se echó encima su esterilla. Justamente el Señor envió á aquel sitio su rayo. Fuimos para traer á casa el cuerpo, y cuando levantamos la estera, todas las mujeres chillamos á un tiempo. El morueco, Lobežno, estaba allí durmiendo. Su camisa estaba llena de sangre; todavía tenia en la manecita el caramillo y una guirnalda de acianos y tréboles en la cabeza.»

En el mismo tono natural está escrito el trozo llamado *Niños aldeanos*. Muy agradables son sus cuadros de la vida infantil rusa.

«Tempranito en una hermosa mañana de verano vemos á los adolescentes escapándose á los bosques para coger setas, separando las hojas, dando vueltas á los troncos, huyendo, á veces, á la vista de una culebra. Al regresar, encuentran la aldea llena de peregrinos que se dirigen á los monasterios. Bajo los espesos y añosos árboles están sentados los cansados viajeros. Al rededor se agrupan los niños y escuchan lo que cuentan «de Kief, del Turco, de asombrosas bestias.» Luego corren los chicos del ardiente calor, á bañarse en el rio, que serpentea entre los prados como una cinta azul. Las cabecitas de blondos cabellos se deslizan con la corriente «como descoloridos hongos en la cañada del monte.» Las orillas resuenan con los chillidos y carcajadas con que

acompañan sus juegos y sus mímicas peleas. Corriendo á quién llega primero á su casa para comer, echan encima la vista á un lobo. «¡Qué mónstruo!» Una liebre galopa con ellos con atravesados ojos; se encuentran un erizo y le ofrecen moscas y leche. Cuando los frutos están maduros en el bosque, salen todos á recoger fresas, frambuesas, grosella y moras; vuelven con las caras embadurnadas de su zumo y orgullosos por haber atrapado una chocha vieja con el ala rota. Cuando la hora del juego ha pasado, empieza Vanya á trabajar. Vé á su padre arar y sembrar. Observa cómo crece y madura el trigo. Vé trillar y moler el grano y hacer el pan de la harina. Come pan acabado de salir del horno, y goza; ayuda lo que puede en los campos y regresa cabalgando á la aldea, tan feliz como un rey. Un día, nos dice el poeta, en una cruda helada, se encontró con un niño que llevaba á su casa un trineo cargado de leña del bosque, un chicuelo con enormes botas, enormes guantes y gran piel de oveja, que guiaba su caballo con un aire de dignidad oficial. Muy á lo lejos en el bosque se oía la sonante hacha del leñador, su padre.

—¿Tiene tu padre mucha familia? preguntó el poeta.

—Muchísima, fué la respuesta del chico, que siguió diciendo: y en toda ella no hay más que dos hombres; mi padre y yo.

—¿Y cuántos años tienes?

—Seis cabales. Arre, animal, añadió el rapazuelo dirigiéndose á su caballo con voz bronca; y tirando con fuerza de las bridas, se deslizó rápidamente.

«Iluminaba brillantemente el sol este cuadro,» continúa el poeta; «el muchacho era tan absurdamente pequeño, que todo me parecía hecho de carton, como si me encontrara en un teatro de juguete. Pero el muchacho era realmente un muchacho de carne y hueso, y el caballo y el trineo y la carga de leña, y la amontonada nieve, y la fría luz del sol de invierno, todo, todo era completamente ruso.»

Por vía de contraste con estas escenas bucólicas, tomemos los siguientes ejemplos reales de la embriaguez rusa. Son de un poema llamado *Aguardiente*:

I.

Sin causa me ha azotado el Barin (1). No sé lo que me ha pasado. Cuando pienso en ello me estremezco todavía. Cada vez está mi alma más oscura. ¿Cómo mirar ahora á las caras á la gente? ¿Cómo presentarme á la que amo? Mucho tiempo estuve silenciosamente sobre la estufa, contuve mi paso y no toqué alimento. Por la noche vino el Diablo. Oí murmurar en mi salvaje oído locas frases. Cuando por la mañana me levanté, sentí pesado el corazón. Traté de rezar y no pude. Ni una palabra dije á nadie. Sin incomodarme salí de casa. De repente me gritó mi hermana: ¿quieres beber un poco de aguardiente, hermano? Apuré hasta la última gota de la botella..... y me quedé en casa todo el día.

II.

La hija de un vecino, la jóven Stefanéda, conquistó mi corazón. La pedí á su padre, y ni él ni la muchacha se opusieron. Pero parece que otro mozo ganó las buenas gracias de nuestro starosta (2). Y concluyó todo en que la ví pasar por mi ventana, con la corona nupcial en su cabeza y guiada por el no amado. ¡El corazón de un hombre no es de piedra! Como un loco me descolgué á la calle por la ventana. «Esperad un momento,» exclamé, «ahora nos veremos las caras.» Y me fuí al kabak (3) á tomar un vaso de aguardiente, para dar resistencia á mis ánimos. Llegó allí mi hermano Petrushka, y quiso convidarme. Me quedé para beber una medida, y tras esta siguió otra. Mi corazón se aligeraba de peso; yo no sé cómo y por aquel día me olvidé del cuchillo. A la mañana siguiente lo pensé mejor.

III.

Convine con un comerciante en buscar obreros para componer todas las estufas de su casa. Se hizo la obra en un mes,

(1) Señor. (Nota de la R. C.)

(2) Capataz, jefe de esclavos. (Nota de la R. C.)

(3) Taberna. (Nota de la R. C.)

y fuí á cobrar mi cuenta. Quería el muy ladron robarme parte del dinero. Me quejé y le amenacé con la ley. «Muy bien, dijo, no te daré entónces ni un solo kopeck (1).» Y me echó de su casa cogiéndome del cuello. Ocho semanas trascurrieron yendo todos los dias á su casa; pero no le encontré nunca en ella. No tenía yo con qué pagar á los obreros, y me dijeron que me harían prender. Así es que afilé un hacha grande. «Que muera,» dije para mí. Salí fuera, me oculté como un ladron al lado de la bien conocida casa, y esperé. Pero medio me heló el frio. Había justamente allí cerca un kaback y pensé: «¿Por qué no he de entrar?» Y adentro fuí, gasté mi último kopeck bebiendo, me metí en una pendencia..... y vine á despertar en la estacion de policía.»

Se habrá observado que las ideas rusas se diferencian considerablemente de aquellas á que estamos acostumbrados, no solo con respecto á la bebida, sino á otras cosas tambien. Por ejemplo, hé aquí una extraña revelacion de la humanidad rústica. Un soldado viejo se ha estado vanagloriando de lo que hizo en la invasion y retirada de los franceses. Habla con él un campesino y le dice:

«Bueno, soldado, tú peleaste en aquella guerra ¿verdad? Así es que puedes hablar con autoridad. Muy bien. Pero permítame que te diga una palabra: nosotros tambien hicimos una ó dos jugarretas.

Cuando el francés se metió entre nosotros sin que nadie le llamara y vió que no podia hacer gran cosa, cayó en confusion y retrocedió otra vez, escapando inmediatamente. Bien; nosotros apresamos una familia, padre, madre y tres cachorros. Despachamos desde luego al Mosiú, no á tiros, sino á trompadas. La mujer lloraba, sollozaba, se arrancaba el pelo. Nosotros la miramos y la compadecemos. La compasion se apoderó de nosotros. Un hachazo, y allí quedó ella al lado de su marido. Quedaban los chicos. Andaban de un lado para

(1) Moneda de cobre rusa cuyo valor es la centésima parte del rublo de plata. Equivale próximamente á cuatro céntimos de peseta. (Nota de la R. C.)

otro, retorcian sus manos, decian cosas imposibles de entender y lloraban, pobrecillos, con toda su alma. ¡Pobrecitos de mi alma! Sus lágrimas nos traspasaron. ¿Qué hacer? Conferenciamos un rato sobre el asunto; en seguida matamos á las infelices criaturas lo más pronto posible, y enterramos á todos juntos.

Esto fué lo que pasó, soldado. Créeme, no estuvimos nosotros con los brazos cruzados, y aunque no combatimos en la guerra, sin embargo, tambien hicimos alguna jugarreta que otra.»

Acaso esta desagradable narracion recuerde al lector cómo explicaba sir Roberto Wilson la conducta del Gran Duque Constantino Paulovich, cuando por pura lástima mató á un prisionero francés, y no alcanzaba á comprender cómo habia quien no apreciara su humanidad; y tambien la deliciosa descripcion que hace Mr. Tourgueneff del tambor francés, á quien sus apresadores moujiks estaban á punto de ahogar, cuando fué rescatado por un caballero del campo, que aunque no era músico, buscaba uno que enseñara á su hija á tocar el piano. Volvamos ahora á un punto que se presta más á la inspiracion poética: la despedida definitiva del campesino del pedazo de tierra que tanto ama. Forma el tema de un poema llamado:

EL CAMPO NO SEGADO.

Muy entrado está el otoño. Los grajos han huido. El bosque está sin hojas, los campos desnudos.

Un campo solamente queda por segar. Tristes son los pensamientos que me sugiere.

Me parece oír murmullos en mis oídos. «Estamos cansados de oír los otoñales vientos.

Cansados de inclinarnos hácia el suelo, de bañar con polvo nuestro ruinoso grano.

Todas las noches, hambrientas bandadas de aves de paso se amontonan para saquear nuestros almacenes.

Anda la liebre pisándonos, nos abate la tormenta. ¿Dónde está el que nos sembró? ¿Por qué se tarda?

¿Es porque somos nosotros peores que los demás? ¿No hemos florecido y dado frutos á su tiempo?

No: no somos peores que los otros. Há mucho tiempo ya que hinchamos y maduramos nuestro grano.

Para que los vientos del otoño nos desparramaran, seguramente que no aró la tierra y nos sembró.»

El viento les trae una angustiosa respuesta: «El que os sembró no está para nada ahora.

Demasiado supo para qué aró y sembró; por qué trabajó de un modo superior á sus fuerzas.

¡Pobre hombre! ni come ni bebe. Un gusano está chupando su dolorido corazón.

Los brazos que antaño trazaron estos surcos, están hoy hechos astillas, colgando como tiras.

Sus ojos están turbios; débil hoy la voz que cantaba aquella melancólica canción

Cuando inclinado hácia adelante con extendidos brazos pensativamente seguía al arado por los campos.»

La enfermedad y la muerte son los asuntos favoritos de Nekrasof. En un brillante poema bosqueja á los habitantes de un hospital; en otro nos hace escuchar las penas de «Orina, la madre del soldado,» cuyo hijo ha vuelto de su regimiento para morir en la empobrecida choza. Pero el más notable, con mucho, de todos sus poemas fúnebres es el llamado «Hielo,» obra de alguna extensión que contiene cerca de mil versos. Está primeramente descrito el interior de una cabaña de rústicos, cuyo dueño acaba de morir. Yace el cadáver en un banco al lado de la ventana. La viuda, sollozando reposadamente, está haciendo la mortaja. Es de voluntad firme, y se niega á entregarse al dolor. Únicamente caen frecuentes las lágrimas en sus ocupadas manos, como cae silenciosamente el grano de las maduras espigas del trigo. En el entretanto, á unas dos millas de distancia, el padre del muerto escoje un sitio para la fosa. Por largo rato se detiene mirando en derredor del triste cementerio envuelto en ondulante sábana de nieve, entre la cual se abren paso pardas cruces de madera que encorvaron repetidos vendabales. Allí

está metido en nieve hasta las rodillas, apoyando en el suelo azada y pico, blanco todo su cabello por la blanquecina helada. Al fin escoje un lugar que bañará el sol, y en el cual quedará la cruz á la vista del camino; dobla ya su anciana espalda, separa paladas de nieve y traspasa el helado suelo. Al fin la obra está hecha, y sale gateando de la fosa. «No era yo quien debia de haber cavado este agujero,» murmura. «No era Proclus el que debia dormir en él. No era Proclus, no.» En aquel momento tropieza y el pico cae dentro de la fosa. Recogiéndolo, no sin dificultad, emprende la vuelta á casa; se encuentra en el camino á su mujer, la cual ha ido á la aldea á comprar la caja. A su regreso, y enviados los niños á la cabaña de un vecino, empiezan á preparar el cadáver para las exequias.

Lenta, reverente y austeramente es el triste deber cumplido. Ni se pronuncia una palabra sin necesidad, ni se derriban lágrimas estériles.

¡Duerme despues de haber trabajado tanto con el sudor de su frente! ¡Duerme el que por tanto tiempo labró el suelo! En la blanca mesa de chilla yace sin importársele de la pena que le rodea.

Vestido con una larga camisa de lana, calzado con zapatos nuevos de corteza de tilo. Junto á su cabeza lucen velas encendidas.

En reposo están las grandes y callosas manos que tanto trabajo aguantaron. Calmoso y sosegado está su bien parecido rostro.

Mientras dura esta parte de la ceremonia se observa un silencio de duelo. Pero cuando se ha concluido «no es necesario luchar con la pena; brotan de los lábios en una corriente de palabras los pensamientos que habian estado bullendo tanto tiempo en la cabeza.» Volviéndose á su difunto marido, así se dirige á él Darya en tono de lamento:

¡Oh, paloma de alas azules, queridísimo nuestro! ¿Dinos de cuál de nosotros has huido? ¡Sin igual eras tú en la aldea por hermosura, por talla, por fuerza!

Para tus padres, consejero prudente. En el campo, incan-

sable en el trabajo. Para tus huéspedes, liberal y cortés. Para tus hijos y mujer, lleno de amor.

¿Por qué tan pronto terminó tu jornada de la vida? ¿Por qué abandonarnos, querido mio, tan pronto? No tenemos que lavarte con agua del pozo. Tantas son las ardientes lágrimas que de nuestros ojos manan.

Pronto morirá de dolor tu madre; ya á tu padre no le importa la vida. Como tallo de abedul que queda sin abrigo en el bosque, está en su desolado hogar tu esposa.

¿No te apiadas de su infortunio? ¿No cuidas de tus hijos? Levántate y siega cuando el verano llegue, la cosecha del campo que tan entrañablemente amabas. Amor, no estés más tiempo con cruzados brazos ni con tus ojos de águila cerrados. Quítate los sedosos cabellos de la frente; no estén más tiempo unidos tus dulces lábios.

Al oír el sonido del lamento van amontonándose los vecinos; colocan cirios encendidos junto al sagrado cuadro, se postran ante él y, en silencio, se retiran á sus casas. Cuando ha salido el último visitante, los dolientes se sientan á su frugal comida. En seguida el anciano padre, á la débil luz de la astilla de abeto, se pone á trabajar en un par de zapatos deteriorados; la anciana madre se acuesta, sollozando profundamente, sobre la estufa, y Darya, la jóven viuda, vá á tener cuidado de los niños. «Toda la noche la pasa el Lector al lado de una luz leyendo salmos por el muerto, y desde detrás de la estufa responde el grillo con su penetrante chirrido.»

Al día siguiente, mientras que un viento sutil arrastra por delante los copos de nieve que oscurecen la luz del sol, el difunto es llevado á su última morada. Van sus pequeñuelos sentados en el trineo, junto al féretro; guía la viuda el caballo. Al frente van á pié los ancianos padres. Detrás siguen algunos pocos vecinos, hablando entre ellos de los monotonos días que el porvenir reserva á Darya y á sus huerfanitos. Proclus es dejado en la fosa con toda la solemnidad debida; todos profiriendo palabras de elogio sobre su féretro. Hasta el starosta le encomia, diciendo que fué siempre puntual en el pago de los tributos á su amo y de las contribuciones á la corona. Des-

pues, los amigos se persignan una vez más sobre la tumba, y se alejan hácia sus casas. «Alto, flaco, canoso el padre, de cabeza calva, no se mueve ni habla; está en pié, como un monumento, sobre la tumba de su hijo. Al fin, se inclina el de las barbas grises sobre ella y allana su superficie con la azada, mientras que la mujer se lamenta en voz alta.» En el entretanto, Darya ha vuelto á su casa con los niños y ha encontrado el fuego apagado y vacía la leñera. Por esto lleva á los pequeños á la vecindad amiga y vá con el trineo al bosque á cortar leña.

Todo en el bosque está frio y tranquilo. Corta Darya una carga de leña menuda y la apila sobre el trineo. Ya una vez hecha su tarea, da salida á la pena. Caen descuidadas sus lágrimas, el sol amortiguado del invierno, «como el ojo redondo y amarillo de una lechuza,» parece fijarse en ella con fria indiferencia. Meditando en lo que ha perdido, cae en un estado soñoliento y piensa en que será su suerte segar sola la próxima cosecha. Piensa á veces que su marido todavía vive y está cerca de ella; y le habla sobre los niños, mirando al porvenir y viendo en su fantasía qué bien parece su hija en el baile de la aldea, con sus ojos azules claros y su largo cabello oscuro, y con qué fiestas se celebra el casamiento de su hijo de constitucion fuerte, simpático de cara, de color de «sangre y leche.» De repente recuerda lo que ha acaecido, piensa en cómo fué á pié una noche en la enfermedad de su marido á un convento distante; cómo la detuvieron allí mucho tiempo mientras se enterraba á una monja; cómo al fin volvió con una «imágen milagrosa»; pero á pesar de todas sus oraciones, la Reina de los Cielos, que á tantos otros consolara, no quiso enjugar sus lágrimas. Súbitamente toma las riendas del caballo y se dispone á emprender su viaje de regreso. Pero de nuevo se apodera de ella soñolienta sensacion. Se apoya contra un pino y allí permanece sin sentarse, con el hacha en la mano, sin respiracion casi, «sin un pensamiento, ni un gemido, ni una lágrima.» En todo el bosque reina el silencio de la tumba, la helada se va haciendo cada vez más intensa.

Recorre sus dominios Hielo el jefe, viendo si las aguas es-

tán ya firmemente transitables y los caminos llanos y duros y los pinos ataviados con ornamentos de nieve. Salta de árbol en árbol hasta que al cabo llega á aquel en que está Darya apoyada y desde entre sus ramas canta con invencible poder.

—¿Tienes calor? la pregunta desde lo alto del pino.

—Tengo calor, la viuda responde tiritando al apresarla el frío. Baja más por las ramas Hielo, baja más todavía, blandiendo siempre su mágica maza.

Ya está junto á ella. Siente ella sus besos en ojos y lábios. Parécela que está con ella su marido; que son sus queridas caricias las que siente. De sus torpes manos el hacha se desliza; en sus lábios sin sangre juguetea una sonrisa. Sueña que es el caluroso tiempo de la recolección. De las eras de trigo viene su marido, trayendo al hogar una carga de doradas gavillas. Vuelve luego otra vez y con él sus pequeños en el carro, y ella á todos los mira sonriendo, quitando el sol de sus ojos con la mano. Se oye una canción á distancia; y escuchándola la soñolienta Darya, las últimas sombras de dolor se disipan en su tranquilo rostro. Tranquila sin pasión como los árboles al rededor, permanece en pie como una estatua bajo el frío cielo azul.

¡No se oye ni el más leve sonido! Párate allí, y verás cómo queda tu corazón subyugado por aquel silencio de la muerte!

¡Ni un sonido! Pero tú estás contemplando la bóveda de los cielos, y la selva llena de maravillas, cubierta con el ropaje de la helada plata.

Sin un átomo de pasión, aunque deslumbrado con un infame encanto. ¡Pero escucha! se oye un súbito rechinamiento. Una ardilla trepa por el árbol.

Brincando de rama en rama del pino, arroja nieve sobre Darya. Pero Darya no se mueve. A Darya el hielo le ha producido la muerte en su encantado sueño.»

Frecuentemente son descritas en elocuentes palabras por Nekrasof las penas de la mujer rusa del pueblo. En la primera parte del poema, cuyo sumario acaba de hacerse, habla de ella en estos términos:

«Tres espantosos lotes tiene el Hado que dispensar. Y es el primero, casarse esclava; y el segundo, sufrir esclava; y el tercero, obedecer esclava hasta la muerte. Y todos estos terribles lotes han tocado en suerte á la mujer rusa.

Los siglos han pasado. Todas las cosas tienden á la dicha.

Todas las cosas han cambiado en el mundo muchas veces. Solamente olvidó Dios cambiar el severo destino de la mujer campestre. Y todos convenimos en que el tipo ha degenerado de la en un tiempo hermosa y fuerte mujer esclava.

¡Fortuita víctima del Hado! Sin que te vean, sin que te oigan cómo has sufrido. No has confiado tus luchas y tus quejas al mundo.

¡Pero tú me las confiarás á mí, amiga mia! Desde la niñez me has sido muy conocida. ¡Tú, que eres el miedo personificado! ¡tú que eres el hastío eterno!

Sin embargo, continúa él, el tipo de la gran mujer esclava no ha dejado de existir enteramente.

Todavía hay mujeres en las aldeas rusas, en cuyos rostros hay reposada dignidad, en cuyos movimientos hay graciosa fuerza, cuyos andar y mirar son los de una reina.

De ellas dicen cuantos tienen ojos para ver: «¡Cuando pasa es como cuando el sol resplandece! Cada mirada de ellas vale un rublo.»

Siguen el mismo camino que todo el resto de su pueblo. Pero á ellas no se les pega el barro de sus empobrecidos alrededores.

Al florecer es una belleza de mejillas rosadas, alta y erguida; bien con cualquier trage, lista para toda clase de trabajos.

Sobre sus hombros, tostados por el sol, cuelgan las largas trenzas de sus oscuros cabellos. Firmes lábios rosados cubren sus fuertes dientes iguales. Cuando llega á ser ama de casa, todo vá bien de puertas adentro, porque siempre está vigilante y atareada.

Clara y firme es su convicción de que toda la salvacion estriba en el trabajo, y, por lo tanto, siempre sus despensas están llenas, sus chicos siempre bien mantenidos y sanos. Cuan-

do la familia va á la iglesia, ella vá delante llevando un niño entronizado en su pecho, y á su lado, de la mano, el muchacho que tiene ya seis años. Este cuadro encuentra albergue en el corazon de todo el que ama al pueblo ruso.

Desgraciadamente, ese cuadro, en cuanto se refiere á su principal figura, no es el que con más frecuencia encuentra la vista en Rusia. Nekrasof ha hecho, sin duda, el retrato de su heroina copiándolo del natural; pero rara vez sus modelos pueden haber sido tan atractivos.

Entre las jóvenes rusas, es verdad, especialmente en las provincias meridionales, se encuentra alguna cuya cara y forma pueden encantar al admirador de lo bello y lo romántico, y cuya vida de doncella se presta á la inspiracion poética; pero cuando se convierte en mujer casada y sus largos rizos de pelo están ocultos con un pañuelo desagradable á la vista, ella y la novela se separan para siempre. Hace notar vigorosamente esto Nekrasof en el poema titulado *El Troika* (1).

Un carruaje de tres caballos acaba de atravesar una aldea, y el que lo ocupa, un oficial joven, ha contemplado con manifiesta admiracion á una rústica beldad. Ella, á su vez, con un rubor de orgullo en sus mejillas y una brillante chispa en sus ojos, sigue mirándole cuando se aleja por el camino. El poeta se dirige á ella: «No es maravilla que te mirara, dice; á ninguno le parece mal enamorarse de tí. Juguetona flota la rosada cinta en tu pelo, negro como la noche. Un delicado vello suaviza el rosado fuego de tu morena mejilla; debajo de tus arqueadas cejas, ojos que matan lanzan irresistibles miradas.»

«¿Será tu vida plena y completa? sigue preguntado. No; tal no será tu suerte. Te casarán con un desaliñado patan.

Ceñida por debajo de los sobacos, tu figura perderá la gracia.

Tu exigente marido te pegará, tu suegra te atormentará.

(1) Trineo para tres caballos. (Nota de la R. C.)

Rendida por trabajo duro y negro, te marchitarás antes de acabar de florecer; te hundirás en un triste sueño que no tiene despertar. Cuidarás de tus hijos, del trabajo y de la comida.

Pronto en tu cara, llena hoy de animación y de vida, aparecerá una expresión de estólido sufrimiento y un terror inconsciente é incesante.

Y cuando tu jornada terrible en este mundo concluya, pondrán en la húmeda fosa tu fuerza inútilmente gastada; tu pecho, que nunca ha conocido el calor del mimo.»

Por vía de final, tomemos el siguiente bosquejo descriptivo de una de las muchas vicisitudes á que en los días de la servidumbre estaba expuesta la suerte de la doncella en las aldeas rusas. Se llama *En el camino* y empieza pidiéndole un viajero cansado á su *yamshtchik* ó cochero, que le distraiga con una canción ó con un cuento.

«EL VIAJERO.—¡Qué hastiado estoy! Haz algo para divertirme, jovial cochero. Cuéntame algo sobre enganches y separaciones, ó hazme reír con cualquier absurdo, ó dime algo que hayas visto. Te agradeceré cualquier cosa, hermano.

EL COCHERO.—No estoy yo muy placentero, amo. Mi corazón tiene una pesadumbre por la pobreta de mi mujer. Ya veis, señor, estuvo criada desde la infancia en casa de nuestro dueño y educada al lado de nuestra jóven señora. Entendía todas las labores de aguja, ya sabeis, y bordaba y podía leer y tocar el piano; estaba en todo á la altura de las señoras, en resúmen. En cuanto á su traje, no era como el de las que se visten con la sarafanda (1). Iba siempre de raso ó cosa así, y podía comer tanta miel y *kasha* (2) como quisiera. Parecía tan señora como la que más lo fuera por nacimiento. Y no éramos solo los rústicos los que la admirábamos, sino que bien podía un caballero haber querido casarse con ella. (El tutor se enamoró de ella, dice el cochero.) Pero Dios no quiso

(1) Traje de las campesinas rusas. (Nota de la R. C.)

(2) Grano particular. (Nota de la R. C.)

darla buena fortuna, parece. Los caballeros no se cuidan mucho de las muchachas que son sirvientas.

Se casó nuestra señora y marchó á vivir á San Petersburgo. Y cuando volvió el amo despues de las bodas de su hija, cayó enfermo, y en la víspera del dia de Pentecostés, devolvió á Dios su graciosa alma. Grusha (1) quedó abandonada como huérfana. Un mes despues llegó el heredero, leyó la lista de aldeanos y cambió los tributos en trabajo por pagos en dinero. Uno tras otro, llegó su turno á Grusha. Si fué que le incomodó de algun modo, ó si sencillamente creyó que para ella no habia sitio en la casa, nunca lo supimos. Pero fuera lo que fuera, la envió á la aldea. Fué aquello, ya sabeis, de «Ocupa tu puesto, mozuela.» La pobre muchacha lloró amargamente. Para ella era muy duro, ya sabeis, con aquellas manos tan blancas y aquella cara tan blanca.

Dió la casualidad de que habia yo llegado justamente entonces á mis diez y ocho años y me dieron un pedazo de terreno y por mujer á Grusha. ¡Válgame Dios y qué cúmulo de disgustos se me vino encima! Ella parecia tan desgraciada, ya sabeis, y no sabia ni recoger grano ni cuidar de la vaca. Seria pecado decir que era holgazana; pero nada salia de sus manos bien hecho. Cuando estaba cargando leña ó sacando agua, lo hacia como si trabajase para un dueño, así es que á veces uno lo sentia por ella. ¿Pero qué podia uno hacer? No habia aquello de ponerla más alegre dándole nuevos trajes. Los zapatos pesados herian sus piés, decia ella, y se encontraba desmañada con la sarafanda. Cuando habia gente extraña delante, se conducia muy bien; pero cuando estaba sola lloraba como loca. La gente de tono la habia estropeado, ya veis. De otro modo hubiera sido una muchacha de corazon.

Hay un cuadro al que siempre está mirando, y siempre está leyendo un libro ú otro. Así es que yo á veces tengo una punzada de miedo de que estropeará tambien á nuestro hijo. Le enseña á leer. Le lava, le corta el pelo, le peina todos los dias, lo mismo que si fuera un caballero. Y no le quiere pegar, ni aún dejarme á mí que le pegue. Pero no me estropeará al

(1) Agripina ó Agrafena.

tunantuelo mucho más tiempo. Es tan delgada y tan blanca como una viruta, ya veis, y hace mucho más de lo que puede. En todo un día no come más que dos cucharadas de sopas.

Dentro de unas cuantas semanas, tengo miedo de que la voy á tener que llevar al hoyo. Por qué, yo mismo no lo sé. Dios sabe que yo no la he acabado con trabajo constante; he procurado siempre que tenga abundantes alimentos y ropas; nunca la he reñido sin causa, y en cuanto á pegarla, vamos, casi nunca la he pegado, nunca, excepto cuando la bebida movía mi mano.

EL VIAJERO.—Basta ya, cochero, gracias. Me has curado completamente el mal humor.»

W. R. S. RALSTON.

(*Contemporary Review.*)

LA LÁGRIMA Y EL BESO.

Tus miradas, teniéndote á su lado,
todas él las bebia;

Yo, en frente de los dos, desesperado,
de sed desfallecia.

Gotas de sangre por mi triste frente
rodaron como fuego;

Los espíritus buenos blandamente
las enjugaron luego.

Al corazon trajeron luz y vida
las invisibles manos,

Y exclamé con el alma enternecida:

¡todos somos hermanos!

El á tu boca, mientras yo lloraba,
de amor llevó el acceso...

—Mas la justicia del Señor pesaba
la lágrima y el beso.

LEOPOLDO ALAS.

ESPAÑA Y LA LIBERTAD.

OBRA PÓSTUMA DEL CONDE DE MONTALEMBERT.

Continuacion del extracto por D. Gabriel Rodriguez.

IX.

Cuando los antiguos defensores de la libertad religiosa separan los ojos de España, ven un espectáculo aún más triste: el de la aprobacion ruidosa y apasionada concedida á los revolucionarios españoles por los periódicos democráticos de Francia.

Las saturnales de los recién emancipados, durante los paroxismos inseparables de toda revolucion, aún la más legítima, pueden inspirar una sonrisa. Cabe esperar que la razon y la justicia recobren su imperio, despues de pasados los primeros momentos de natural perturbacion. Pero sorprende é indigna á la vez el ver á los hombres que disfrutan desde su niñez de las libertades que niegan á sus adversarios, aprobando á sangre fria las confiscaciones, las violencias, las profanaciones cometidas en países extraños contra la religion de sus conciudadanos. Y esto sucede en la pátria y en el siglo de Chateaubriand, de Royer Collard, de Tocqueville, de Lacordaire y de Berryer.

Pero en este punto conviene citar textualmente. Así lo hace el autor, persuadido de que las citas bastarán para la acusacion y para el juicio.

El primer puesto, «cuando se trata de renegar y de insultar, en detrimento del catolicismo, á la libertad de conciencia,» corresponde siempre á *El Siglo*. Su redactor, Mr. Eugene Ténot, da la noticia de que la junta revolucionaria de Madrid ha propuesto al Gobierno Provisional la supresion de

todos los conventos y la disolucion de todas las corporaciones religiosas, fundándose en que la existencia de estas corporaciones es incompatible con la libertad, y añade: «Esto es conciso, pero completo.»

Despues rectifica su juicio, y al publicar el texto del decreto, se expresa ya de otro modo. Lo hecho por el gobierno español no le parece bastante. Para el redactor de *El Siglo*, «la institucion monástica es igual á la esclavitud. La ley de un país libre y democrático no puede tolerar á la una ni á la otra. El hombre no tiene el derecho de renunciar á su cualidad de sér libre, contrayendo votos perpétuos de sumision y obediencia absoluta á una regla monástica. Este acto es un suicidio moral, que debe impedirse como el suicidio material. La revolucion española no ha debido limitarse á reducir el número de conventos; ha debido suprimirlos todos, si queria obrar lógicamente.»

En estas afirmaciones de *El Siglo*, ve el autor «la teoría del despotismo liberalesco, con sus repugnancias civilizadas; la teoría paternal que sustituye la tutela de esos pretendidos grandes filósofos, á la de la fé y de la conciencia.» Cuando la Iglesia católica lleva el fanatismo hasta el punto de rehusar las ceremonias de su culto al suicida, esos hombres, tan lógicos como caritativos, la llaman intolerante. Pero al mismo tiempo prohíben por medio de la proscripcion y del despojo todos los sacrificios que la fé y la conciencia ordenan ó sancionan. En estos sacrificios ven esos hombres el único suicidio verdadero.

Hay otro suicidio, sin embargo, que no deben cometer los que son liberales á la manera de los demócratas franceses, y es el que consiste en conceder á los demás hombres la libertad que ellos piden para sí. *La Opinion Nacional*, digno rival de *El Siglo*, ha dado á luz esta teoría. Segun *La Opinion*, cuyas palabras copia el autor textualmente, «la libertad no puede extenderse hasta el derecho de destruir la libertad.» «La Compañía de Jesús, la sociedad de San Vicente, etcétera, tienen un objeto: destruir la libertad. Luego no se les debe la libertad. No se puede ser liberal hasta el suicidio *inclusive.*»

Cita el autor otros textos inspirados en el mismo sentido. Mr. Luis Jourdan sostiene el derecho de la revolucion española á apoderarse de los bienes de manos muertas. «Solo puede despojarse, dice, al que posee. La Iglesia no posee, ni en España, ni en Roma. Todo lo que detenta es un depósito de que debe cuenta á la sociedad civil, y de que esta tiene el derecho de disponer, con tal de que dé su equivalente á los pobres en forma de asistencia.»

No están solos los periódicos de la extrema izquierda en la tarea de aprobar lo que se hace en España. Hay otros, leídos en todas las córtes de Europa, en todos los salones á la moda, en todos los casinos; periódicos que son oráculos, no del club y del motin, sino de los diplomáticos, de los economistas, de la alta Banca. *La Independencia belga*, copiada sin reserva alguna por *El Diario de los Debates*, dice en su número de 15 de Octubre de 1868, que «los jesuitas, á pesar de no llevar más que tres años de existencia en Valladolid, habian hecho su negocio, demasiado aprisa para sus verdaderos intereses, y sobre todo demasiado cínicamente.»

Pero no se presenta de esto una sola prueba ni una imputacion séria.

Las víctimas son despojadas y condenadas, en virtud de consideraciones vagas, las únicas que sirven para justificar las proscipciones colectivas. *El Oeste*, periódico de Bretaña, afirma que el gobierno español se ha visto obligado á dar una satisfaccion al sentimiento público, sublevado contra las comunidades religiosas, por la intolerancia y los vicios de estas instituciones, y *La Independencia belga*, en otra parte del número ya citado, dice que el concurso prestado constantemente por los jesuitas á la persecucion de la idea liberal en España, «los ódios que sus intrigas han originado, los celos que provocan sus inmensas riquezas, acumuladas por medios que rechaza la honradez,» explican bien las represalias tomadas contra la célebre Sociedad.

¿Qué persecuciones é intrigas son esas? ¿Dónde están las riquezas de que se habla? *La Independencia* no lo dice. En cambio, dá cuenta con gran satisfaccion á sus felices lectores del decreto de la Junta de Sevilla, que deroga todas las dis-

posiciones del Concilio de Trento que están en oposición con el matrimonio civil.

Cita el autor otros periódicos que abundan en el mismo sentido que los anteriores, y recuerda un decreto francés de 1794, en el que «á fin de que la libertad de cultos se realice en toda su plenitud,» se prohíbe del modo más absoluto hablar ó escribir á favor de ningun culto ú opinion religiosa. Los liberales modernos son unos pálidos plagiarios del representante Lequinio, autor de dicho decreto.

Pero el programa más completo, que ha visto la luz en los periódicos franceses, para uso de la revolucion española, es el de *La Emancipacion*, de Tolosa. Segun este programa, el gobierno español debería: 1.º Decretar la bancarota. 2.º Decretar la expulsion de las corporaciones religiosas y la venta de sus bienes. 3.º Apoderarse de los ferro-carriles y declararlos propiedad nacional. 4.º Abolir todos los monopolios para organizar el crédito y plantear la reforma social. 5.º Proclamar la república federal. 6.º Abolir la pena de muerte en materia civil, pero conservarla en materia política, para poder destruir á los enemigos del pueblo, siguiendo en este punto los procedimientos de la monarquía.

Segun el autor, este programa es verdaderamente conciso y completo. La bancarota y el cadalso son el natural acompañamiento de la proscripcion y de la confiscacion religiosa.

Podrá creerse que hay en este juicio exageracion. No siempre las premisas dan en la vida real sus consecuencias lógicas; felizmente la inconsecuencia política, ó una reaccion, cambian á veces el curso de los sucesos. Pero no por eso deja de existir el peligro. Los que atacan á la propiedad de las corporaciones religiosas no han de respetar escrupulosamente la riqueza nacida del comercio ó de la industria en sus diversas formas.

Conviene el autor en que durante algun tiempo los bolsillos de los religiosos corren mayor peligro que sus vidas. No deben, sin embargo, despreciarse las amenazas de la *Emancipacion*. Los que no respetan la libertad de la fé y de la caridad, no respetarán más tarde la libertad de la propiedad ni la existencia humana. Sépanlo los incrédulos y los indiferentes, y prepárense ó resígnense.

Todas las propiedades están enlazadas. Tocar á una es amenazarlas á todas. Lo que el autor dice de la propiedad religiosa y monástica, lo dice de todas las demás, y reprueba la confiscacion de la fortuna privada del rey de Hannover, por el de Prusia, como las de las corporaciones monásticas españolas por los demócratas de este país. Igual protesta hace contra la confiscacion de los bienes de la Casa de Orleans por el emperador de los franceses.

Ejemplo de lo que puede hacer la demagogia anti-cristiana, son los saqueos de los conventos de Saint-Etienne en 1848.

Extiéndese luego el autor en consideraciones sobre el estado de las ideas en Francia y sobre su situacion política bajo el imperio, haciendo observar que ciertos liberales franceses, al aplaudir á la revolucion española y llamar la atencion sobre sus hechos, piensan más en Francia que en España. ¿Qué les importan, en efecto, los jesuitas y las monjas del otro lado de los Pirineos? El verdadero objetivo de sus declaraciones y de sus ataques son las instituciones católicas francesas, y principalmente las corporaciones de mujeres, «ese ejército del sacrificio, que ha surgido vivo y brillante de las entrañas de la Francia moderna; ejército más fecundo, más activo, más abundante, más popular, más infatigable hoy que en ninguna otra época de la historia de Francia y aún de la Iglesia; ejército de nobles mujeres, lo mejor de la raza francesa y de la especie humana.» Contra esas mujeres van las diatribas y las amenazas de los demócratas de *El Siglo* y de *La Opinion Nacional*, en tanto que llega el momento de que puedan despojarlas de sus modestos bienes, de sus santuarios y de su libertad.

Esos periódicos, que no tienen palabras para condenar la prostitucion, califican con nombres repugnantes á las hijas de Santa Teresa y de San Vicente de Paul. Segun *La Opinion Nacional*, «debiera excluirse de las funciones de la enseñanza á todas las personas que hayan hecho voto de castidad.» En esta medida y otras semejantes, ven los hombres de la prensa democrática «la única tabla de salvacion» de la sociedad civil.

Esos hombres no saben lo que dicen ni lo que hacen.

¿Piensan alguna vez en los males que causan con sus indignas injurias? ¿Ignoran que esas pobres religiosas tienen padres, hermanos, amigos? ¿Ignoran que al insultarlas hieren el alma de tantos millares de seres, á quienes esas mujeres han socorrido, curado, enseñado, consolado?

Esos hombres son más dignos de compasion que de cólera ó desprecio. Se han privado voluntariamente de la más pura de las alegrías, que es la de admirar y venerar aquellas virtudes, que no somos capaces de practicar. Nada saben, nada ven, nada comprenden del espectáculo consolador y maravilloso que las religiosas ofrecen al mundo, llevando á todos los rincones de Francia, y fuera de su patria, en Oriente como en Occidente, en Asia como en América, para honra eterna del nombre francés, la rectitud, la intrepidez, la serenidad, el candor, la perseverancia, la dulzura; todas las virtudes que más escasean en el hombre, y de cuyo auxilio está el hombre más necesitado.

Continúa el autor ponderando en calorosas y elocuentísimas frases los servicios que á la humanidad prestan las religiosas francesas, tan injustamente atacadas por los falsos demócratas. Pero llegará un dia en que los mismos que las atacan tendrán necesidad de su auxilio; dia próximo, dia inevitable en el que sabrán lo que es el dolor, el hastío, la angustia, el abandono. Entónces esas caritativas mujeres irán á llevarles la salud, la confianza, el consuelo, y ellos abrirán los ojos y comprenderán lo que han desconocido y calumniado, y con sus lábios desfallecidos besarán las manos piadosas é infatigables que revelan á la miseria humana la misericordia de Dios y lo que puede ser la humanidad trasfigurada por la caridad divina.

En tanto que ese dia llega, es doloroso verse obligado, en pleno siglo XIX, á defender las libertades más naturales y más santas, los derechos más elementales, contra retóricos y sofistas que reclaman para la mujer el voto electoral y le niegan la libertad de cumplir sus votos religiosos.

Sirve al autor de consuelo, sin embargo, la conviccion de que todas las violencias de este género serán ineficaces. Cuanto se haga para destruir las corporaciones religiosas de muje-

res es inútil. Podrán suprimirlas hoy en España, mañana en Francia. Pasado mañana volverán, como han vuelto siempre y en todas partes. Hoy son más numerosas y activas que antes de la revolución. La persecución del terror no ha podido acabar con ellas. Las revoluciones solo pueden destruir lo que lleva ya en sí un germen de muerte; lo que está verdaderamente destinado á vivir, se rejuvenece y arraiga de nuevo despues de cada trastorno.

Sepan, pues, los pigmeos de hoy, que no pueden destruir la Iglesia, ni sus instituciones esenciales. Aun en los países como Inglaterra, donde la persecución ha durado siglos, las órdenes monásticas han aparecido numerosas y fuertes al primer albor de la libertad. Allí la Iglesia católica es aborrecida, pero el buen sentido y la larga práctica de las libertades públicas han hecho reconocer y proclamar la impotencia radical de la persecución anti-cristiana.

«Las encinas y los frailes son inmortales,» ha dicho Lacordaire, también inmortal, en el verdadero sentido de la palabra, por haber amado y servido á la libertad, cuyo nombre y cuya bandera manchan con sus excesos y violencias los partidistas de el terror.

Esos excesos y violencias dañan precisamente más que á ninguna otra cosa, á la libertad y á la democracia, «forma tan natural, tan sencilla y tan legítima de la libertad moderna.» Si el despotismo con toda su fuerza no puede impunemente herir y lastimar la fibra religiosa, ménos podrá hacerlo la libertad, que para vivir, durar y realizar sus fecundos y gloriosos destinos, necesita la adhesión de las inteligencias y de los corazones.

Mientras la democracia francesa profane y viole la conciencia del género humano, dando los nombres de justicia y de libertad á los más culpables atentados contra la familia, la religion, la virtud, la propiedad, merecerá todas las afrentas y desdichas de que hay tantos casos en su historia.

En vez de surgir, como la democracia americana, firme é inviolable en su porvenir, como en su pasado, continuará expuesta siempre á ser presa del primer soldado, ó del primer filibustero, que sepa evocar á diestramente y explotar contra la

libertad los temores y las repugnancias que las predicaciones de los falsos demócratas néciamente crean y arraigan en la conciencia pública.

Los hombres que persiguen á la conciencia cristiana, son los precursores y los autores verdaderos de las dictaduras; son los que condenan á los pueblos á la horrible alternativa del despotismo ó del terrorismo sacrílego. Esos hombres carecen de derecho para reprobar los 18 de Brumario, ó los 2 de Diciembre. Su conducta ante la revolucion española, dice claramente lo que puede esperarse de ellos en favor de las libertades civiles y sociales, legítimas y necesarias. Deben separarse de la libertad, como ésta se separa de ellos, que son sus verdaderos, sus peores, sus eternos enemigos.

X.

En frente de las invectivas de los demagogos franceses y españoles, que han nacido en el catolicismo, pueden colocarse como antídoto las opiniones y la conducta de verdaderos liberales protestantes, así de Francia como de otros pueblos. Nombra el autor con este objeto á Guizot y á Gladstone; el primero, que en su augusta ancianidad proclama los derechos eternos de la fé cristiana, y los coloca, con intrépida confianza, bajo la salvaguardia única de la libertad triunfante; el segundo, que llega al primer puesto de su país, por los libres sufragios de un pueblo libre, y consagra su inmenso poder y su palabra infatigable al establecimiento de la igualdad de cultos en Irlanda, haciendo desaparecer, no el último, pero sí el más repugnante residuo de la antigua intolerancia.

Sin subir tan arriba, pueden hallarse pruebas de tolerancia y de justicia. Un periódico modesto, holandés y calvinista, el *Volksblad*, que se publica en la colonia inglesa del Cabo de Buena Esperanza, defiende la libertad religiosa, con estas palabras: «Nos amenazan con una irrupcion de jesuitas en nuestra colonia. Esta amenaza nos causa risa. Es posible que, hace muchos siglos, los jesuitas hayan inspirado temor en una sociedad ménos tolerante y ménos ilustrada; pero el espíritu moderno es incompatible con el temor ó la pros-

»cripcion de las corporaciones religiosas, sean las que fueren.
»El espíritu de nuestro tiempo admite todas las variedades
»honradas de opiniones y de instituciones religiosas, y deja al
»buen sentido y al libre albedrío del hombre y de la mujer
»el derecho de entrar en cualquier corporacion monástica,
»con el derecho de salir de ella, cuando lo crea conveniente.»

¡Qué contraste entre aquellos oscuros calvinistas, vecinos del polo Antártico, y los orgullosos corifeos de la civilizacion francesa!

Pero tambien puede citarse en Francia la reciente y tierna efusion de un escritor protestante, Mr. Pédézert, autor de *El monaquismo y la sociedad moderna* (1). El autor copia un trozo de este escrito, en el que se defiende la libertad de la vida monástica y del celibato, aunque reconociendo que la época de la gran influencia y prosperidad de las corporaciones religiosas ha pasado para no volver. Quedan algunas almas, sin embargo, que aspiran al ideal de las austeridades cristianas. Estas almas deben ser respetadas y reverenciadas, porque muestran la grandeza de la naturaleza humana y el imperio que el Evangelio ejerce siempre sobre ella. «Dios, »para quien son útiles todas las cosas, puede aún servirse de »los monjes para hacer cristianos.»

Hay, pues, hombres imparciales y honrados, hasta entre los que han nacido en un campo enemigo de la Iglesia. Dios los premie y los bendiga en esta vida y en la otra, por el bien y la justicia que hacen, por los consuelos que dan, y sobre todo, por el homenaje que rinden á la verdad y á la caridad.

XI.

Las protestas referidas en el párrafo anterior y formuladas por hombres que no profesan el catolicismo, no han sido las únicas. La católica España no ha sido infiel á sí misma, y aunque el autor «hubiera deseado y esperaba una resistencia »más general, más enérgica, más popular sobre todo, á los »atentados del nuevo gobierno, debe señalar á la admiracion

(1) *Revista cristiana*, 5 Julio 1868.

»y al agradecimiento de la cristiandad la noble actitud y el
 »noble lenguaje de dos autoridades bien diversas, pero que
 »constituyen dos de las fuerzas inmortales del catolicismo: las
 »mujeres y los obispos.»

La decidida intervencion del sexo femenino en la defensa pública de los derechos y libertades de la fé, es un síntoma nuevo en la historia moderna. Gloria es de España el haber sido la primera nacion que ha dado este ejemplo. «En la noble energía, en la entereza inteligente del lenguaje de estas españolas, se reconoce á las compatriotas de Gimena, de Isabel la Católica y de Santa Teresa.»

Mucho se habla en nuestros dias de la emancipacion social y política de la mujer; se pide para ella (en Inglaterra principalmente) el derecho electoral, y puede afirmarse que no concluirá el siglo XIX sin que se hayan dado grandes pasos en esta direccion. Ojalá que las mujeres que sean llamadas un dia á intervenir en las cuestiones políticas y sociales se muestren animadas del mismo espíritu que las españolas de hoy. Con sus protestas han cumplido el más noble y más santo de los deberes, y al cumplirlo han dado tantas pruebas de tacto como de entereza. En esas protestas la forma es tan digna de alabanza como el fondo. Las mujeres españolas invocan el derecho moderno, á la vez que el antiguo, con una habilidad «que pueden envidiar muchos hombres políticos», y proponen al Gobierno Provisional una série de cuestiones que han debido causarle grandísimo embarazo.

Seiscientas veinticuatro madrileñas rompen el fuego, preguntando al duque de la Torre «por qué se las condena á ver demoler sus iglesias, en virtud de la libertad de cultos; á ver suprimir los colegios donde educan á sus hijos, cuando se proclama la libertad de enseñanza; á ver expulsar de sus casas á las monjas, cuando se decreta la libertad de asociacion; á ver que se prohíben los auxilios que se daban al pueblo menesteroso, cuando se declara que todo ha de ser para el pueblo.»

No habiendo obtenido respuesta las primeras peticionarias, otras mil y veinticinco madrileñas, entre cuyos nombres figuran á la vez los más ilustres y los más de modestos Es-

paña, acuden al gobierno ocho dias despues. El lenguaje de esta segunda exposicion es más patético y no ménos enérgico que el de la primera.

Las mujeres de Sevilla siguen á las de Madrid; denuncian «las usurpaciones y saqueos de los *bajás* de provincia,» protestando contra los actos de la junta revolucionaria de aquella capital.

El 31 de Octubre, las valencianas «hacen tambien *su pronunciamiento*,» acusando de contradiccion á la revolucion triunfante, «que ha defraudado sus esperanzas.»

Los españoles residentes en París, «que representan no solo algunos de los grandes nombres de la nobleza española, sino los diversos partidos políticos, que van por turno á buscar en Francia un refugio,» tambien exponen al Gobierno Provisional en favor de los intereses del catolicismo. Causa gozo ver «la felicísima mezcla de razon y de fé, de fervor y de altanería, con que dan una leccion á los dictadores de su país,» protestando «contra la profanacion y la destruccion de los templos, consagrados al Dios de la caridad y de la justicia, cuando no se ha consultado siquiera la opinion del país,» y contra un régimen por el cual los católicos vendrán á ser en España ménos libres que los protestantes ó los judíos.

Pero el primer puesto por la franqueza y la energía entre estas valerosas mujeres, corresponde á las de Murcia, de cuya exposicion, como de las anteriores, copia el autor en su escrito largos párrafos, que no se extractan aquí por haberlos dado á conocer en su tiempo los periódicos españoles.

«Deseamos, concluye diciendo el autor, que las francesas sepan hablar y obrar como las mujeres de España, el dia en que triunfen los hombres de *El Siglo*.»

XII.

Las reclamaciones de los obispos, tan enérgicas y elocuentes como las de las mujeres, muestran además «una moderacion y una cordura, á la vez que una firmeza y una resolucion, que forman extraño contraste con las cualidades que se atribuyen al clero español de nuestros dias.» Pero tampoco los

obispos han obtenido respuesta. «Los nuevos doctores de la »libertad española» han desatendido la pretension del arzobispo de Santiago y de todos sus sufragáneos que piden una informacion judicial para que se averigüe qué crímenes han cometido los clérigos, expulsados de sus casas y obligados á buscar un refugio en tierra extranjera. El metropolitano de Búrgos y siete de sus obispos han preguntado tambien inútilmente cuándo y en qué forma ha manifestado el pueblo español la necesidad de suprimir los conventos. Igual silencio guarda el Gobierno Provisional, «el silencio del ladron sorprendido con la mano en el saco,» ante los prelados que solicitan que se reserve á las Córtes Constituyentes la resolucion del grave asunto de la libertad religiosa.

El autor no cree que pueda oirse en las futuras Córtes «un »lenguaje más viril y más generoso, más honrado y más »sensato, más parlamentario y más liberal, en la verdadera »acepcion de la palabra,» que el lenguaje de los obispos españoles.

El primero «que se presenta en la brecha» es el de Tarazona, antiguo «campeon de la verdad y de la libertad.» Profesa este prelado «profundo desden hácia el parlamentarismo »y el liberalismo;» pero el autor, «aunque liberal y parlamentario incorregible,» vé y admira en el obispo de Tarazona, ante todo, al hombre de corazon y de talento.

Copia el autor á continuacion largos párrafos de la exposicion elevada al gobierno por el obispo mencionado en 22 de Octubre de 1868 y de la formulada en 25 del mismo mes por el obispo de Jaen; documentos publicados en su tiempo en los periódicos españoles y extranjeros.

Tal vez, continúa el autor, van ya demasiadas citas, pero este escrito no es una obra de arte, sino un repertorio de los actos y de las palabras que en los momentos actuales interesan más á la fé y á la conciencia cristiana. Podrian hacerse otras muchas citas, de que el autor prescinde para evitar repeticiones. Espera además que se publique una coleccion de los escritos y acuerdos del episcopado español en 1868, la cual formará «una de las páginas más bellas de la historia de »la Iglesia en este siglo XIX, ménos rico en escándalos y mi-

»serias, á pesar de sus tristezas, que todos los siglos anteriores.» Esa coleccion figurará con honor al lado de la de los actos del episcopado francés, durante el reinado de Luis Felipe, en pró de la libertad de enseñanza.

Llegado á este punto, el autor llama la atencion de los detractores sistemáticos del siglo presente sobre el contraste que se observa «entre el altivo y firme lenguaje de los obispos españoles ante la revolucion de Setiembre, y el vergonzoso silencio y la inescusable cobardía de sus predecesores ante la monarquía absoluta, en la época en que Cárlos III decretó y realizó con tan atroz crueldad la supresion de los jesuitas.» Entónces nadie en el episcopado ni en el clero regular y secular se atrevió á hacer una protesta. Es verdad que el edicto real imponia silencio absoluto á todos los españoles, «bajo pena de lesa magestad.» De este contraste se deduce una de dos cosas: ó el clero de 1767 era cómplice de la iniquidad, ó careció por completo de medios para protestar. En uno y otro caso ¿qué se debe pensar de un régimen que reduce al clero á semejante alternativa? Sin embargo, ese régimen es preferible á las instituciones modernas, en sentir de muchos católicos, y hasta en sentir de los mismos jesuitas.

El autor, sin ser un ardiente revolucionario ni un democrata radical, cree ménos temibles «para el honor y la libertad de su religion todos los crímenes de la revolucion y todos los excesos de la democracia, que la silenciosa y degradante opresion de la monarquía absoluta. Quiere el gobierno liberal á toda costa y bajo cualquier forma,» no porque vea en él una panacea universal, sino porque ofrece á los males sociales dos remedios eficaces y á veces soberanos, «la publicidad y la lucha.» Claro está que esos remedios no operan sino allí donde las gentes honradas, y sobre todo las religiosas, quieren servirse de ellos, y donde «no hay una prensa insensata que neutralice los efectos naturales de dichos remedios predicando, hoy la abstencion, mañana la utopia y siempre el suicidio. Pero aún en este caso, es benéfica la libertad, que á la vez que impone la obligacion de la lucha, da generalmente la fuerza necesaria para sostenerla. El régimen parlamentario, planteado de repente des-

»pues de muchos siglos de despotismo y de embrutecimiento, no puede devolver á las naciones en un dia la vida, la razon, la justicia, y ménos aún la moderacion. Se necesitan siglos para reparar la obra mortal y deletérea de los siglos anteriores.» Pero por lento que sea el progreso, siempre se empieza por hacer un bien, primero á la verdad, despues á los hombres honrados, dando á aquella la publicidad y obligando á estos á la lucha. Basta, como prueba, el contraste citado entre la conducta del episcopado español en 1767 y en 1868, respecto de la persecucion de los jesuitas.

Los pueblos, que han perdido la costumbre de gobernarse á sí mismos, no pueden fácilmente recobrar su virilidad. Lo consiguen, sin embargo, á fuerza de trabajo y de energía. Ese trabajo es el principio de su salvacion. Despues llega un dia en que del seno de los pueblos rehabilitados y probados ya en la lucha, surge un campeon honrado y valeroso, O'Connell en Irlanda, Deak en Hungría, que vence con las solas armas del derecho, de la lealtad, del honor, sin desconocer ni desdeñar ninguna de las condiciones de la civilizacion moderna. «En el trabajo y la perseverancia está la salud, está el porvenir, y no en los falsos héroes, en los monarcas improvisados, en los *hombres providenciales*, á quienes llaman salvadores los egoistas misantrópicos y los soñadores ridículos, y que no sirven, ni han servido nunca más que para sumir á los pueblos en el lodo del byzantinismo, ó del cesarismo ortodoxo.»

Volviendo al objeto especial de este escrito, el autor reconoce que en los actos del episcopado español, que no admira sin reserva, «no se halla, respecto de la libertad religiosa, de la libertad de la prensa, ni aún de la libertad de enseñanza, nada que recuerde la actitud que en estas vitales cuestiones han adoptado los católicos de Francia, de Bélgica, de Irlanda, desde que O'Connell fundó ó trasformó el carácter de la polémica católica en los paises libres y en los tiempos modernos.» Explícate este hecho por el deseo que tienen los prelados españoles de conservar la unidad religiosa «que en el nombre, á lo ménos, existe en España todavía.» Pero tampoco se ve en los escritos de esos prelados

«la política absolutista, el fanatismo retrospectivo, la hostilidad encarnizada contra las ideas y las instituciones modernas que se observan en la prensa religiosa de casi todos los países, y principalmente de España.»

El arzobispo de Zaragoza, en una circular de 18 de Octubre al clero de su diócesis, señala la actitud «que conviene á la Iglesia en el terreno de la prudencia y de la caridad universal, sin sacrificar su noble independencia.» Recuerda que jamás se ha mezclado en las luchas de los partidos, porque el sacerdote, consagrado al bien de todos, se rebaja y anula al afiliarse á una fracción cualquiera de la sociedad. Pero esta abstención y la caridad, la templanza, la modestia, la mansedumbre propias del ministerio sagrado, no se oponen al celo por los intereses de Dios ni á la defensa «de la sana doctrina, con la resolución inquebrantable de luchar hasta la muerte por la verdad y la justicia.»

Los obispos de la provincia de Búrgos declaran que no opondrán á los poderes constituidos ningun obstáculo para la resolución de las cuestiones «puramente civiles y políticas.»

El cardenal Cuesta y sus sufragáneos protestan también que no tratan de oponerse á las reformas políticas que puedan realizarse por consecuencia de la revolución. «No piensan ocuparse en la cuestión de *candidaturas para el trono*, ni *condenan ninguna forma de gobierno*»; solo quieren guardar «el sagrado depósito que les ha sido confiado.»

Al lado de esta profesión de neutralidad política, los preladados explican sus doctrinas distinguiendo entre el poder político y el poder religioso. Rechazan la acusación de *teocracia*. Declaran que la tolerancia dogmática es una ofensa á Dios, que ha revelado la única religión verdadera, pero admiten que «en ciertas circunstancias el gobierno temporal puede tolerar lícitamente las falsas religiones y aún la libertad igual para todos los cultos.» Dejan á las Córtes el cuidado de juzgar y resolver si hay ó no una necesidad imperiosa de admitir esa libertad y de cambiar así la constitución secular de España. Pero opinan que no existe tal necesidad, y que la inmensa mayoría del pueblo español es del mismo parecer que sus preladados.

La libertad, según los obispos españoles, es un principio cristiano. Dios la ha dado al hombre «para pensar, hablar, enseñar, escribir y publicar sus ideas;» pero dentro de los límites señalados por la verdad y la justicia eterna. «La libertad es el movimiento sin obstáculo dentro de la esfera de la verdad y del bien; el abuso es un mal, porque la libertad humana no puede ser tan perfecta como la de Dios.» «El error y el mal no pueden alegar derecho, y del mismo modo que la sociedad prohíbe acuñar y poner en circulación la moneda falsa, debe prohibir la propagación del error.» Los obispos españoles confiesan, sin embargo, «que una sociedad puede caer en una situación tan desgraciada, que llegue á ser lícito tolerar la libertad del error, para conservar la libertad de la verdad; en esta triste situación, hay que escoger el mal menor, pidiendo la libertad para todos.» Por último, los obispos admiten el sufragio universal «como medio de personificar la autoridad en una persona ó en una corporación que ejerza la soberanía y dirija la sociedad. Solo desean que la elección sea libre y pacífica, y que el escrutinio proclame diputados que amen á su patria y sean capaces de darle un buen gobierno.»

Este lenguaje no es ciertamente el mismo de los fautores y familiares de la Inquisición, ni aún el de los prelados y clérigos del tiempo de Fernando VII. Hay un progreso evidente, debido á la práctica del régimen liberal y parlamentario.

En vista de lo que precede, pregúntase el autor qué crimen ha cometido el clero español para merecer la persecución de los revolucionarios. Jueces «muy competentes, imparciales y buenos católicos,» le echan en cara su constante alianza con el absolutismo, que le hizo combatir encarnizadamente contra la reina Isabel, cuando esta representaba la regeneración política del país, y más tarde apoyar su trono, cuando empezó á inclinarse hácia los principios y procedimientos del régimen antiguo. Otros imputan al clero su conducta contraria á todas las aspiraciones nacionales, y su obstinación incorregible en favor de la restauración del absolutismo, «á pesar de que este sistema, bueno ó malo, ha cumplido su tiempo y no volverá á dominar nunca, ni en ninguna parte.»

No niega el autor que pueda haber verdad en estas acusaciones; pero entiende que es necesario probarlas, lo cual no se ha hecho ni aún ensayado.

En las relaciones del clero con el gobierno durante el período anterior á la revolucion, no se citará un solo acto público y decisivo, como aquellos con que el clero de otros tiempos contribuyó al triunfo deplorable de la monarquía absoluta de Felipe II, ó como los que hace veinte años ha presenciado Francia, donde «las mismas manos que bendijeron los árboles de la libertad, han aplaudido frenéticamente el establecimiento del imperio.» El clero español nada ha hecho que demuestre que considera los derechos ó el porvenir de la religion, como solidarios con la soberana vencida, ó con cualquier otro monarca. La antipatía que se le atribuye hácia las libertades modernas se esplica por las persecuciones que ha sufrido de todos los gobiernos, desde el de Mendizábal hasta el de Romero Ortiz.

Pero aunque el clero secular fuera culpable de lo que se le imputa, ¿por qué perseguir á las comunidades religiosas, especialmente á las de mujeres? Si los dos cleros son igualmente culpables ó igualmente inocentes, ¿por qué castigar á uno y respetar al otro? Hay en esto «una confusion estúpida, ó una gran perversidad.» «Regulares y seculares, obispos y monjas, clérigos y seglares, pontífices y escritores, sacristanes y laicos, todo es uno,» porque todo lleva el sello del catolicismo.

Se habla en España, como en otro tiempo en Francia, de la venganza del pueblo, á pesar de que el pueblo en ninguna parte habla de ella ni la pide. La venganza no merece aprobacion ni aplauso, aunque es una pasion, por desgracia, comprensible y frecuente en el mundo. Pero es preciso una causa, un objeto, y sobre todo, un vengador legítimo. Se piden *represalias*, pero ¿contra quién? ¿Contra la Inquisicion? Ha desaparecido definitivamente hace mucho tiempo, y ántes estuvo inactiva durante un período demasiado largo para que haya dejado rencores é injurias que vengar. Además, la España entera fué cómplice pasivo y activo de aquella institucion, de cuyos excesos es responsable. ¿Contra el

despotismo secular de los antiguos reyes? También España ha sido su cómplice, á la vez que su víctima, y todas las clases sociales sirvieron al despotismo, como el clero. ¿No ha sido este, además, despojado en los últimos cincuenta años de todas, absolutamente de todas las propiedades, que debía á la generosa piedad de los antiguos tiempos? Reducido á un sueldo mezquino, ¿no forma ya su situacion un contraste demasiado marcado con la desahogada y cada vez más próspera de todas las demás clases sociales?

De los jesuitas, «á quienes la corona habia ya robado hace un siglo todos sus bienes,» ¿qué puede hoy decirse? Nada. ¿Cuál es su crimen, actual ó reciente? Ninguno, fuera de su nombre. El autor los ha visto en sus últimos abrigos de España, en San Márcos de Leon, en Loyola, en Búrgos, «re-poblando aquellos admirables y ántes desiertos y profanados cláustros con su presencia y sus virtudes.» No le conocian; el autor no era ya entónces para ellos, como en otro tiempo, un abogado y un campeón victorioso. Al dejar aquellos lugares, sin embargo, el autor recordaba lo que le decia hace veinticinco años su amigo el conde Beugnot, despues de visitar á los jesuitas de París, tambien entónces amenazados y perseguidos: «¡Estos son los hombres tan temidos y tan calumniados! Son los hombres más honrados del mundo; en circunstancias en que suelen aparecer todas las flaquezas, no vemos en ellos más que sentimientos y virtudes que honran á la naturaleza humana.»

PSICOLOGÍA DEL HOMICIDIO (1)

(CONCLUSION.)

La estadística penal francesa distingue actualmente los siguientes grupos principales de homicidios (el premeditado, el impremeditado y envenenamiento): 1.º, codicia; 2.º, adulterio; 3.º, discordias domésticas; 4.º, celos y enajenación; 5.º, ódio y venganza, á los cuales se añade aún otra categoría que comprende todos los motivos que, aunque raros y extraños y casi producto de una imaginación calenturienta, suelen verse en ocasiones, como v. gr., el deseo de ser ajusticiado por el verdugo ó de ser deportado á Cayena.

Examinando con detenimiento esta enumeración, se vé que van unidos y confusos los motivos y la ocasión externa del homicidio, y que no es fácil obtener por este medio una división justa y adecuada. Las discordias domésticas constituyen un proceso, con el cual están íntimamente unidos, así los celos como el adulterio y la codicia, y hasta también el ódio y la venganza.

Debe considerarse como el grupo primero y el más importante de homicidios aquellos que proceden de causas económicas, entre los cuales figura como primera por su rebajamiento moral la codicia que lleva al asesinato y que ya en el antiguo derecho penal estaba señalada con las penas más severas. La desproporción entre la ganancia pecuniaria que se espera y la muerte de la víctima es en este caso tanto mayor según el agente se encontraba en disposición de realizar su propósito por el hurto, el fraude y el robo. Pero si no obstante, por obtener una suma de dinero más pequeña se comete un asesinato en vez de un crimen menos grave, se encuentra su explicación en el hecho que parece más difícil al criminal la comprobación de un asesinato que el descubrimiento de un robo en el cual puede dar testimonio el perjudicado. A los casos de robo siguen inmediatamente aquellos crímenes en que el que

(1) Véase el núm. 9, pág. 98.

ha atentado á la propiedad se libra del cómplice ó testigo porque teme de ellos á cada instante la traicion, la denuncia ó el castigo. Así, pues, puede comprenderse esta categoría entre los homicidios cometidos por ódio y venganza.

El elemento del ódio contra la persona asesinada dá un aspecto particular á los homicidios realizados por utilidad patrimonial ó por codicia. El salteador que asalta al viajero y por codicia lo asesina, generalmente no se preocupa más que de los despojos y de su impunidad. Él no considera en nada la persona, exceptuando su propiedad; como á tal no la ódia y le es por completo indiferente. El motivo del asesinato le es secundario, comparado con el del robo; él perdonaria al mendigo que le habia injuriado, mientras que mataria al rico á quien quizá debe beneficios. En otras condiciones, obra el criminal codicioso por ódio implacable á los que se le interponen en la prosecucion de sus intentos; por ejemplo: contra aquellos que con su existencia le presentan un obstáculo para recibir una herencia ó que le impiden el goce exclusivo de un bien que ahora tiene que compartir. La cifra de los asesinatos cometidos en Europa por este motivo no tiene nada de pequeña, y á esta clase suelen pertenecer los envenenadores. La hipocresía, deslealtad, el engaño y la maldad diaria simulada que llega en la vida de familia á tener á veces un grado portentoso de agudeza é ingénio, elevan al culpable mucho sobre la abyeccion del salteador de caminos. La pena extraordinariamente grave que las antiguas leyes señalaban al envenenamiento, ha sido igualada en la época moderna con las que en general se ponen á toda otra clase de homicidio.

A la esfera de accion de los motivos fundados en la codicia pertenecen tambien aquellos homicidios cada vez más frecuentes en nuestra época, que son el resultado final de un decaimiento económico continuado y de incesantes preocupaciones por el alimento. Incidentes desfavorables é imprevistos, la concurrencia preferida de un rival en el oficio, la poca aptitud y la falta de prevision concluyen hoy con más facilidad que antes el órden de una casa, aparentemente sólido y seguro. Un gran número de infelices en las grandes ciudades, porque pierden la probabilidad de tener un oficio y son incapaces de cambiar de régimen de vida, fomentan, inconscientemente al comienzo, la *fatal tragedia moderna de la ruina doméstica*, en la cual en el último acto aparecen el suicidio, la estafa, la fuga, la emigracion trasatlántica, la mentida mendicidad y el auxilio del socorro público. En estos casos los caracteres innobles piensan solo en sí y entregan sus allegados al arbitrio de la necesidad. Los caracteres mejores, por otra parte,

son los que puestos en el último grado de desesperacion y sobreexcitados por el amor de la familia, adoptan la terrible resolucion de dar una muerte sin sufrimientos á los que no pueden salvar de la miseria é ignorancia, ni de la vergüenza de implorar una limosna. Precisamente en la clase de artesanos y obreros pundonorosos se encuentran de ordinario los más que solo por la idea de recibir el socorro público se sienten vivamente excitados en lo más íntimo de su alma y prefieren que sus familias desaparezcan á verlas rebajadas y miserables. A veces el parricida, contra su voluntad, conserva su vida, porque despues del extraordinario gasto de sus fuerzas, el temblor se apodera súbitamente de la mano cuando se vuelve contra su propia vida, ó tambien porque la intervencion imprevista de un tercero interrumpe la consumacion de la obra. La compasion por la desgracia de una persona amada, el sentimiento del pundonor extremadamente desarrollado, el temor del menosprecio de sus compañeros, en una palabra, una série de motivos y sentimientos, dignos en sí de ser notados, se aglomeran antes del hecho con la carencia de medios económicos y producen el acto de destruccion, respecto del cual parece al observador concienzudo mucho ménos importante la obra del ministerio penal que la cuestion de saber si no podria evitarse mediante un freno *preventivo*, que terminara en el abismo de la desesperacion y de la miseria, la rápida pendiente que existe entre el bienestar doméstico y los desastres financieros de una familia moralmente inocente de sus desgracias; si no habria posibilidad alguna de prestar á un individuo aisladamente el socorro que no humilla concedido en las grandes calamidades de inundaciones ó de carestía á la conservacion económica de una clase toda de la poblacion. El desarrollo y aumento gigantescos de las grandes ciudades, á que acompaña la complicacion del proceso económico, hacen prever demasiado, por desgracia, que la destruccion de familias enteras por las causas que proceden del recelo desesperado de que falten los medios de subsistencia, más bien ha de aumentar que disminuir.

Como la clase de homicidios procedentes de las preocupaciones por la subsistencia, considerada desde el punto de vista psicológico, muestra un aumento importante de impulsos superiores, especialmente los del honor y la compasion, es menester, en interés á la observacion científica, presentarlas en las tablas estadísticas como un fenómeno social. Las legislaciones que, como la inglesa y la francesa, tratan el infanticidio como delito de pena capital, incluirian tambien en la série estos homicidios y los otros. Porque se encuentra en el infan-

ticidio, aunque entre otras muchas circunstancias, la misma reunion de motivos: sentimiento del honor femenino, temor de la infamacion al lado de las preocupaciones de los medios de subsistencia.

Al lado del gran grupo de motivos económicos, como un importantísimo factor de la estadística de los fenómenos penales, están los *estímulos sensuales*. Son en el homicidio más decisivos y enérgicos que en las excitaciones de la codicia, y queda siempre por resolver la difícil cuestion de por qué el acto que tiene como motivo el interés propio, no produce el ataque contra la fortuna de otro, lo que seria igualmente posible, y sí contra la vida de otro. Los extravíos sensuales y excesos desordenados están en relacion muy íntima con la observancia de los propios deberes y derechos, aunque no puede negarse que la licencia de los talleres en las grandes ciudades y la vigilancia despótica, pueden ser casi en igual medida peligrosas á la seguridad y á la propiedad.

En las relaciones sensuales pueden considerarse como motivos:

1.º *Celos* de personas no unidas en matrimonio ó casadas; en este último caso van unidos la mayor parte de las veces con sospechas de adulterio. 2.º *Sentimiento del honor y pudor* en los que se ven ofendidos por la seduccion ó infidelidad de un amante, en donde puede afirmarse por las observaciones hechas y con bastante verosimilitud que, en general, se encuentra de parte del acusado varon el homicidio por celos, y en la mujer por el pudor ofendido. 3.º *Desesperacion de los que se aman*, en donde por obstáculos que se oponen á su union se deciden al suicidio simultáneo ó al recíproco, cometidos ámbos de una manera premeditada. 4.º *El estímulo del amor licencioso*, el cual puede manifestarse en un número diverso de homicidios, principalmente en el asesinato de un cónyuge, que traba con su existencia la continuacion del adulterio; de un amante hastiado, que pone un límite al desórden, ó de aquellas personas de quienes se habia hecho dueño el agente para fines licenciosos. Ya la antigua psicología criminal se habia fijado en la conexion muy frecuente producida entre el extravío sexual y la crueldad sangrienta. Han ocurrido en Berlin en el último decenio muchos casos en que el abuso contranatural de niños va unido á su cruel asesinato, y la muerte de Ana Boeckler parece que es de esta clase. Es desde luego evidente que se presenta aquí la dificultad de una línea divisoria entre los motivos criminales y lo que ha ocasionado que se trasformen en hecho exterior. El psicólogo vacilará sobre si en este último caso ha de tener por causa del

homicidio la sed de sangre provocada por una sobreexcitación sexual, ó bien el temor de ser descubierto y castigado, ó bien combinados entre sí sed de sangre, apetito y cobardía. Es notable que en muchos de estos casos se haya puesto en duda por personas autorizadas la completa responsabilidad del autor, si bien respecto á la enormidad moral del hecho y á la excitación general provocada no haya quien pueda ponerlos en duda. El público, en sus simpatías internas, deja tranquilamente que se discuta en pró ó en contra de la responsabilidad de una infanticida; pero suele llenarse de indignación cuando vé á médicos alienistas que por medio de un procedimiento científico, quieren examinar el estado interno de culpabilidad de un hombre, cuya condenación parece necesaria á los intereses públicos. Cuanto más inhumano es un hecho, tanto más desea la opinión pública, obedeciendo á los instintos del miedo, la *responsabilidad* del actor para los fines del proceso, mientras que en semejantes circunstancias aumentan, por el contrario, en los observadores médicos las primeras sospechas de perturbación espiritual.

Seguramente que no puede ponerse en cuestión que la numerosa clase de homicidios procedentes de extravíos sensuales está en mucha mayor proporción dispuesta por la presión de las pasiones innatas que la otra clase de homicidios, en donde imperan los motivos económicos. Solo en muy raros casos deja de intervenir un afecto en la consumación del hecho. Por lo demás, también es posible que estén unidos ocasionalmente el cálculo económico y la inmoralidad sensual, como en aquellos casos en que una pareja adúltera trata de asegurarse el goce de un bienestar criminal por medio de la muerte del cónyuge inocente.

Una tercera especie de motivos, y muy frecuente por cierto, es la suministrada por el *ódio y la venganza*. En estos solo es factible una limitación en sentido negativo, es decir, por medio de exclusiones de aquellos casos en donde no puede ponerse el ódio y la venganza en conexión íntima con cálculos económicos de ventajas por el crimen, ó con excitaciones sensuales. Porque el sentimiento de celos producido por el amor sensual es al mismo tiempo y en cierta medida, producto del ódio, y en su mayor grado del deseo de venganza. Es completamente imposible determinar, aunque solo sea aproximadamente, las graduaciones sucesivas que existen entre el ódio y la venganza. Por la misma generalidad de esos sentimientos en la sociedad moderna, á pesar de la moral cristiana, es todavía más difícil establecer la previsión de que el ódio notorio de un hombre á otro, va á traducirse al exterior

después por la forma de la calumnia, perjuicio de sus bienes, ataque personal ú homicidio. En no pocos casos había anunciado anticipadamente el homicida que debía desaparecer del mundo el hombre que odiaba. En Alemania no damos importancia generalmente á esta clase de amenazas; en Italia, en cambio, es tan grande la fé que á ellas se presta, que la persona amenazada pone de su parte todos los medios de precaucion para su seguridad personal y evita á todo trance el encuentro de su enemigo.

Los motivos de ódio y de venganza que llevan al homicidio en épocas diversas y pueblos diferentes, según su cultura moral y hábitos de vida, están en relacion especial con la frecuencia de modos determinados de homicidio y la fuerza de los sentimientos que los producen.

Ciertas naturalezas también, en extremo irritables, pasan á veces al homicidio por motivos que no pueden producir una impresion duradera en los sentimientos de las grandes masas. ¿No era realmente incomprensible que un homicida de Berlin ahogara á sus propios hijos como si fueran gatos recién-nacidos para vengarse de ese modo de sus padres, que iban á tener su goce mayor en sus nietos? En ningun tiempo podrán faltar esos homicidios de origen puramente individual.

De mayor importancia para el historiador son aquellos crímenes que visiblemente tienen su árbol genealógico, no solo en la particular naturaleza del individuo, sino que comenzando en ellos se extienden además en línea ascendente á la fuerza de los perjuicios heredados y que están muy propagados en la sociedad. El exacto exámen de estas relaciones eleva ciertas manifestaciones de homicidio al rango de *hecho demopsico lógico* (*Voelkerpsychologischen Thatsacke*).

En los albores de la humanidad se observa que fué universal la práctica de la *venganza sangrienta*, y no solo se la consideraba como un derecho, sino como un deber santo de los allegados. Según las propias palabras é imágenes de la Biblia, Cain, el primer homicida, no pudo ser juzgado ó condenado por no existir instituciones sociales ni autoridad política.

El período de tiempo necesario para estirpar del pueblo el sentimiento de la antigua venganza podría ser comparado, en su duracion y por la significacion moral de sus variaciones, á una série de épocas geológicas. Cuanto más breve es, tanto más claro nos suministra la medida de la capacidad de cultura de ciertas naciones. Entre los griegos, romanos y germanos, encontramos el derecho y el deber de la venganza solo en la época del mito en sus primeros orígenes históricos; en los

orientales, especialmente entre los árabes y berberiscos se conservó bastante tiempo mientras que en Córcega el moderno Código penal ha suprimido há todavía muy poco tiempo la antigua tradicion de las pugnas sangrientísimas de familias en su lucha por la existencia. Es injusto tratar penalmente y del mismo modo la *Vendetta* corsa, al vengador que obra en virtud de las tradiciones de su pueblo, que á un homicida comun; él tiene el mismo derecho así como el caballeroso duelista, que por fé á su deber y honor mata á su adversario en la lid, á ser juzgado en consideracion á un prejuicio popular que ha de tratar siempre de combatir el legislador, pero que mientras existe disminuye bastante la parte de culpa del delincuente. Berenger refiere que en los presidios franceses, principalmente en Toulon, los vengadores corsos se separan con orgullo de los demás criminales sin querer mantener género alguno de trato con ellos, y se les considera como una clase particular de hombres. Como la pugna de familia se trasmite de generacion á generacion, el vengador se expone tambien de su parte á la persecucion de sus enemigos, y como además es general en el interior de Córcega la costumbre de llevar armas, á pesar de las prohibiciones que existen, el vengador por regla general se las tiene con un hombre armado que puede ponerse en defensa. En virtud de todo esto se vé que el hecho tiene una analogía mucho mayor con el duelo que con el homicidio vilmente perpetrado en los países más cultos.

El homicidio *político* pertenece tambien al número de los producidos por odio y venganza. Puede ser obra imprevista de un solo individuo, ajeno por completo á las grandes pasiones de los hombres de accion; pero tambien es posible que en momentos de universal agitacion tenga el carácter de un hecho social. Esto ocurre, por ejemplo, durante todo el tiempo en que dominaba la antigua idea del mérito que habia en dar muerte á un tirano, ú ocasionalmente al reaparecer en las explosiones revolucionarias. En los períodos de transicion de república á monarquía se repiten de nuevo esos hechos; bajo el imperio del despotismo es inevitable la propagacion de la fé en el mérito y utilidad de las conspiraciones secretas. No obstante que el asesinato político es siempre mucho más raro en los pueblos germánicos que en los romanos, sin embargo, en los pueblos del Sur de la Union americana tuvieron lugar hechos que por su enormidad recordaban á los tiempos de las guerras intestinas de Roma y á las proscripciones de Sylla.

Proceden tambien del odio político los homicidios á que un estraviado sentimiento nacional convierte en méritos del

patriotismo: la muerte alevosa de soldados acuartelados mientras existe una guerra, en donde se confunden totalmente las líneas de demarcación del falso entusiasmo, del fanatismo ciego y del equivocado sentimiento del derecho. Si un pueblo, renunciando en un momento dado á todas las reglas que guardan en las guerras los pueblos civilizados, anuncia á su enemigo que en la lucha recurrirá hasta á la navaja, como hizo España en el levantamiento de 1808, no se puede sostener desde el punto de vista moral que el anunciado fin del enemigo sea un asesinato. Esto sería lo mismo que la conducta del que negara cuartel en el campo de batalla al enemigo completamente indefenso, y que muy bien podría estar comprendida entre las reglas penales que valen para el homicidio. Estos retrocesos á la barbarie podrían llamarse atavismos morales.

Bajo la denominación común de homicidios políticos entran también aquellos atentados homicidas, realizados contra funcionarios públicos, bien por ódio á los representantes de la autoridad, bien por resistir al ejercicio de sus funciones, ó bien en los momentos de estallar una revolución. No deben tampoco menospreciarse los casos que encuentran ahora un nuevo lugar en la estadística electoral francesa, tales como los de adversarios políticos que se acometen con arma homicida por causas electorales.

Finalmente: deben también ser comprendidos aquí los *homicidios cometidos por fanatismo religioso*. En la esencia de ciertas creencias religiosas se encuentra protección á la intolerancia y al ódio. Los actos criminales de fanatismo que en ocasiones perpetran contra los misioneros cristianos ó viajeros los adeptos de las religiones orientales ó los mahometanos excitan en los estadistas europeos desprecio y horror. Pero estos no debían olvidar que la Iglesia cristiana de la Edad Media cometió los mismísimos hechos. ¿Por ventura hubieran salvado sus vidas los misioneros del Islam en las provincias cristianas de España en la Edad Media?

¿Y se hubiera llevado á un tribunal cristiano á sus asesinos? La historia de los moros en España, de las inquisiciones contra los herejes y de las persecuciones de los judíos nos obligan á negar en absoluto esta proposición. La intolerancia del islamismo en el siglo XIX no es mayor que la de la Iglesia cristiana en el siglo XII. Si la autoridad civil no se hubiera fortalecido en su independencia de la Iglesia hasta el punto de proteger por sus propios medios la seguridad pública, todavía hoy se repetirían iguales fenómenos: una plebe creyente, persuadida por su clero de que se condenan los

que no piensan como ella, le ha de ser siempre muy difícil tolerar resignada contradicción alguna en materia religiosa. Las leyes penales del Estado poco á poco se hacen ineficaces cuando se estima su violación como un mérito ante Dios. El poder del clero se ha conservado hoy todavía bastante fuerte en algunos pueblos atrasados para agitar, conforme á su plan, ese fanatismo que se manifiesta de ordinario con ataques violentos á los que piensan de otra suerte. Particularmente, no es posible ignorar que un ardid aparentemente infantil é inocente en profetizar á ciertos reinantes ó estadistas un fin ignominioso ó una muerte próxima por designio del «dedo de Dios», es un medio muy adecuado para extraviar á espíritus ligeros ó inducir á hombres vanos á prepararse para cometer un crimen, suponiéndose instrumentos de la supuesta Providencia. Los actos de ciertos fanáticos religiosos tienen de particular, así como los de muchos enajenados, que la agudísima premeditación de los medios del crimen se une á una pasión ya casi irresistible, de tal suerte que la imagen primitiva jurídica del homicidio se muestra bajo un aspecto completamente cambiado.

También la sistemática excitación á la fé en los milagros tiene parte muy importante en los riesgos á que se expone la vida humana por el fanatismo religioso. Como el valor de muchos soldados que descansa en la fé, en la fuerza protectora de los amuletos, de los votos ó de otras cosas, así también el creyente fanático arroja su última vacilación, profundamente convencido de que un milagro divino ha de salvarle del peligro ó librarle de la cárcel como á San Pedro.

El uso de profecías sacerdotales, el lenguaje de una mística que perturba á la reflexión severa, la continua excitación de un pueblo supersticioso con representaciones de pretendidos milagros, son indiferentes mientras falta al clero un objeto verdadero de odio ó una enemistad bastante fuerte. Son, empero, peligrosos en el momento en que el fanatismo vé delante de él un objeto evidente de ataque.

Allí donde la fé en los milagros bajo el título de instrucción religiosa está cultivada con celo por el Estado mismo, este no puede desprenderse de su complicidad el día en que por ventura la *rebelion piadosa* se levante contra él y contra sus directores. Porque ningun filósofo, ningun sacerdote puede decir cuándo ha cesado el período del milagro, de qué suerte el ignorante puede distinguir el milagro moderno del artificio engañoso y fraudulento, y á qué número suben los milagros legítimos en la historia de la humanidad. Demasiado arraigada está en la humanidad la creencia para que lo que

una vez sucedió pueda otra repetirse; demasiado grande el interés de los guardadores de la fé en revivir y reanimar la creencia vacilante en los milagros de los siglos pasados mediante imitaciones modernas de lo maravilloso.

En la actualidad no es muy pequeño el número de crímenes engendrados eclesiásticamente por la fé en los milagros y la superstición. De tiempo en tiempo se agita de nuevo la idea de la heregía, principalmente en los campos, y la vemos arrastrar á la violencia y al homicidio de supuestos culpables, cosa que despues de todo no es maravillosa si se tiene en cuenta que algunos clérigos creen cumplir su cometido excitando la imaginacion impresionable de gentes incultas con descripciones extravagantes del diablo y del infierno. En donde se presentan con asistencia espiritual milagros de curaciones de enfermos ante los ojos de la muchedumbre, se realiza tambien por una ley natural el hecho de que todo mal ó perjuicio incomprensibles, y especialmente las enfermedades no justificadas de animales domésticos, son atribuidos á la intervencion maravillosa del diablo ó de sus aliados los herejes. Precisamente en este año todavía una supuesta hereje fué mortalmente herida en Baviera (1).

Por último, las ideas políticas y religiosas pueden unirse á oposiciones sociales y amenazar con duplicado poder la propiedad y la vida de ciertas personas. Los numerosos homicidios cometidos en Irlanda en las personas de grandes propietarios territoriales, ó de hacendados en poder de bienes despojados y que frecuentemente permanecieron ocultos, procedian todos de un conjunto muy difícil de separar de motivos eclesiástico-religiosos, político-nacionales y doméstico-personales, bajo cuya presion general se imaginaban los actores haber cumplido una obra de venganza inculpable ante Dios y los hombres. Una conspiracion de asociados de unos mismos sentimientos que se difunde en el silencio, garantiza la impunidad, ayuda la fuga, burla á los agentes de seguridad y entorpece el ejercicio del derecho, atrae á su seno al delincuente y le incita á nuevos crímenes.

Esta complicacion de errores políticos y económicos caracteriza las crueldades de la Commune de París en 1871. Es difícil asegurar respecto de los homicidios singulares que allí se cometieron si fueron obra principal del ódio político, de venganza personal ó de intenciones codiciosas: lo que de fijo resulta es que los autores de ellos estaban persuadidos inte-

(1) Pueden verse otros casos en Nippold, Die gegenwaertige Niederbelegung des Hexenglaubens. Berlin, 1875.

riormente de que cumplieran un hecho necesario, útil y hasta el más meritorio de todos.

Finalmente, hay crímenes, en los cuales la indiferencia por la vida ajena está en unión con la criminalidad regularizada de bandas de ladrones. Aquí deja también de ser el asesinato una manifestación de la maldad del individuo y se hace una culpa colectiva social, en donde no es fácil limitar estrictamente la responsabilidad del autor de la complicidad de los restantes.

En la actualidad se dá todavía el absurdo de numerosas partidas de bandoleros en la Italia central, Nápoles y Sicilia que en sus grandes y apenas visibles ramificaciones escapan á los medios ordinarios de la justicia, al proceso del Jurado y al servicio de policía pública, porque el sentimiento del derecho y de lo injusto y el respeto á la vida y propiedad de otros han sido destruidos por un mal gobierno tradicional.

El imperio de un despotismo que no se preocupa mucho de la moral pública, crea poco á poco, pero con toda seguridad entre sus súbditos la fé en el predominio natural de la fuerza, en la utilidad de las conspiraciones bien concertadas, en la conveniencia de la cobardía, donde ya no osa el hombre ponerse en guardia ante amenazas criminales y prefiere comprar su propia seguridad mediante un tributo al malhechor, todo lo cual es efecto de haberse perdido la confianza en el poder y buena voluntad del gobierno. En esos instantes, muchos se echan cuenta de que es preferible pagar periódicamente un tributo á las bandas de ladrones. Bajo tales circunstancias, cooperar á la impunidad del criminal parece mejor para la propia seguridad que ayudar á la acción de la justicia, donde se advierte además la consecuencia probable de que alcance el puñal ó la navaja del vengador al que le entregó, al testigo y hasta al juez y al jurado.

Es difícil formarse una idea justa del estado á que han llevado Nápoles y Sicilia las dos sociedades criminales de la *Camorra* y la *Maffia* en unión con compañías permanentes de bandidos, después del imperio de los Borbones; *asaltos* en que anualmente muere un número dado de soldados y funcionarios, víctimas de su deber, sin que nunca pueda saberse de dónde partió la bala mortífera; *secuestros*, en donde se vende á alto precio el rescate del prisionero; *intimidaciones* por medio de cartas amenazadoras á los propietarios; *robos* hábilmente urdidos y fraguados en concierto con los habitados de la casa; constantes amenazas á la vida de aquellos que intentan impedir el cumplimiento de un crimen fraguado; el sistema de los *auxiliares* pagos del crimen, la disposición fa-

vorable de los no escrupulosos y los débiles á tener parte en el botin del más fuerte; *corrupcion* ó intimidacion á los que están apercebidos, á los testigos y hasta á los mismos perjudicados; *absoluciones* en el Jurado aún de aquellos delincuentes cuyos crímenes se hicieron en medio de la calle, á la luz del dia y ante la presencia de numerosos testigos. El temor universal de ser asesinado no produce ya horror y ódio al asesino; antes al contrario, le proporciona asistencia y adulacion.

Las experiencias en Nápoles y Sicilia muestran que los motivos, que al fin vienen á producir por último resultado la destruccion voluntaria de la vida de un hombre, y que así mismo el robo homicida en su forma más peligrosa, es decir, en la del bandolerismo organizado, no están influidos en manera alguna por la preocupacion de la naturaleza y crueldad de la pena.

En toda Italia, exceptuando á Toscana, existe la pena capital para los delitos mayores. Las variaciones, sin embargo, de la cifra de estos crímenes en relacion con el número de habitantes es inmensamente grande. Mientras en Lombardía solo por cada 446.744 habitantes se ha cometido un homicidio en 1873, lo tenemos en Toscana por cada 18.794, en Nápoles por 4.692 y en Sicilia por 3.194. Una proporcion semejante se advierte con las heridas, en las cuales se revela de un modo complejo un ataque frustrado á la vida de otro. La proporcion en Nápoles está por cada 469 habitantes, en Sicilia por 544, en Toscana por 1.458 y en Lombardía por 1.894. El bandolerismo en Sicilia es cuatro veces mayor que en Toscana, diez que en Venecia y así lo mismo en lo que se refiere á la seguridad de la propiedad, viéndose siempre en proporciones verdaderamente favorables los territorios que estuvieron más tiempo bajo la dominacion austriaca.

El exámen de los motivos conducentes al homicidio muestra que no debe establecerse respecto á su origen un órden doble. O son *principalmente individuales*, en el sentido de que el homicida por su particular modo de ser intelectual, espiritual ó corporal, estaba más predispuesto á seguir las excitaciones criminales que á otros impulsos; ó *principalmente sociales*, en el sentido que el agente participa en alto grado de los errores, preocupaciones ó pasiones del pueblo en que vive.

Sin duda alguna es más peligroso para la seguridad pública el grupo de homicidios en que tiene parte la complicidad social del fanatismo, de la supersticion ó de las opiniones políticas, en donde necesariamente aparece menor, bajo el punto de vista moral, la responsabilidad del individuo. Y al contra-

rio, se podrá decir muy bien que debe considerarse como una muestra de cultura moral más elevada en ciertos pueblos, cuando los crímenes graves proceden exclusiva ó principalmente de motivos meramente individuales.

Sirviéndonos así de este criterio y estableciendo una comparación entre el estado del derecho en Italia y en Alemania, estaríamos autorizados para decir que nuestra cultura alemana es superior bajo el aspecto moral á la italiana, porque el robo y el asesinato no se practican por bandas de sociedades criminales, sino que son siempre, salvo excepciones muy raras y de poca importancia, la obra del individuo. Ciertamente que no se puede señalar una línea precisa de demarcación entre los motivos individuales y los sociales de homicidio: la falta de educación ó el grado de retraso que en un gran número de homicidas estaba, por decirlo así, predeterminado, no permiten fijar exactamente las partes determinadas de culpabilidad. Es posible que las disposiciones concernientes á la enseñanza en ciertos Estados sean inferiores á la más modesta exigencia; pero no es tampoco ménos posible que la familia del criminal olvide su deber ante las ventajas que la instrucción la ofrece y hasta que favorezca sus inclinaciones al crimen, ó por último, que el agente en virtud de la fuerza particular de predisposiciones innatas se resista completamente á todas las activas influencias de la educación. En los Estados donde la enseñanza es obligatoria, la falta ó la existencia de cierta cultura serán considerados como momentos de la inclinación individual, y en aquellos al contrario, en donde todavía no existe la instrucción pública, como un factor social de los fenómenos criminales.

Una estadística buena y sistemática de los homicidios y de otros crímenes más graves debería hacer evidente esta derivación de los motivos de la personalidad del agente y de la sociedad que le rodea. Entónces podría saberse si deben aplicarse ó no medios de prevención que garantizaran la defensa del derecho ante los estímulos *sociales* codeterminantes. Porque los motivos puramente individuales, así se escapan á la prevision, como á la prevención fuera de las formas del magisterio jurídico de la tutela, ó de la legislación alienista, en donde deben hallarse prescripciones que mantengan en seguridad, áun en casos de absolución judicial, á irresponsables cuyo peligro es evidente.

Está en la naturaleza de las cosas que también los motivos puramente individuales de homicidio se reproduzcan con cierta regularidad todos los años en las listas estadísticas. Sería erróneo, empero, considerar lo *accidental* como un

efecto legítimo y necesario de causas determinadas, porque se manifiesta una igualdad aproximada en las proporciones de los números. La misma distinción en la pena, entre asesinato cumplido y el intentado, se funda principalmente en circunstancias por completo accidentales de éxito ó de fracaso. Del mismo modo que no puede llamarse *ley natural* el que en una gran ciudad comercial, á pesar de todas las medidas de policía, ocurra sobre poco más ó menos el mismo número de desgracias á consecuencia de atropellos, caídas de andamios y demás, así tampoco pueden atribuirse los homicidios por motivos individuales, á una ley de la vida humana.

Puede más bien el historiador de la cultura sacar bastante provecho de la observación que la cifra de las proporciones de ciertos grupos de motivos individuales con otros no son siempre las mismas en distintos pueblos, y que, al contrario, presentan diferencias muy notables. En un pueblo ocurren comparativamente con más frecuencia homicidios por venganza que por codicia; en otro los extravíos sensuales entran en mayor proporción en los hechos criminales. Pero esta observación solo prueba lo que de suyo claramente se comprende, á saber: que los individuos asumen cierta parte, aunque indeterminada, de las inclinaciones, errores y naturaleza especial de su pueblo.

En la estadística francesa de 1871, publicada en 1873, se distinguen en la realización de crímenes de homicidio treinta motivos diferentes y causas ocasionales, y se citan además algunos casos en los cuales no fué posible averiguar el motivo íntimo, en donde acaso se pudiera creer que algunos hombres, al cometer el homicidio, no sabían perfectamente el fin de su acción. Según un cálculo particular que he ensayado en la mencionada estadística francesa, los homicidios por motivos económicos están, á los cometidos por motivos sensuales, en la misma proporción que 2 á 1, es decir; como 70 á 35, mientras que los que lo han sido por ódios y venganzas suben á 132, entre los cuales hay que contar 19 por motivos políticos. Estas cifras demuestran como verosímil, que en Francia los motivos de homicidio están menos determinados por la influencia de factores sociales que en algunos países de Italia, pero mucho más que en Alemania, donde hasta hoy no ha sido posible tener una cifra aproximada é igualmente grande de homicidios por motivos de ódio político ó nacional. Es cosa clara, aún para el observador superficial, que el ódio nacional en los franceses y españoles á un enemigo real ó ficticio es mayor que en los alemanes. De aquí no se deduce seguramente que en otras cir-

cunstances no puedan producirse en Alemania esos mismos fenómenos. Los odios de partidos políticos y sus excesos están antes fundados en las evoluciones históricas de los pueblos que en la predisposición natural.

Por lo demás, la estadística muestra que los motivos más frecuentes de *asesinato* lo son también de homicidio, y que determinan al uno ó al otro, según su influencia en la voluntad del agente es más ó menos rápida. Naturalmente sucede que, por motivos económicos, se comete menos veces el homicidio simple que el premeditado, porque al tratarse de cuestiones económicas se miden más detenidamente las consecuencias de la acción que en las relaciones sexuales.

Esto explica por qué el homicidio simple por excitación sexual, ocurre con más frecuencia y por qué presenta una proporción numérica diversa. Con el homicidio por razones económicas está en la proporción de 25 á 22. Por otra parte, hay razón que sobra para suponer que las pasiones políticas, nacionales y religiosas conducen más bien al homicidio simple que al asesinato. Se encuentran 44 casos en que el odio tomó esta forma, al lado de 197 en los que no influyó para nada en el homicida la venganza política. El homicidio simple y el asesinato se hallan en esta relación:

Respecto á impulsos económicos, como 70 á 22.

Respecto á estímulos sensuales, como 35 á 25.

Respecto á motivos de odio y venganza, como 132 á 241.

La psicología del homicidio se refleja de cierto modo hasta en los medios de ejecución. Aunque no puede negarse un instante la posibilidad de que en una vehemente excitación de ánimo emplee el homicida un veneno que él no tenía anteriormente dispuesto, sin embargo, siempre se ha considerado el envenenamiento como un homicidio premeditado de cierta índole artera que causa la mayor repulsión, y hasta era castigado antiguamente con las penas más duras, á causa de la complicidad que ordinariamente envuelve del delito de traición. La estadística francesa de 1871 solo señala 13 envenenamientos, y considerando la facilidad con que se dispone de ciertos venenos, del fósforo, por ejemplo, es preciso reconocer que es un número muy pequeño. Las *armas de fuego* sirven casi en la misma medida para la ejecución del asesinato (134 casos) y del homicidio simple (141 casos). De aquí puede deducirse que se protegería mucho más la vida, sobre todo en las grandes ciudades, con leyes oportunas que impidieran el porte de armas fáciles de ocultar, como el revólver. Casi la misma cosa ocurre con el uso de las *armas blancas*, habiendo sido empleadas en Francia, según la estadística de

que me sirvo, doce veces en asesinatos y diez en homicidios simples. En cambio se observa una diferencia muy notable entre el uso del puñal y del cuchillo, los cuales han sido aplicados en 33 asesinatos y 84 homicidios simples. La herida del cuchillo puede ser así considerada casi como señal característica de los homicidios simples cometidos por sobreexcitación de las pasiones; tiene su principal papel, sobre todo en las riñas nocturnas, en las pendencias domésticas, en los ódios repentinos que crean ofensas reales ó imaginarias, y por la frecuencia siempre mayor de su uso, debia castigarse hasta la amenaza hecha con un cuchillo. En la mayor ó menor aplicación de determinados instrumentos de homicidio se refleja también la cultura de un pueblo. La mayor propagación de un arma de fuego más costosa y la mayor frecuencia de su uso, son signos de un bienestar superior de los habitantes ó de una organización regularizada de criminales. El uso en Italia del arma de fuego en los homicidios es bastante menor al de otros instrumentos. Según las estadísticas oficiales más recientes, se emplearon armas de fuego 707 veces, el puñal y el estoque 784, y el cuchillo destinado á usos domésticos 475.

Sucede no pocas veces que al lado de los medios ordinarios de homicidio ó de los asesinatos, se encuentran métodos nuevos de destrucción empleados é inventados por espíritus imaginarios, y que una vez que han sido propalados por la prensa hallan imitadores. Pero en general se observa siempre en los medios de homicidio la misma uniformidad que en los motivos criminales.

Como las experiencias en materia penal muestran que el homicidio simple y el asesinato premeditado, aunque en diferente proporción numérica, están siempre determinados por las mismas excitaciones y por los mismos estímulos exteriores, no es posible eludir la cuestión de si en lo que toca á la inmoralidad de la acción debe considerarse necesaria ó justificada una gradación de la pena entre la vida y la muerte.

La mayor parte de los moralistas se hacen un concepto completamente falso de la diferencia entre el asesinato premeditado y el homicidio simple (*Mord und Todtschlag*). No es en manera alguna tan grande como hasta hoy se ha creído. Con seguridad solo puede encontrarse en los modelos legislativos vigentes, en el número menor de casos, y desaparece tan pronto como se advierte la muerte premeditada de un hombre á impulsos del ódio, la venganza ó de la pasión sexual.

¿Puede realmente decirse del supuesto asesino, el cual, en una exaltación de espíritu más duradera, mata á un hombre

reflexionando los medios, que obra con más ignominia é inmoralidad que el homicida simple que al instante ejecuta el hecho (1)? Puede muy bien que suceda precisamente lo contrario. Mientras que en el homicida simple puede pensarse que existe un ínfimo aprecio de la vida, porque se ha dejado arrebatado por un motivo harto insignificante, sucede en otros homicidas, en los llamados asesinos, que rechazaron enérgicamente el primer pensamiento de homicidio que les asaltó, considerándole como grave ofensa á su sentimiento del honor, y que solo despues de una viva lucha con sus pasiones han ido poco á poco debilitándose, moralmente y cediendo á las repetidas instancias de excitaciones siempre mayores, hasta sucumbir, por último, al demonio del delito, contra el cual habian combatido largo tiempo.

En un número no insignificante de asesinos, el estadio de la premeditacion (*que merece la pena de muerte*) es precisamente el período en que los últimos esfuerzos de la naturaleza moral intentan una resistencia infructuosa al ímpetu superior de los estímulos criminales, cosa que no tiene lugar en el homicida simple. Solo en los asesinatos cometidos por motivos codiciosos se puede sostener desde el punto de vista moral y psicológico, la mayor perversidad en general del asesino, y de ninguna manera en los homicidios que proceden de profundos afectos que dominan al individuo, por más que se hayan cometido con la llamada premeditacion.

Yo me atrevo así á sostener la afirmacion aparentemente paradójica, que siempre que en una suma que se mantiene igual de homicidios voluntarios, la cifra de los homicidios simple sea menor y mayor la de los premeditados, y no se encuentran muertes cometidas por codicia, es preciso admitir que se ha verificado un progreso en la cultura. Porque el aumento de los homicidios premeditados en perjuicio de los simples, significa que las fuerzas morales de resistencia se han puesto ya en accion contra la preponderancia salvaje de los primeros impulsos de la pasion. La misma reflexion sobre los medios del crimen y sobre sus consecuencias, circunstancias que en la actualidad le dán mayor gravedad, considerada bajo el punto de vista de la cultura, influye en muchos casos que no pueden apercibirse en la estadística de un modo eficaz, aunque negativo, pues sirve de obstáculo al homicidio simple, que probablemente hubiera tenido lugar sin su intervencion.

(1) La diferencia de sentido en los sustantivos alemanes: *Moerder* y *Todtschlaeger*, es la que en castellano existe en los verbos *asesinar* y *matar*.

(N. del T.)

De la estadística prusiana resulta que en los veinte años anteriores á 1873 el asesinato permanece casi en su mismo número y que el homicidio simple disminuye algo. Considerando que la suma total de homicidios voluntarios no ha aumentado en detrimento de la seguridad pública, el hecho apuntado debería tenerse como favorable si precisamente no se hubiera manifestado de parte de las ofensas graves corporales un nuevo signo de grosero apasionamiento.

Un error bastante generalizado también en la teoría del derecho es suponer que el homicida simple se distingue del asesino por el aspecto moral, en que después de realizar el crimen se ve acometido por un sentimiento más profundo de arrepentimiento. Primeramente se puede hacer la objeción que en los establecimientos penales no se ha observado diferencia alguna de conducta entre asesinos y homicidas. Si poseyéramos un cuadro estadístico de las denuncias hechas voluntariamente por los mismos delincuentes, probablemente se vería que no estaban en proporción menor los asesinatos á los otros grupos de delito más inmediatos. Esta suposición se ve justificada en los datos de la estadística prusiana, en donde está consignada la frecuencia de las confesiones en las causas penales sometidas al jurado. Mientras la trigésima parte de los acusados de asesinato en 1871 y la cuadrigésima en 1872 terminaron confesando su delito, *faltan absolutamente las confesiones entre los homicidas simples de los mismos años*. En 1873 la proporción fué casi igual, en cuanto que la vigésima cuarta parte de acusados de homicidio y la vigésima quinta de asesinato confesaron su acusación. No debe olvidarse que se ofrece al homicida simple la cómoda coyuntura de decir que fué solo su propósito herir en el cuerpo á la víctima, pero de ninguna suerte matarle.

Es también muy digno de tenerse en cuenta la importancia psicológica de la edad de los acusados de asesinato y de homicidio simple. La estadística prusiana nos suministra datos que parecen contradecir las opiniones generalmente admitidas. Entre los menores de 18 años tuvo lugar en 1872 un asesinato, y en cambio desde 1871 hasta 1873 no ocurrió un solo homicidio simple. En la clase inmediata de acusados de 18 á 24 años de edad casi es tres veces mayor el número de asesinos que de homicidas. De esto resulta que en la edad en que las fuerzas están en su plenitud y que son más vivas las excitaciones de la naturaleza, va unida la premeditación en los homicidios de cierta manera química é inseparable á los afectos. Por otra parte, se ve también que la falta de

premeditacion no es siempre signo de mayor perfeccion moral, y ántes al contrario, prueba de degradacion más completa y testimonio de verdadera debilidad espiritual. Y desaparece toda clase de dudas cuando se examina lo que sucede en los grupos de edades en que comienzan á extinguirse, ó lo están por completo, las fuerzas físicas y espirituales. La proporción entre los acusados de homicidio simple de 40 á 60 años de edad con todos los acusados del mismo crimen, es de 24,2 por 100, mientras que la de los de asesinato es solo de 23,1. En los dos últimos años de 1872 y 1871 la diferencia era todavía mayor. En 1871 están los mayores de 60 años en el 9 por 100; en 1872 en el 2,3, y en 1873 en el 6,4 por 100 de los homicidios simples, y por el contrario, faltan por completo los asesinos en 1871 y 1873, y están en 1872 solo en la proporción del 2,3 por 100. Es tambien digno de notarse el hecho, hasta hoy no bien apreciado, que la edad senil se inclina mejor al homicidio simple, á causa de la debilidad vital, que al asesinato premeditado.

Observaciones más profundas de los elementos psicológicos del homicidio conducirán probablemente á un doble resultado. Primeramente á que se trabaje para que la diferencia establecida en los Estados continentales de Europa entre las muertes con y sin premeditacion se suprima y sustituya con otra graduacion de la pena: tanto más urgente cuanto que ya en la actualidad, las absoluciones ó condenas de los jurados están poderosamente dominadas del involuntario influjo que ejerce en el juicio la mayor ó menor moralidad del acto, de lo que nos ofrece una prueba muy notable la práctica en Francia de las causas atenuantes. En *segundo lugar* se alcanzará la conviccion de que la pena de muerte, como *única* pena de amenaza á todos los hoy llamados casos de asesinato, es injusta y además impotente para la mejor seguridad de la vida humana. Esta última afirmacion se demuestra, en parte, con datos estadísticos, y en parte tambien, con razones psicológicas. En lo que toca á la estadística, se observa que en Inglaterra, Francia y Prusia no influyen para nada en la cifra de homicidios la frecuencia ó rareza de los indultos, y que por consiguiente, será justo deducir de la ineficacia de la ejecucion de la pena, la ineficacia de la amenaza, si no mostraran además nuevos hechos que la abolicion de la pena de muerte *en paises que gozan de procedimientos seguros y de convenientes establecimientos penales* no ha sido proseguida de un aumento verdadero de homicidios premeditados.

Si se ponen los motivos que con más frecuencia impulsan al asesino en frente de los propósitos del legislador, ¿se po-

drá acaso descubrir la reacción que ejerce la amenaza de la pena de muerte en los momentos de premeditación criminal contra la ejecución del hecho? Para conseguir esto se ha partido generalmente hasta hoy de dos errores. Unos han puesto en íntima relación, en la psicología criminal, el estado volitivo del que medita el crimen con el momento decisivo de una pena inmediata que se le presenta, y le han supuesto ante semejante impresión dominado por el miedo. Otros miden la imaginación de las clases criminales con los sentimientos que provoca la amenaza de la pena de muerte en los hombres cultos. Pero toda la cuestión estriba realmente en observar con exactitud la naturaleza peculiar, moral é intelectual de las clases criminales y estudiar además la manera como un individuo determinado, poco ántes de la ejecución del crimen se ha conducido con la amenaza de la pena de muerte.

Sobre la conducta de los asesinos con las amenazas de la ley, la experiencia muestra que su estado animico suele manifestarse en tres momentos esencialmente distintos. Unos son impulsados por la fiebre lenta ó vehemente de las pasiones, á buscar los medios de concluir con el objeto que odian. Su interés mayor consiste en realizar con toda seguridad y fortuna el hecho. No se cuidan así de salvarse de la pena, y únicamente piensan en evitar á su víctima toda salvación posible. El pensamiento de la pena que ha de seguir al hecho—si se les presenta—es tan secundario que los asesinos de esta especie realizan su plan criminal ante testigos y con plena evidencia de su inevitable comprobación. Ordinariamente se encuentran dentro de este grupo criminales en que, á la idea de asesinato, acompaña siempre la de suicidio, y donde por consecuencia es inútil hablar de la intimidación de la pena de muerte. La mayor parte de las veces se encuentra en ellos naturalezas apasionadas, que de las condiciones más ordenadas de vida han sido arrastrados por los celos, el fanatismo ó el ódio al crimen del homicidio.

Los comprendidos en un segundo grupo son los de naturaleza totalmente degradada y baja que han ido descendiendo poco á poco en la pendiente del vicio y del crimen y llegan al fin á tal punto, que les es por completo indiferente su suerte futura. Del ócio y concupiscencia llevados á la mendicidad, de la mendicidad á los pequeños hurtos, y por último, al hábito del robo, pierden al fin todo respeto á la ley y todo temor á la pena. Para satisfacer sus apetitos más inmediatos y sus necesidades sacrifican sin escrúpulo su bienestar físico. Así como no se preocupan de las consecuencias inevitables que en su salud han de tener sus vicios y de la disminución

de su vida, así tampoco se cuidan gran cosa de escapar á la amenaza de la ley. Este grado de crasa obtusidad é indiferencia se revela frecuentemente en que no está en proporcion la gravedad del crimen cometido con lo que el delincuente esperaba ganar. Esta clase de criminales están dispuestos por la suma más insignificante á matar á un hombre, si ven que por las circunstancias les es más *cómodo* el asesinato que el robo. Los errores que cometen los códigos penales modernos con esta clase de criminales consiste en que consumen sus fuerzas en constantes repeticiones de penas siempre ineficaces y en que no comprenden bien su mision de velar por la seguridad duradera en los casos de reincidencia.

Finalmente, existe un tercer grupo de homicidas que determinan minuciosamente todo el plan de ejecucion, sabiendo perfectamente las consecuencias de su crimen, y que ponen todo su cuidado en no ser descubiertos. Contemplan en el fondo la pena de muerte y la temen mientras no adquieren la confianza de que no van á ser descubiertos. Profundamente convencidos de que tienen en sus manos los medios de engañar á los agentes de seguridad y funcionarios de la justicia, llegan á persuadirse por largas reflexiones de que han de quedar impunes. La experiencia diaria nos dice que no pocos crímenes permanecen ocultos á pesar de los grandes esfuerzos de la policía. Si cada uno de los que desean cometer actualmente un homicidio se dijera que aun despues del descubrimiento del delito, habia de escapar probablemente á la *pena de muerte*, su cálculo estaria en completa conformidad con los datos de la estadística penal. En la clase de homicidas ingeniosos y que calculan sutilmente sus planes, la existencia de la pena de muerte aumenta y desenvuelve en ellos su energía criminal y les hace discurrir mejor los medios de realizar el crimen.

La ineficacia práctica de la pena de muerte en los motivos que impulsan al crimen, consiste tambien en que á causa del uso frecuente de los indultos, la aplicacion efectiva de la sentencia de muerte de un tribunal parece una probabilidad *lejána*, una rara excepcion, casi semejante á la posibilidad de la muerte natural, puesta siempre ante el espíritu de cada hombre.

Es una proposicion experimental muy antigua y que nunca ha de repetirse bastante, que la fuerza atemorizadora de la justicia penal no radica en el grado de una pena incierta, sino en la precision y seguridad de una pena adecuada. Una justicia penal insegura, provista de los castigos más crueles, ha prestado siempre el peor servicio á la seguridad pública. Mien-

tras todo ladrón sabe hoy, que en caso de descubrimiento apenas tiene ninguna probabilidad de ser absuelto, ni de hallar causas atenuantes, ni de ser agraciado, el delincuente por delitos de pasión puede consolarse de que en caso de grave lesión corporal ó de muerte, tiene muchas probabilidades de ser absuelto ó de ver su pena dulcificada.

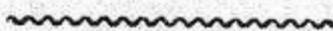
De 1.427 individuos acusados en 1873 de robo grave ante el Jurado prusiano, solo hay 70 absueltos en proporción diferente con las provincias particulares, que oscila entre 0 y 7,7 por 100 de acusados. Se observa, en cambio, que los acusados de haber cometido lesiones graves corporales cuyas consecuencias habian sido la muerte ú otros perjuicios, tienen una situación ventajosa, porque las absoluciones están en la proporción de 8,5 por 100 y de 33,3 por 100, y porque en general solo un número menor de los 373 condenados, á saber 93, sufrieron la pena correccional. Casi tan halagüena es la perspectiva que ofrece á los homicidas simples la estadística del Jurado prusiano. De 62 acusados en 1873, solo fueron condenados 42, y de estos solo 24 con pena correccional. En las provincias de Bradenburgo y Sajonia fueron absueltos la mitad de los acusados, en Hannover y en las provincias del Rin el 40 por 100. Esta indulgencia del Jurado, que en todas partes se advierte, no puede continuar sin influir psicológicamente en la sociedad. Mientras más nos vayamos acostumbrando al prejuicio de que todos los casos de homicidio simple deben juzgarse sin distinción alguna con mayor suavidad que la pena más leve aplicada al homicidio premeditado, más tambien se paraliza por una falsa pedagogia de jurisprudencia la fuerza moral de resistencia á las excitaciones de los estímulos criminales en aquellas clases donde mejor se desarrollan los instintos brutales y vehementes.

Por lo que se refiere á las acusaciones de homicidio premeditado, la proporción de las absoluciones oscila entre el 7,7 y 25 por 100 en Prusia, cuyo Jurado es seguramente mucho más rígido que los de los demás Estados alemanes. Pero es digno de notarse, que de 134 acusados, solo un número muy insignificante, 40 han sido juzgados reos de homicidio premeditado, mientras que 77 fueron considerados reos de homicidio simple, ó con causas atenuantes, ó solo de heridas graves. Así pues, está demostrado con la estadística, que en la inmensa mayoría de casos en los que el ministerio público sostiene una acusación de homicidio premeditado, el Jurado, bajo la presión de la pena de muerte, no encuentra aceptables las pruebas de premeditación. Por falta de datos exactos no se puede decir quién falsea la ley, si el ministerio público pi-

diendo la pena de muerte ó el Jurado negándola. No cabe, sin embargo, duda alguna, que es una grandísima inconveniencia que exista un criterio tan contrario en los crímenes más graves. El asesino más consumado que en sus reflexiones consulte la estadística deducirá lógicamente que la condenación por homicidio premeditado es una verdadera excepción. Y si logra un asesino astuto fingir (lo que acaso ya se ha hecho) en los momentos de ejecutar su crimen una excitación artificial, puede entónces decirse que la perspectiva de su absolución, es hasta brillante.

El que todavía cree poder influir psicológicamente en la premeditación de homicidios con la amenaza legal de la pena de muerte, desconoce por completo la naturaleza de los motivos criminales y la significación que tienen los números de la estadística penal. La diferencia actual entre asesinato y homicidio simple está, pues, muy léjos, en su relación con la pena de muerte, de aumentar la protección de la vida humana; ántes, al contrario, aumenta la inseguridad de nuestra jurisprudencia penal de un modo muy alarmante para los que con detención la estudian y examinan.

FRANZ VON HOLTZENDORFF.



CORRESPONDENCIA DE PARÍS.

PARÍS 15 DE ABRIL.

La política ha perjudicado á la literatura en las semanas que acaban de pasar. Fijábase la atención de todos en las elecciones generales, que constituían en efecto la principal cuestión para Francia. Tratábase de saber si el país pondría término por medio de una mayoría republicana á este período de vicisitudes parlamentarias y de incertidumbre que ha durado aquí cuatro años. Sabéis cual ha sido la respuesta del país. Hoy que ya se considera fundada la república, reina en los espíritus una gran tranquilidad; el arte y la literatura así como la prosperidad de los negocios, no tardarán en recoger el fruto.

El primer resultado de las elecciones ha sido el levantamiento del estado de sitio en aquellos departamentos en que la Asamblea que ha espirado ya, había cuidado de conservarlo. Dispensad que os hable del estado del sitio; pronto vereis que la política tiene consecuencias literarias. No me refiero á los libros que se publicarán próximamente y que hubieran temido afrontar la arbitrariedad propia del estado de sitio. Este servía sobre todo contra la prensa y para utilizarlo contra ella se había mantenido. Gracias á él, impedíase que nacieran periódicos nuevos, pues se necesitaba una autorización que era rehusada invariablemente por la administración. Desde que se levantó el estado de sitio, hemos sido inundados por periódicos nuevos de cinco, diez y quince céntimos. Todos los días se anuncian periódicos nuevos. Hasta la fecha el que más ruido hace se titula *Los derechos del hombre*, y su más importante colaborador es cierto X; anónimo bajo el cual todos saben que se oculta Enrique Rochefort, el célebre autor de *La linterna*. No ignorais que habiendo sido condenado por su participación en la *Commune*, no tiene Rochefort el derecho de publicar nada en Francia con su nombre. Ni necesito deciros que *Los derechos del hombre* defiende la política más avanzada. Se saborea como siempre el talento incisivo de Rochefort; no parece sin embargo que la política extrema tenga hoy en día muchos partidarios, aún entre la población de los arrabales. El partido republicano está resuelto, con muy contadas escepciones, á no comprometer con imprudencias el éxito de su causa, que está en tan buen camino.

No todas las flores de un árbol que se abren en la primavera dan frutos, é imagino que más de uno de los periódicos que están apareciendo estos días

están destinados á perecer en esos grandes hielos que llamamos carencia de suscritores. No dudeis, sin embargo, que surgirán algunos diarios duraderos, diarios serios y bien hechos; por eso vuestro corresponsal literario tenia el deber de señalaros el suceso del levantamiento del estado de sitio. Francia va á hacer ahora el experimento de la libertad de imprenta; el buen éxito de este experimento depende de la opinion pública más que de las leyes y los tribunales.

En materia de libros, pocos libros serios tengo que recomendaros esta vez. Publíquense los libros serios al entrar el invierno. Se cuenta entónces con las largas noches, con la lluvia que obliga á quedarse en casa, con la severidad de la estacion que inspira á todos los espíritus no sé qué gravedad. Los libros de vasta doctrina no son á propósito para el verano: el sol claro les perjudica, y en un hermoso dia de la primavera, expondríase sin duda el lector á tener muchas distracciones. Siempre que al aproximarse las Pascuas se ofrece algun considerable tomo á los editores, no pueden ménos de contestar: dejémoslo, si os parece, para el próximo Octubre. Lo que tiene probabilidades de alcanzar un buen éxito en el momento del año en que ahora estamos, son las novelas y los versos: las novelas sobre todo, porque si bien hay siempre en Francia gentes que hacen versos, casi no hay ya, desgraciadamente, poetas entre nosotros.

Me es dado citaros, entre varias novelas que pueden pasar, una novela notable. Su autor es Mr. Emile Zola; y se titula: *Son excellence Eugène Rougon*. ¿Se empieza á conocer en España á Mr. Emile Zola? Hay paises extranjeros, como Rusia, por ejemplo, en que es ya tan conocido como en Francia. Es un hombre próximo á los cuarenta, y cuyos comienzos, que se verificaron doce años há, fueron apreciados. Acercábase á su término el imperio, cuando, despues de varias tentativas más ó ménos simpáticas, pero todas interesantes, emprendió el autor de quien tratamos la série de novelas que, segun parece, han de ser la gran ocupacion de su vida: la série de los *Rougon Macquart*. Conoceis, sin duda, la empresa de Balzac, creando una sociedad de personajes, de los cuales cada uno es alternativamente el personaje principal de una novela y el personaje episódico de todas las otras, de tal suerte, que el lector se acostumbra á encontrar todos los personajes, á seguirlos como si se tratara de personas de la vida real, y halla en las obras del escritor lo que el título le anunció: una verdadera *comedia humana*. Mr. Zola ha tenido una idea que, sin tener el mismo valor, es, sin embargo, bastante análoga. Se ha propuesto escribir la historia de una familia en el segundo imperio. Ha escogido, por supuesto, una familia bastante numerosa para que sus diversos miembros puedan ofrecerle tantos objetos de estudio como á sus designios convenga. Es familia abundante en tios, en hermanos, en primos, sobre todo, esa familia de los *Rougon-Macquart*. Hay individuos de ella en todas las clases sociales, y casi en todos los rincones de Francia; en una palabra, no es otra cosa, como comprendéis, que un marco cómodo que permite al autor hacer un cuadro completo de la sociedad francesa en la época del segundo imperio. Cada novela forma un todo y puede leerse separadamente: juntas forman, sin embargo, un conjunto y están relacionadas entre sí.

Cinco de las novelas de la série se habian publicado ya: *La fortune des Rougons*, *La Curée*, *Le Ventre de Paris*, *La Conquete de Plassans*, *La faute de l'abbé Mouret*; *Son excellence Eugène Rougon*, que acaba de publicarse, es la sexta: otras muchas seguirán tal vez. A medida que avanza el autor, parece que se fortifica su talento. Tres ediciones de *Son excellence Eugene Rougon* acaba de arrebatarse el público en pocos dias. Eugenio Rougon, acaso es innecesario decirlo, es Mr. Eugene Rouher, el famoso ministro de Estado de Napoleon III; el autor se ha contentado con disfrazar un poco el nombre. No creais, sin embargo, que es ese libro una sátira personal contra Mr. Rouher. Mr. Zola ha querido pintar en su obra el régimen imperial, la sociedad del tiempo de Napoleon III, más bien que tal ó cual personaje. Si se ha servido con desenfado de ciertos nombres, si ha puesto en escena la córte de las Tullerías, de Saint-Cloud ó de Compiègne, si ha hecho figurar en su libro al emperador y hasta á su perro favorito Neron, no es ménos cierto que cuida de advertir á cada instante por medio de personajes fantásticos y de incidentes imaginarios, que se buscarian inútilmente en la realidad las aventuras que refiere, que no ha intentado un trabajo de historiador, sino un trabajo de novelista. Así es que el libro no ha dado lugar á que griten mucho los partidarios mismos del imperio, y que Mr. Zola no debe al escándalo, sino á su talento, el éxito que acaba de alcanzar.

Lo debe el autor, en primer lugar, á su estilo. No escribe siempre muy correctamente ni muy bien; pero escribe con vigor, con viveza, con ímpetu. Tiene un estilo propio, y sabe sacarle poderosos efectos. Su talento descriptivo es extraordinario: aún despues de las descripciones de tantos escritores de nuestro siglo, las suyas llaman la atencion, aunque á menudo son muy largas. *La Curée* y *Le Ventre de Paris* ofrecen muy bellos modelos en este género. Ciertos trozos del nuevo libro de Mr. Zola, la descripcion del bautismo del príncipe imperial, por ejemplo, son tal vez más asombrosos por su facilidad y composicion. No creo que puede expresarse mejor una sensacion.

La expresion de la sensacion: esto sobre todo, es extraordinario en Mr. Zola; esa frase basta para resumir el carácter de su talento. Curioso ejemplo seria, para apreciar las trasformaciones que puede sufrir una literatura, coger un tomo de uno de nuestros clásicos del siglo XVII y hasta del siglo XVIII, una tragedia de Corneille, ó una novela de Voltaire ó de Rousseau, y despues de haber vuelto á leerlas, abrir uno de los libros de Mr. Zola. Mr. Zola es el último y el más completo representante de esa escuela, que podemos llamar fisiológica; escuela cuya aparicion ha visto nuestro siglo, escuela que pretende explicar por el temperamento, la sangre, los nérvios, el juego de los órganos físicos, todo lo que hasta hoy se habia explicado por los movimientos del alma y la accion de los sentimientos.

Honorato de Balzac fué quien empezó esta evolucion de la literatura: despues de Balzac han venido discípulos que sobrepujaron al maestro: el más ilustre fué en un principio Mr. Gustave Flaubert, en su novela *Madame Bovary*. Han venido despues los hermanos Goncourt, que han dado al género mayor estension y singular desarrollo. Mr. Alexandre Dumas, hijo, vino á su

vez; el Alexandre Dumas de *L'affaire Clemenceau* de *La visite des noces* y de *La femme de Claude* se ha lanzado en lo más comprometido de la lucha con su pasión y violencia acostumbradas. Mr. Emile Zola ha ido más lejos que todos esos señores. Ha reunido en la sangre de los Rougon-Macquart cierto número de elementos fisiológicos que ha cuidado de analizar casi químicamente en el primer tomo de la série. De esta mezcla hace salir de un modo fatal los diversos temperamentos que nos muestra y que empujan á cada uno de los personajes hácia los extremos de tal ó cual vicio, pues el autor se complace, sobre todo, en la pintura de los vicios.

Entendida de este modo, aseméjase la novela á una vasta clínica de hospital, en que el novelista, pareciéndose á un profesor, disecciona los cadáveres con el escalpelo en la mano, y hace ver, por medio de la autopsia, las lesiones orgánicas que han ocasionado la muerte de cada enfermo. Si he de deciros toda mi opinion, creo que hay algo de brutal en esta manera de comprender la literatura, y no acierto á entender bien lo que gana el arte con esta sustitucion sistemática de los análisis morales que nuestros padres hacian, por esas disecciones fisiológicas. Estoy muy lejos, por otra parte, de convencerme siempre. Admito que el hombre es sér uno, y que lo físico obra incesantemente sobre lo moral, pero me inspira una gran desconfianza la fisiología de los literatos, y observo que los médicos que han estudiado más directamente la máquina humana, se muestran en esta materia mucho más circunspectos y reservados, bajo el punto de vista de las conclusiones, que nuestros modernos novelistas. —Después de todo, la novela fisiológica está en moda actualmente, y es preciso sacar la conclusion de que responde á una de las curiosidades, á una de las exigencias de la hora presente. Mr. Zola es uno de los maestros en este género, y nunca se distinguió tanto como en *Son Excellence Eugène Rougon*. El tiempo, que es un buen juez de las cosas humanas, se encargará, sin duda, de poner de relieve las exageraciones de ese sistema. No aconsejo á las mujeres delicadas que lean sus novelas, porque, tal vez, les repugnarian y les ofenderian, al ménos; los lectores, que no son tan susceptibles, las leerán con interés y quizá con provecho.

En los momentos en que se ha publicado la nueva obra de Mr. Zola, la librería Charpentier pone á la venta una nueva edicion de los libros de los hermanos Goncourt, de quienes precisamente acabo de hablar. ¡Cuántas cosas cambian en quince años! Recuerdo el escándalo que produjeron esas novelas cuando por vez primera se publicaron. Hoy en dia ya no asombran á nadie. Se habla de ellas sin indignacion y hasta sin pasión. Se las juzga como á las cosas que pertenecen á la historia: Se reconoce con imparcialidad lo bueno y lo malo; amigos y adversarios de antaño se hacen mútuas concesiones y están muy próximos á transigir. Lástima grande que estas novelas estén tan mal construidas y tengan tan insignificante enredo; lástima grande que estén escritas á menudo con pretencioso y refinado estilo; lástima grande que las enfermedades físicas y morales ocupen casi siempre tanto lugar. Se encuentran en ellas un talento poco comun para la observacion y el análisis, retratos en que reconocemos gran exactitud, descripciones escelentes. Los hermanos

Goncourt han aplicado sus flagelaciones á la necedad *burguesa* de ogaño con rasgos que no han perdido su mordacidad. La primera mitad de una de sus novelas, *Renée Mauperin*, es una verdadera obra maestra de ímpetu, de ingenio, de penetracion y han trazado en *Madame Gervaisais* un cuadro en que se nota una observacion muy delicada del alma de una mujer débil y enferma que es invadida por una devocion malsana.

Uno de los dos hermanos que firmaban todas estas obras, Jules de Goncourt, y que era literato y artista al mismo tiempo, murió algunos años há. El hermano mayor, Edmundo, es el que sobrevive. ¿A quién le corresponde en esta fraternal colaboracion la parte más importante? La crítica se ha hecho muchas veces esta pregunta. No faltan, y esto es natural, amigos, buenos amigos, como lo son de buen grado los literatos, segun los cuales el hombre distinguido era el hermano muerto, y la medianía el hermano que vive. No tardaremos en salir de dudas, porque Mr. Edmond de Goncourt escribe en estos momentos, él solo, una nuêva novela que se publicará de aquí á pocos meses; veremos entónces lo que el libro vale y si tiene el autor algo personal que decirnos ó ha querido tan solo rendir á su hermano un homenaje completo* y supremo mostrando cuánto perdió, perdiéndole.

A propósito de muertos: hé aquí dos libros de un muerto, de un muerto que los vivos no reemplazarán en mucho tiempo, de nuestro gran crítico Sainte-Beuve. Sainte-Beuve no se limitaba á escribir los *retratos* y las *Causeries du lundi* que elevaron tanto su renombre. Tenia todas las noches, de vuelta en su casa, la costumbre de escribir en grandes cuadernos, que recuerdo haber visto en otro tiempo, sus impresiones del dia, sus opiniones sobre los hombres y las cosas, sus pensamientos más íntimos, que á menudo no podian decirse en voz alta, aquellos que el filósofo llamaba „pensamientos de cabeza vuelta.“ (*Penseés de derriere la tete.*) A solas consigo mismo formulaba con toda libertad sus juicios sobre las personas. Estos juicios y estos pensamientos son los que dejó Sainte-Beuve al morir al último de sus secretarios, á Mr. Jules Troubat, para que los publicara en tiempo oportuno, es decir, á medida que las personas á quienes se refieren desaparecieran de la escena. ¡Ay de aquellos que mortificaron ó irritaron á Mr. Sainte-Beuve! Ha obrado de tal manera, que es el último que habla, y las verdades más ó ménos duras que quiere decir sobre ellos, no saldrán sino al dia siguiente de aquel en que ya no puedan contestar. ¡Ha tenido interés en poder lanzarles desde el fondo de la tumba la flecha del Partho! Siete años hace que Sainte-Beuve murió, y desde entónces un buen número de hombres pertenecientes á su generacion le han seguido ya; Saint Marc Girardin, Guizot, Remusat y otros muchos. Ha llegado el momento de publicar una primera série de las indiscreciones póstumas de Sainte-Beuve, y Mr. Troubat acaba de cumplir en calidad de fiel ejecutor testamentario lo que era dado cumplir de la suprema voluntad del difunto. El pequeño tomo que acaba de publicarse en casa del editor Lemerre, *Les Cahiers de Sainte-Beuve*, está lleno de observaciones picantes en que la malevolencia es tanto más temible cuanto que casi siempre pone el dedo en la llaga. Otros *cuadernos* han de seguir despues. Mr. Mignet, Mr. Thiers, Mr. Víctor Hugo,

no os deis prisa para morir; os espera vuestro paquete preparado por Sainte-Beuve para el día en que la tierra se habrá cerrado sobre vosotros. No entiendo que este procedimiento es heróico, y no es difícil que encuentre pocos admiradores en vuestra caballeresca España. El ódio de Sainte-Beuve tiene al ménos sobre otros muchos la superioridad de que al señalar con maligna satisfaccion los flacos de los hombres de talento, es demasiado inteligente para disputar su valor real.

Este mérito de las notas póstumas de Sainte-Beuve es tambien el de otro libro suyo, que el mismo Mr. Jules Troubat ha publicado en la librería Michel Levy. Es este libro la coleccion de las cartas literarias anónimas que allá por 1844 escribia desde París para una revista suiza. Nuestro corresponsal no puede estar muy orgulloso de sí mismo, cuando se compara con un corresponsal como Sainte-Beuve. ¡Qué bonitas anécdotas, qué felices ocurrencias, qué abundancia de observaciones ingeniosas, qué malicia tan discreta! Solo una cosa me disgusta en este tomo y en el anterior. A decir verdad, Sainte-Beuve es malo muy á menudo; cuando, por otra parte, se escriben ciertas cosas crueles sobre los contemporáneos, es preciso al ménos poner la firma al pié del escrito.

Sainte-Beuve se refugiaba de esta suerte detrás del anónimo para lanzar sus dardos envenenados, como se refugia en las notas póstumas detrás de su tumba. No son estos, ciertamente, rasgos de valor. Seguia mirando con buenos ojos, cuando los tenia delante, á contemporáneos que maltrataba cuando podia hacerlo á mansalva; este es un hecho grave. Sainte-Beuve seguirá siendo una inteligencia poderosa y perspicaz, una de las más eminentes del siglo; pero á los hombres honrados les costará siempre mucho trabajo perdonar al hombre su carencia de valor y esas puñaladas que daba siempre en la espalda.

El mes pasado os hablaba yo de la muerte de Mr. Patin, secretario perpétuo de la Academia francesa. Mr. Patin ha sido reemplazado, no como académico, sino como secretario perpétuo. 21 votos contra 7 han confiado ese puesto á Mr. Camille Doucet. Mr. Camille Doucet es autor de media docena de comedias en verso, que se han representado en el Odeon y en la Comedia francesa, y de las cuales no se elevó ninguna más alto que lo que en Francia llamamos un *succes d'estime*, es decir, un éxito que no da celos. Hablando con franqueza, Mr. Doucet es uno de nuestros académicos más medianos, y el público llega hasta á preguntarse por qué pertenece á la Academia. A decir verdad, no es su mérito el que le ha proporcionado ese honor, sino su posicion y su carácter. Mr. Doucet es uno de esos académicos de quienes era Villemain aficionado á decir que sus obras son lo único que contra ellos puede esgrimirse, añadiendo lo que sigue: „¡despues de todo es tan poca cosa!“ Mr. Doucet, empleado que fué de la lista civil en el reinado de Luis Felipe, supo hacer que su fortuna no se resintiera cuando vino el imperio; hasta logró acrecentarla. Gracias al favor del soberano, fué nombrado director general de los teatros, y tuvo ocasion de prestar entónces muchos servicios á todos los académicos que eran autores dramáticos, y bueno es añadir que los prestaba con sumo agrado. Mr. Doucet es el más

cortés y afable de los hombres; todos están de acuerdo en este punto. Le gusta hacer favores, y sabe hacerlos con cortesanía. Tantos servicios le hacían, sin duda, acreedor á una recompensa, y Mr. Doucet fué nombrado académico. No le ha parecido, sin duda, que eso bastaba, y habiendo quedado vacante el puesto de secretario perpétuo, ha pretendido llegar á ser secretario perpétuo. ¿Cómo es posible rehusar alguna cosa á un hombre tan amable? Y hé aquí á Mr. Doucet encargado de suceder á Mr. Villemain y á Mr. Patin, sin que nadie pueda decir los títulos que tiene para esta sucesion. Al ménos no ahuyentará á las señoras de las solemnidades académicas, no les hará citas en latin, y por cierto que las malas lenguas aseguran que tendrá para ello las más poderosas razones.

Poco espacio me he reservado para hablaros del teatro, y no tengo, en efecto, importantes noticias que daros. La mayor parte de los teatros siguen representando las obras que representaban ya el mes pasado. El Gymnase y Varietés han puesto en escena obras nuevas igualmente medianas y que han caído pronto en ese olvido en que acaban á la postre todas las obras dramáticas. Aquí y allá, algunas obritas han obtenido un éxito favorable: las dos mejores son el del *Verglas*, ingeniosa produccion de uno de nuestros pintores de género más popular, Mr. Vibert, en cuyos cuadros España le ha dado suerte más de una vez; el otro éxito es el de *Loulou*, obra en un acto debida á MM. Henri Miihac y Ludovie Halevy, los dos favoritos del público de París. Comedia y farsa á un tiempo, *Loulou* es, sin duda, una obra propia de Palais Royal, en que se ha representado. No intentaré un análisis que quitara á la obra toda su alegría. Es una historieta del *demi-monde*, cuya heroína se vé colocada entre cuatro enamorados que naturalmente engaña sin escepcion, y de los cuales cree cada uno que es el único á quien ama. Yo bien sé que estas heroínas son medianamente edificantes; confesad, sin embargo, que sus enamorados son medianamente simpáticos. Mucho se rie la gente en *Loulou*, y si algunas veces lo tosco y fácil excita la risa del espectador, es tambien á menudo el verdadero ingenio el que hace reir, así como la observacion sutil y la punzante sátira.

A tout seigneur, tout honneur; aunque la música no entre apenas en mis atribuciones, voy á terminar diciendo algunas palabras de nuestra *gran ópera*.

Al cabo hemos presenciado la primera representacion de una *gran ópera* nueva. El suceso es solemne, y no se habia visto muchos años há. Los directores de la ópera están tan acostumbrados á percibir pingües ganancias con *Don Juan*, *Roberto el diablo*, *Guillermo Tell*, *Los Hugonotes*, *La Hebrea* y otras obras maestras consagradas por el tiempo, que muestran poco entusiasmo para poner en escena obras nuevas que, despues de todo, pueden obtener un éxito desfavorable.

La nueva ópera es de Mr. Mermet, el autor de *Roland á Ronces-vaux*, y se titula *Jeanne d'Arc*. Mucho se hablaba de ella años hace. En 1873, estaban ensayando la obra y estaban hechas las decoraciones, cuando sobrevino el incendio del teatro de la calle Lepelletier; apenas lograron salvar del incendio algo más que la *partitura* de *Jeanne d'Arc*. Ganó en esto Mr. Mermet el honor de que su obra sea representada en el teatro de Mr. Garnier. Temo que

no haya ganado otra cosa. Si nos atenemos á las impresiones del auditorio de las dos primeras representaciones, no hubo nunca más completa desgracia para una obra, y hará época en los fastos del teatro. Ha sido escuchada hasta el fin con una resignacion paciente y cortés; la cortesía no ha podido ir más lejos.

Yo bien sé que una ópera nueva produce siempre alguna sorpresa; es preciso acostumbrarse á oirla para comprender los efectos de armonía y apreciar el valor de los detalles; pero esta vez los músicos de profesion son aún más severos que el público. Afirman que la costumbre no hará que se descubra algo, por la sencilla razon de que no hay nada. El asunto de *Jeanne d'Arc*, que á primera vista parece magnífico, no es en realidad un asunto dramático. No es posible mostrar en el desarrollo de ese asunto ninguna de las diversas pasiones que conmueven más profundamente al público; sólo el patriotismo está en accion, y cuando se han llenado ya con este sentimiento algunas escenas admirables que la historia suministra, se busca inútilmente los elementos diversos que se necesitan para obtener en el teatro un éxito duradero. Juana de Arco es tan pura y tan grande en la historia, que todo lo que se esfuerza en añadirle la imaginacion, parece muy luego miserable y ridículo.

¿Depende del asunto que Mr. Mermet, quien, á semejanza de Wagner, escribe á un tiempo el libreto y la música de sus óperas, haya fracasado ó depende más bien del autor? No quiero resolver el problema, y me limitaré á decir que el mal éxito de *Jeanne d'Arc* me parece doblemente lamentable para Mr. Mermet, en primer lugar, y luego para sus jóvenes colegas. No será fácil para ellos hacer que representen sus obras en los dias que corren. Cuando lleven una ópera á Mr. Halanzier, ya me parece oir que este les contesta: „Tal vez es Vd. hombre de génio, caballero; pero el mes pasado hice un experimento que me ha costado muy caro; en materia de novedades, solo quiero, por ahora, poner en escena *El profeta*.“

CHARLES BIGOT.

REVISTA CRÍTICA.

Anunciamos en nuestra última Revista que en esta nos ocuparíamos detenidamente de una colección de *Sonetos y Madrigales* del Sr. Martí-Folguera, y, á riesgo de pasar por informales, vamos á faltar á nuestra promesa. Conocíamos un volúmen de poesías publicado tiempo há por dicho señor, y pensábamos, por algunos vislumbres de inspiración que, á vuelta de gravísimos lunares, en él se notaban, que el Sr. Martí-Folguera había de colocarse muy en breve por cima del vulgo de los poetas; y al ver el nuevo libro del Sr. Martí, antojósenos que en él hallaríamos una confirmación de nuestras previsiones. Por desgracia no ha sido así: los *Sonetos y Madrigales* antes revelan decadencia que progreso, y si alguno hay entre ellos sentido, original y delicado, piérdese y queda oscurecido en medio de los restantes, vulgares casi siempre, rara vez correctos, y pocas inspirados. Si á esto se agrega el lamentable afán del señor Martí por introducir innovaciones métricas de muy mal efecto, será fácil comprender que nos asisten razones suficientes para faltar á lo prometido y dispensarnos de examinar con detenimiento un libro que habría de salir muy mal parado de nuestro exámen.

* * *

Entre los varios trabajos que acerca de la grave cuestión de los fueros de las Provincias Vascongadas han visto la luz estos días, merece mencionarse el folleto del Sr. D. Arturo Campion y Jayme-Bon, titulado *Consideraciones acerca de la cuestión foral y los carlistas en Navarra*. Redactado este folleto en enérgico y vigoroso estilo y destinado á defender decorosamente los fueros de Navarra (pues de los vascongados para nada se ocupa) merece atención especial, por lo razonado de sus apreciaciones, que deben tenerse muy en cuenta para resolver sin apasionamiento la cuestión gravísima de los fueros.

Después de sostener el Sr. Campion, apoyándose en citas y consideraciones históricas, que Navarra forma parte de la unidad española por su propia y libérrima voluntad, y mediante un pacto, y que, por tanto, sólo con su previo acuerdo pueden arrebatársela sus fueros—reducidos hoy á una especial organización administrativa y económica, que no rompe la unidad constitucional—afirma que la cuestión religiosa, y no los fueros, es la causa verdadera de la guerra civil, felizmente terminada, y que la supresión de los fueros únicamente perjudicaría en Navarra á los liberales, y de ningun modo al carlismo, que se recluta entre las clases inferiores, á las cuales aprovecha muy poco el régimen foral; todo lo cual sostiene el Sr. Campion con abundancia de razonamientos y con cierta mesura, que no impide en ocasiones la explosión enérgica del acentuado provincialismo del autor.

La parte del folleto, que pudiéramos llamar histórico-legal, entraña una cuestión gravísima que debe tenerse hoy en cuenta para el esclarecimiento del problema. La nacionalidad española es producto de la agregación de varias nacionalidades independientes, reunidas, ora por la conquista, ora por la espontánea voluntad de los que las constituían, y hay, por tanto, en sus orígenes algo que debe estimarse cuando se trata de consumar la unidad en el terreno de la legislación civil. Que una vez constituida la nacionalidad, á todos los españoles obligan por igual los deberes propios del ciudadano; que unos mismos derechos han de ser patrimonio de todos y una misma ley fundamental ha de reinar en toda la extensión de nuestro territorio, cosa es que por nadie puede desconocerse, y que tampoco desconoce el autor del folleto que nos ocupa. Por eso en la cuestión de fueros hay que distinguir dos elementos, á saber: el fuero que contraría abiertamente la unidad constitucional y establece entre los españoles una desigualdad injusta é irritante; esto es, la exención de pagar tributos y quintas, de que disfrutaban las Provincias Vasconas, pero no Navarra; y el fuero que, rompiendo la unidad legislativa, pero no la constitucional, y no perjudicando los derechos de nadie, pone á dichas provincias en posesión de un especial régimen administrativo y económico, de carácter eminentemente democrático, envidiado y celebrado con razón por todos los liberales, tanto de España como del extranjero.

Respecto del fuero, que consiste en no pagar tributos ni contribuir con soldados á la defensa de la patria, no es lícita la discusión siquiera. No hay consideración política que valga contra el cumplimiento de la unidad constitucional; no hay posible defensa de un privilegio absurdo que rompe la unidad nacional y establece irritantes desigualdades entre los ciudadanos; no hay derecho, sobre todo, para reclamar exención tan monstruosa á favor de pro-

vincias ingratas y rebeldes. El más exajerado cantonalista no se atrevería á erigir en doctrina absurdo semejante, y el país daría pruebas de no tener dignidad ni energía si consintiera en la continuacion de tan inícuo privilegio.

Pero cuando se trata de lo que propiamente se llama la organizacion foral, la cuestion varía de aspecto y las consideraciones históricas á que antes nos hemos referido deben ser atendidas antes de fallar. Que la voluntad de las provincias no ha de ser consultada cuando se trata de establecer la unidad constitucional, cosa es que no admite duda; pero tratándose de arrebatárlas un régimen liberal y democrático, consagrado por la tradicion y la costumbre, que á ningun derecho perjudica y que ningun privilegio odioso entraña, cosa es de pensar en si hay derecho, equidad y justicia en proceder contra sus libertades sin contar con su acuerdo, siendo ella nacion independiente, entrada en el cuerpo comun de la nacionalidad por su voluntad propia y no por la fuerza de las armas.

Que la unidad legislativa, con ser apetecible, no es tan importante como la constitucional, cosa es que no puede negarse. Que en España dista mucho de ser un hecho, tampoco se puede desconocer. Rígease aún nuestra patria en materia de derecho civil por leyes muy diversas: disfrutan algunas provincias de legislacion propia; gobiérganse aún nuestras posesiones de Ultramar por leyes especiales, y á nadie chocan ni sublevan tales diferencias, que rompen, empero, nuestra unidad legislativa; ¿por qué, pues, ensañarse solo contra el régimen democrático de las Provincias Vascas, más digno de ser convertido en derecho comun de los españoles, que de ser abolido como odioso privilegio ó inútil y perjudicial antigualla?

Dícese que á los fueros es debida la guerra carlista, y no se tiene en cuenta que la guerra ha ardido en multitud de provincias que no los poseen, y que las causas verdaderas de haberse sostenido tan encarnizadamente en las Provincias Vascas se debe al fanatismo religioso de sus habitantes, á la preponderancia omnímota que allí ejerce el clero y á las condiciones topográficas de aquel territorio. Añádese que la supresion absoluta de los fueros ha de decretarse como justo castigo de la rebelion, y no se tiene en cuenta que en tal caso no habrá castigo para Cataluña y el Maestrazgo, y lo habrá, en cambio, para los liberales defensores de Bilbao, San Sebastian, Hernani, Guetaria, Irún, Vitoria y otras poblaciones vascongadas, y no se advierte que la supresion del fuero es castigo para la parte bien acomodada de la poblacion vasca, es decir, para el elemento liberal, y no lo es para la bárbara plebe de los campos, que ha sido el nérvio de la guerra.

Buscar en el fuero la causa de la guerra civil es buscar en causas pequeñas

efectos grandes. La guerra carlista no ha sido foral, ni dinástica, ni española; ha sido religiosa y europea. No son los fueros, no ha sido D. Carlos el vencido en Estella, Vera y Peña-Plata; ha sido el ultramontanismo europeo que ha librado en España desesperado combate con la causa de la civilización y del progreso. Nuestras especiales condiciones; el fanatismo que aún nos domina; el influjo del clero en nuestro pueblo; la situación política que atravesábamos; las singulares condiciones topográficas de una parte de nuestro territorio; la favorable coincidencia que al ultramontanismo ofrecieron la guerra de Cuba y la anarquía federal; estas y otras causas que fuera prolijo enumerar suministraron á la causa ultramontana un excelente campo para librar combate, y España fué, por su desdicha, el teatro escogido para la lucha. Con fueros ó sin ellos hubiera sucedido lo mismo.

Abundando por estas razones en la mayor parte de las ideas del Sr. Campion, entendemos que la política sensata y racional en materia de fueros es restablecer inmediatamente la unidad constitucional, imponiendo á los vascos la obligación de contribuir á las cargas del Estado con hombres y dinero, y con respecto al régimen foral; proceder, de acuerdo con aquellas provincias, á introducir en él cuantas modificaciones sean necesarias para evitar ulteriores contingencias. Con esto, y con infiltrar el espíritu liberal en aquel país por todos los medios posibles, y con estirpar de raíz la influencia maléfica que allí ejerce un clero fanático, se conseguirá más que con adoptar medidas violentas dictadas por la pasión del momento, é inspiradas por cierto espíritu nivelador y autoritario, que tiene mucho de jacobino, y que debemos á una funesta herencia: al despotismo romano, que es y será por mucho tiempo la tendencia característica de los pueblos latinos, por mucho que de liberales y demócratas se precien.

* * *

Terminada en la sección de Ciencias Morales y Políticas del Ateneo la discusión sobre el positivismo, se ha puesto al debate el siguiente importante tema: *¿Son necesarios los partidos políticos? Caso de serlo, ¿á qué principios ha de someterse su organización?* No esperen nuestros lectores que nos ocupemos de estos debates; ausente el Sr. Azcárate y obligado, por tanto, el que suscribe á presidir las sesiones, faltariamos á los deberes de nuestro cargo si emitiésemos aquí nuestro juicio respecto á los discursos que allí se pronuncien. Otro de nuestros compañeros de redacción se encargará de este cometido.

En la sección de Literatura y Bellas Artes continúa la discusión pendiente,

habiendo hecho uso de la palabra los Sres. Vidart y Valera. Ingenioso como siempre el primero, sustentó soluciones muy semejantes á las defendidas en su notable Memoria por el Sr. Alcalá Galiano y defendió el realismo francés, al cual manifiesta excesiva afición. Discreto, erudito y amenísimo el Sr. Valera, combatió varias apreciaciones de la referida Memoria y se opuso á la intervencion del gobierno en la vida del teatro en un delicioso discurso, lleno de intencion y de gracejo, que cautivó al auditorio y fué recompensado con merecidos aplausos. El Sr. Valera no es orador; pero sus peroraciones son inimitables *causeries* que no pueden escucharse sin deleite y que á través de su apariencia ligera y festiva encierran no pocas veces provechosas enseñanzas, y siempre revelan las singulares dotes de crítico que adornan al distinguido autor de *Pepita Jimenez*.

* * *

La Exposicion de Bellas Artes es hoy el tema de todas las conversaciones en los círculos artísticos y literarios. La opinion está unánime en declarar que la Exposición es deplorable y revela un notable retroceso en comparacion con los certámenes anteriores. El retraimiento de los buenos autores explica, en cierto modo, esta decadencia; pero á nuestro juicio el mal es hondo y merece particular atencion.

Para los que siguen con interés el movimiento de las artes en España de algun tiempo acá, no es motivo de sorpresa lo que hoy sucede; que bien lo adivinaron á través de la apariencia de progreso y crecimiento que ofreció la pintura en reciente período. El éxito fabuloso de las obras de Fortuny, el desarrollo de lo que pudiera llamarse su escuela, la invasion del llamado *realismo* pictórico, todos los fenómenos, en suma, cuyas manifestaciones pudieron observarse en los mercados artísticos del extranjero, en los trabajos de nuestros pensionados en Roma, y de los pintores españoles residentes en París, en la pasada Exposicion nacional, y en la Exposicion permanente de la Platería de Martinez, eran otros tantos síntomas de una próxima y funesta decadencia, disimulada bajo el ropaje fastuoso de una prosperidad mentida.

¡Fenómeno singular! Dos causas opuestas han producido en el arte pictórico y en el dramático un mismo resultado. El realismo en la pintura y el romanticismo en el teatro han engendrado un mismo hijo, que bautizaremos (si se nos permite) con un nombre, tártaro sin duda, pero exacto: el *efectismo*. Realistas y románticos de comun acuerdo han declarado que el fin del arte es producir efecto, cueste lo que cueste; y para ello han apelado, los primeros á

fotografiar la realidad, los segundos á suprimirla. En ámbos campos, todo se ha sacrificado al elemento técnico del arte, á la ejecucion; y ya no se ha pedido al cuadro que sea interesante y sentido y que su asunto sea digno del arte, sino que esté bien pintado; y al drama se ha exigido sólo que haga efecto y tenga sonora versificación. La orgía del color en el lienzo; la orgía del verso en la escena; hé aquí los elementos que hoy constituyen el arte. La idea, el pensamiento, la intencion, se han abolido por innecesarios; el efecto los sustituye, el efecto se consigue fácilmente: en la pintura á fuerza de brochazos y en el teatro á fuerza de horrores. Con tal sistema el artista se convierte en artífice; la inspiracion se sustituye con el procedimiento mecánico y la audaz medianía usurpa el lugar que al génio corresponde. En la dramática lo esencial es ser atrevido; en la pintura ser valiente, franco y abierto; fórmulas diversas para expresar una sola cosa: la carencia de pensamiento, la falta de ideal, el exceso de audacia.

No vacilamos en decirlo, aunque se nos tache de temerarios y blasfemos. Así como Echegaray, con ser un poeta de verdadero génio, es el principal causante de la ruina del teatro, Fortuny es el autor de la decadencia de nuestra pintura. La *manera* especial de ámbos no puede constituir escuela sin llevar al abismo; porque ámbos establecen su particular estética sobre las ruinas de toda regla y de todo criterio en materia de arte. Para ámbos la idea, el pensamiento son en el arte lo secundario; lo esencial es la brillantez, la audacia, la *bravura* de la ejecucion. Gracias á su génio, ámbos han podido evitar los escollos á que conducen inevitablemente sus doctrinas; pero al llegar sus procedimientos á manos de discípulos é imitadores que no pueden compararse con ellos, han de tocarse necesariamente las fatales consecuencias de su ejemplo pernicioso.

Fortuny es un pintor de asombroso génio que ejecutaba de una manera indescriptible; pero carecia de idea, y ni uno sólo de sus cuadros encierra un asunto de verdadera importancia. Poseia de un modo inimitable los secretos del colorido, de la luz, de la perspectiva, de la línea, y con el más insignificante asunto, producía una obra pasmosa, digna de un verdadero génio. Idólatra del natural, en la interpretacion fiel de la naturaleza cifraba su orgullo, y por eso se apellidaba realista; pero idealista á pesar suyo, al copiar la realidad la revestia de mágicos colores y la idealizaba de tal suerte, que nunca se vió más ideal realismo que el de sus cuadros. Con tales condiciones, alcanzó en breve tiempo fama asombrosa y fué objeto de frenética idolatría; pero ¿quién comparará su génio, brillante, pero no sublime, con el génio de los Murillos y los Rafaeles?

El arte es creacion y poesia; el arte es idea y sentimiento; el arte es interpretacion de la naturaleza, pero interpretacion libre y embellecida por el espíritu del artista. Si en la obra de arte no alienta un pensamiento profundo ó un sentimiento conmovedor, si en ella no hay algo que conmueva las fibras del corazon y eleve el espíritu á las regiones de la belleza ideal, si el artista no acierta á continuar los datos que la realidad le ofrece, de tal modo que resulte algo más bello que la misma realidad; si al reproducir ésta no la sorprende en sus aspectos y momentos bellos y no desentraña la belleza que en ella se oculta, al lado de deformidades indignas del arte; si el artista no crea, en la medida en que es posible la creacion á los seres finitos; si á la vez que músico, pintor ó estatuario no es poeta, la obra artística se convierte en obra mecánica, y todos los primores de la ejecucion no bastan á disimular la pobreza de su fondo. Lo que llaman los franceses *le grand art*, nada tienen de comun con esos cuadritos de caballete que no conmueven ni interesan, en los cuales nada sucede, y en que á la emocion que produce la belleza de la idea ó la delicadeza del sentimiento sustituye la emocion, ménos honda y elevada, que engendran la mancha del color, los juegos de luz, la valentía del toque ó la verdad de la perspectiva.

El realismo histórico, verdadero en lo que afirma, es falso en lo que niega. Sostiene que el artista debe inspirarse en la realidad, y tiene razon; preconiza el culto del natural, y la tiene tambien; combate lo que pudiera llamarse la pintura *á priori*, la pintura idealista, que para nada atiende á la naturaleza, y hace bien al combatirla; pero se empeña en negar la importancia del asunto, en prescindir de la idea y del sentimiento, y en esto yerra lastimosamente. Pásale en esto lo mismo que al realismo literario y al positivismo filosófico; todos verdaderos y legítimos cuando se contraponen á lo que combaten; todos ilegítimos y falsos cuando van más allá de sus límites racionales.

Fortuny, con su afan de tratar magistralmente asuntos baladíes, dió el primer paso en el fatal camino de sacrificar la idea á la ejecucion; camino recorrido hasta el fin por sus discípulos é imitadores. Gracias á esta tendencia, la pintura se reduce hoy á copiar minuciosamente un modelo vulgar, en una posicion vulgar tambien: y á revestirle con brillantes ropajes que den pretexto para una verdadera orgía de color. Abolido el cuadro de historia, en el cual no es fácil lograr el efecto con medios sencillos, le ha sustituido el cuadrito de caballete, frívolo y brillante como la sociedad que lo compra. Casacones de todos colores, majas y manolos de todas clases, figuritas que nada dicen, interiores en que nada sucede, hé aquí la pintura que hoy se preconiza como el último esfuerzo del génio. Cópíase lo natural sin distinguir siquiera lo bello de lo

feo: un mendigo harapiento ó una infecta charca parecen tan aceptables como la Vénus de Médicis ó el más poético de los paisajes, con tal de que estén minuciosamente copiados y maravillosamente ejecutados. A esto se une un verdadero furor por el efecto y un culto idolátrico á lo que se llama la *franqueza y valentía* del estilo. Lógrase el primero á fuerza de brochazos incoherentes que á distancia de diez kilómetros parecen figuras, creándose así una pintura á la vez microscópica y telescópica; microscópica por su tamaño, telescópica, porque solo con telescopio es posible hacerse cargo de las figuras que la componen: Por franqueza se entiende abocetar los cuadros, sustituir la mancha con el chafarrinon y pintar á puñetazos; y de tan absurdo modo de ejecutar se dice que es el *summum* del génio, y para justificarlo se cita á Velazquez, como si Velazquez pintara informes bocetos y entendiera por vigor en la ejecucion y color y brillantez en el colorido una ensalada de brochazos arrojados *ad libitum* sobre el lienzo.

Tales son las doctrinas y tendencias que en nuestros pintores dominan y tal es la causa verdadera de la decadencia que en la actual Exposicion se nota. Consecuencia necesaria de pasados errores, aplaudidos como rasgos de génio por los que hoy maldicen de la Exposicion, lo que ahora acontece no debe extrañar á nadie. Los que colocaban al par de las obras clásicas de Rafael y de Velazquez las manolas, gitanas y marroquíes de Fortuny, prodigios de ejecucion que nada dicen, fruslerías asombrosas que nada entrañan; los que por cima de las nobles figuras del *Testamento de Isabel la Católica* colocaban los andrajosos republicanos de la *Muerte de Lucrecia*; los que adoraban como última palabra del génio aquella *Santa Clara* de Domingo, pasmoso retrato, admirablemente ejecutado, de una mujer vulgar y adocenada, vestida de monja; los que encomiaban la orgía de colores del *Ultimo dia de Sagunto*; los que daban la partida de defuncion al génio del que pintó los *Comuneros* y los *Puritanos* y se extasiaban ante los casacones de la nueva escuela; los que, en suma, sacrificaban la idea á la ejecucion, el arte al efecto, y creian que el ser pintor consiste en pintar bien y nada más, no deben extrañarse de lo que sucede ni condenar á los que no tienen otro delito que imitar lo que se declaró modelo de perfeccion y recorrer los caminos en que se dijo que estaba la salvacion. En todas las esferas de la vida los culpables son los que guian, no los que obedecen, los iniciadores y no los imitadores.

Encómiense en buen hora las excelencias del realismo, si por tal se entiende la negacion del idealismo amanerado y falso; proclámese en todos los tonos que la naturaleza es la verdadera fuente de inspiracion del artista; recomiéndese á los pintores el estudio asídúo del natural, y excítéseles á adquirir en la ejecu-

cion toda la soltura, valentía y habilidad posibles; pero no se olvide que el arte es intérprete libre, y no servil fotógrafo de la naturaleza; que no todo lo natural es bello ni digno, por tanto, del arte; que la idea, el sentimiento, la expresion son las primeras y más altas cualidades de la obra artística; que el cuadro *de género* es algo más que un estudio de ropajes ó de muebles, y el país algo más que un estudio de efectos de luz; que el efecto ha de subordinarse á la idea, y ha de obtenerse por medios lícitos; que la *manera franca* no es el menosprecio del dibujo, ni la *mancha atrevida del color* es una ensalada de colorines, ni el cuadro de efecto réquiere ser mirado á distancia para que parezca cuadro; y de esta manera, el realismo se reducirá á sus justos límites y reportará grandes beneficios al arte. De otra suerte, el arte pictórico se despeñará en el abismo, y la pintura quedará reducida á la condicion de la fotografía, ó lo que es peor, á ser una coleccion de cuadritos insignificantes, de valor análogo al de un abanico chino, y pintados con la manera franca con que pintaría un mono que se entretuviera en arrojar colores sobre un lienzo, usando de su cola á guisa de pincel.

* * *

Para terminar esta Revista diremos que los teatros no han ofrecido novedades dignas de especial mencion. Traducciones del francés ó piezas originales de escasa importancia; hé aquí todo lo que han ofrecido los dos teatros de verso que actualmente funcionan.

La única solemnidad literaria que ha merecido la atencion del público ha sido la fiesta organizada en honor de Cervantes por la *Asociacion de escritores y artistas*. La música y la poesía han contribuido á esta solemnidad, siendo aplaudidos con justicia cuantos en ella tomaron parte por el numeroso y escogido público que llenaba todas las localidades del teatro del Príncipe Alfonso.

M. DE LA REVILLA.

Madrid, 30 de Abril de 1876.

Director y propietario: JOSE DEL PEROJO.

Madrid: 1876.—Imprenta de la REVISTA CONTEMPORÁNEA,
San Miguel, 23.